

Yo soy LA DUEÑA



Erina Alcalá *EA*

YO SOY LA DUEÑA

ERINA ALCALÁ

**Siempre estoy haciendo
Lo que no puedo hacer
Para aprender cómo hacerlo.**

De Cádiz a Montana...

Mara, la madre de Mía, vivía en un pueblo de Cádiz, pero en verano trabajaba de camarera de pisos en un hotel de la capital. Allí conoció a un chico americano de una de las habitaciones que limpiaba.

Había tenido un affaire con ese chico, hijo único, cuyos padres tenían un rancho en Montana hacía veintidós años atrás. Luke, había ido con sus padres de vacaciones y ella se enamoró de él y se quedó embarazada de Mía.

Fue un amor de verano y ahí quedó todo. Luke volvió a Montana y ella se quedó allí. A los dos años, Mía se casó con un chico gaditano que entró en el hotel a trabajar, Pepe, que aceptó a Mía como su hija. Después, la madre de Mía, ya no se quedó más embarazada. Cuando se hicieron pruebas, Pepe, no podía tener hijos y se volcó en Mía como si fuera realmente hija suya.

La vida de Mara fue relativamente feliz, pero nunca olvidó al verdadero amor de su vida Luke, aunque quiso mucho a Pepe y su hija creyó siempre que era su verdadero padre. Pasaron los años y aquello quedó en el olvido.

Pepe, murió cuando Mía tenía siete años, de un accidente laboral, un día de viento y lluvia. Y su madre ya no volvió a casarse. Pepe, le duró cinco años, tan corto el tiempo... Y se dedicó de lleno a cuidar a su hija.

Cuando Mía entró en el Instituto, su madre padeció un cáncer de pecho, del que se recuperó al cabo de año y medio y Mía tenía que cuidar de su madre, cuando no pudo ir a trabajar. Hacía la comida, estudiaba, limpiaba y cuidaba a su madre.

Afortunadamente tenían una casa pagada y el seguro de vida de Pepe y su madre se sacó otro por si le pasaba algo no dejar desamparada a su hija.

Se recuperó pero ya no fue la misma, siempre haciéndose pruebas, siempre de baja del trabajo cada dos por tres y cuando estaba en segundo de Universidad Mía, haciendo Derecho y ADE, su madre recayó de nuevo con metástasis y le dieron poco más de dos años de vida.

Luke y Mara habían tenido contacto de vez en cuando por carta, cuando él se casó con una mujer que tenía un hijo. Pero su vida fue paralela a la de Mara, el amor de su vida también. Nunca la olvidó y cuando murió su mujer, cuando su hijo, adoptado, Set, estaba en la Universidad, le escribió a Mara. A partir de ahí se escribían de vez en cuando y Mara le contó que Mía, era su hija, que estaba en el instituto, le mandaba fotos.

Luke, le propuso que se fuera al rancho con él, sería un estímulo para sacar su rancho que se iba a pique, pero Mara estaba ya enferma y se lo dijo.

Cuando recayó Mara de nuevo y Mía estaba en la Universidad, ella aguantó todo lo que pudo, pero se apagaba lentamente y entonces fue cuando Luke supo que él también estaba enfermo.

Su hijo Set, por su parte, montaba una empresa de Turismo en Helena y no quería saber nada del rancho. De hecho, nunca le dijo que estaba enfermo. Y Set, no volvió por el rancho en casi tres años, montando su empresa y viajando y su padre, le prestó dinero para ello.

Sin embargo, Luke no quería morir sin ver a su hija y se lo dijo a Mara y acordaron que en cuanto terminara la Universidad, la mandaría con él o si él vivía cuando ella muriera.

Mara murió tres meses después de que su hija terminara la Universidad.

Y fue en esos meses, antes de morir, cuando le conto toda la verdad a su hija y le pidió que se fuera con su padre.

—¡Pero mamá!, aunque sé inglés y me defiendo, no quiero irme al otro lado del mundo.

—Cariño, ¿qué vas a hacer sola aquí?, tu padre tiene un rancho y quiere que lo lleves, tiene planes. Aquello es precioso —Y le enseñaba las fotos que Luke le mandaba.

—Son preciosas. Sí.

—Y conocerás a tu padre. Sé que te gustará aquello. Llevar un rancho es un gran trabajo que ya tienes. Aquí no tienes a nadie, estarás sola y no quiero que estés sola. Y con tu carrera sabrás gestionar un rancho. Un rancho es una empresa.

—Mamá, estoy acostumbrada a vivir aquí y además no vas a morirte. No quiero hablar de eso.

—¡Ay cariño!, sabes que sí, pero si te vas con tu padre, yo me iré tranquila.

—Está bien, te lo prometo, me iré, pero si aquello no me gusta, me vengo.

—Eso me gusta más, mi niña. Te quiero mi amor. Has sido una gran hija. Y serás una gran mujer. Serás feliz allí. Ya verás.

Al mes de morir su madre y con veintiún años, llegaba al aeropuerto de Helena, donde el capataz del rancho, Bill, la esperaba para llevarla a su nueva casa.

Bill, era joven, más de treinta años y en el camino, le contó, que Luke estaba enfermo y ella pensó que tenía mala suerte con todos sus padres. Que el rancho estaba dejado de la mano de Dios y que su hijo, su hermanastro Set, no quería el rancho. Había estudiado Turismo y estaba levantando una pequeña empresa en Helena, donde ella había llegado, la capital del estado.

Más o menos la puso al día.

Pero conocer a Luke, su padre fue quererlo, aunque este guardaba secretos.

Lo quiso y lo cuidó, y pasaban largos ratos de charlas interminables y supo que su madre fue el amor de su vida, como ella lo fue del suyo, aunque quiso también a su mujer, pero no fue igual.

El rancho era maravilloso, sin embargo, Luke sabía que se moría y que, aunque estaba todo para tirarlo y renovar todo, no quiso hacerlo, quería estar con su hija todo el tiempo que le quedaba, pero el padre le dijo que harían planes y cuando muriera ella iniciaría el proyecto de su vida, renovar el rancho y llevarlo.

Mientras, hacían planes e incluso planos los últimos meses en que vivió su padre, con un arquitecto del pueblo.

Mía fue feliz en ese rancho casi tres años, aprendió inglés a la perfección, hasta que Luke, su padre, murió una mañana. Y de nuevo se quedó sola.

Sabía que tenía trabajo por delante a partir de ahora, lo que no sabía era el dinero que tenía para poner al día el rancho, pero sí tenía promesas, no darle dinero al hijo adoptado de su padre y que le devolviera lo que le había prestado, dos millones de dólares si no cumplía su voluntad. Y no llamarlo hasta que se leyera el testamento.

Aunque Set llamaba a su padre, a veces se demoraba y el padre no quiso que viera su muerte.

Gina, la mujer del capataz, limpiaba todo y hacía la comida para los pocos chicos que tenían y para ellos. Solo tenían apenas quinientas cabezas de ganado y o arreglaban ya los graneros o no llegarían al invierno.

Y ella tuvo que llamar a su hijo Set y decirle que su padre había muerto. Y el día que al día siguiente debía estar en el rancho porque se leía el testamento. Y Set, se quedó de piedra y se sintió culpable por no haber ido en más de dos años a ver a su padre, estando tan cerca.

¿Cómo es que nadie le había avisado de que su padre había muerto?

No había podido asistir al entierro, pero Mía le dijo que todo se lo explicarían cuando llegara.

Set, pensó que era la secretaria del notario y no quiso insistir, pero se sintió irritado por no haber sido avisado, incluso con su padre por no decirle que estaba enfermo, cuando preguntó de

qué había muerto.

Hubiese ido a verlo, cómo no. Aun así, la culpa no lo dejaba dormir. Estaba nervioso por lo que iba a encontrarse.

Llamó a su abogado de la empresa y amigo Devin y ambos pusieron rumbo al rancho.

—¡Llévate tu coche y yo el mío por si tengo que quedarme!

—Como quieras, ¿cuándo nos vamos?

—Ya, deja lo que tengas, nos vamos.

CAPÍTULO UNO

—No me esperaba esto Devin —Dijo Set en la puerta desvencijada del rancho —Mi padre siempre ha querido fastidiarme.

—Eras su único hijo, Set, y quería que llevaras el rancho. No digas eso hombre. Querría que siguieras sus pasos al volver de la universidad. Un único hijo.

—Pero si esto no es un rancho, está para caerse todo. ¿No lo ves? Empezó a abandonarlo cuando me fui a la Universidad, tras morir mi madre. Además, no necesito su dinero, tengo el mío, mi empresa dará diez veces más ingresos que este pedazo de tierra baldía. Le avisé que lo vendiera y se viniera conmigo a Helena. Sé que tengo que terminar de pagar el edificio y quiero comprarme un apartamento para no pagar alquiler, aún estoy pagando hipoteca del edificio y alquiler del apartamento, las dos cosas, pero la empresa va bien. Y en pocos años tendré todo comprado y sin hipotecas.

—Tu padre es de campo, nunca hubiera querido irse a la ciudad. Lo hubiese matado estar entre edificios. Tú, lo conocías bien.

—¿Has echado ya un vistazo a tu alrededor? El notario está a punto de venir.

—La verdad es que está todo en mal estado, pero hace más de dos años que no vienes a verlo y estabas a dos horas y media. Pero yo, me he dado una vuelta y he preguntado.

—No he venido porque he tenido mucho trabajo.

—Sabes que no es una buena excusa Set. Y ahora tiene unas quinientas cabezas de ganado, pocas para este rancho. Está desperdiciado. Incluso donde duermen los vaqueros está en mal estado. Tiene cinco vaqueros creo. Y Bill el capataz, con el que he hablado y su mujer Gina que se ocupa de las casas y la comida. Nada más. A ver qué vas a hacer con ellos.

—Despedirlos y vender el rancho, ¡Qué voy a hacer! Aquí no voy a quedarme.

—Bueno, al menos se ha enterrado con tu madre, donde él quería. Ya te contará el notario todo, he podido averiguar poco. Me ha dicho que esperara, que venía hacia el rancho.

—Pero si lo vendo, tendré que llevarme sus restos y los de mi madre al cementerio del pueblo. Es que ni siquiera me dijo que estaba enfermo Devin. ¿Tenía que estar enterrado antes de que viniera?

—Él lo dispuso así, Set. A lo mejor no quería que lo vieras enfermo, ni morirse...

—¡Dios esto está!... Es algo. La casa, todo, en mal estado. No me darán ni cinco centavos por esto. Y necesito ese dinero para terminar de pagar la hipoteca del edificio, así podré comprarme una casa en Helena y generar todo ganancias. No sé qué tendrá mi padre, nunca me lo dijo. Me prestó dos millones de dólares para la empresa.

—¿No te los dio?

—No, me los prestó sin intereses, pero me dijo que debía salir por mi cuenta y devolvérselos cuando pudiera.

—¿Tu padre tenía dos millones de dólares?

—Los tendría. El rancho es grande. Nunca supe qué capital tenía mi padre. Pero debía tener, ya que mis abuelos y él han trabajado el rancho toda la vida. Fue un rancho próspero y rentable hasta hace unos años. Sin embargo, nunca me habló de lo que tenía. Otra cuestión es su estado. Pero en sus tiempos fue un rancho grande y próspero. Y mi padre siempre fue un hombre ahorrativo. Tiene bastante terreno, a pesar de su estado.

—Sí, la tierra es grande. Es una gran extensión de terreno. Mira ahí viene el notario.

—¿Y esa mujer quién es? —Preguntó Set?

—No lo sé Set, espera, que eres impaciente, será su ayudante.

—¿Ayudante, con vaqueros y una coleta? Parece una limpiadora. Es...

—Ya sé qué es, tranquilo.

—Se saludaron y pasaron a lo que era el salón desvencijado, de muebles viejos y antiguos.

Se sentaron Devin, Set, la chica que le parecía a Set, un ratón asustado y el notario.

—¿Quién es ella? —le dijo Set al notario.

—Ahora te enterarás Set. Tranquilo. Tu padre dejó todo escrito. Empiezo ya si tienes mucha prisa.

—Sí, tengo que salir de viaje. Tengo prisa y mucho trabajo.

Sacó el notario una carta.

—Es de tu padre. —Dirigiendo su mirada a Set.

Querido hijo Set:

Nunca quise que me vieras enfermo, por eso no te avise y dejé acordado que cuando volvieras al rancho, que sé que no lo quieres, pero que te gustaba tanto de niño cuando tu madre te trajo aquí. Tenías cinco años y me casé con ella.

—¿Cómo, dijo Set?, ¿No era mi padre biológico?

A estas alturas, ya sabrás que no era tu padre biológico. Me casé con tu madre cuando tenías apenas cinco años, pero te acepté como mi hijo y siempre lo fuiste. Tu madre tuvo un parto difícil y no pudimos tener más hijos y no me importó porque la quise toda mi vida. Nunca me dijo quién era tu padre. Nunca lo supe y jamás hablamos de ello.

Vivíamos bien en el rancho, un buen rancho y éramos una familia, hasta que fuiste a la universidad y dejaste de interesarte por él. Y tu madre murió. Espero que me perdones que no te avisara de mi entierro. No quería que me vieras morir ni que supieras que estaba enfermo.

Como verás, a tu lado, está Mía, Mía Ramos. Es la hija de un amor de juventud, cuando fui a España de vacaciones. Mi hija, aunque no tenga mi apellido.

Y Set, miró incrédulo a Mía...

Soy su padre, pero cuando su madre hace más de dos años, murió, me la encomendó. Siempre estuvimos en contacto como amigos. No pienses mal, tu madre fue muy importante en mi vida y ella, un amor de juventud y una gran amiga hasta que su marido murió y me dijo que tenía una hija y me la traje aquí conmigo hace dos años. Ella ya sabe que soy su verdadero padre, cuando su madre enfermó se lo dijo y cuando murió hace dos años, me la traje de Cádiz, España. De dónde es y donde vivía sola, con Mara, su madre.

Ha aprendido inglés en estos dos años, aunque ya sabía defenderse y me ha cuidado, todos los días con el cáncer que he tenido de pulmón. Sé que no te lo dije, pero no has venido en estos años tampoco a pesar de estar tan cerca. Estabas muy ocupado montando tu empresa y yo, no podía viajar, y me hubiese gustado verte y también no verte para que no me vieras cómo estaba.

—Dios, mi padre era...

—¿Seguimos? —Dijo el notario.

—Sí, sigamos —apuntó Set.

Y ahora la parte más importante. Ya estás viendo el estado del rancho, quise reformarlo, pero no he podido ni querido, eso de lo dejo a Mía. Quise conocerla y pasar todo el tiempo posible con ella. El tiempo que no pudimos pasar en el pasado.

Cuando murió tu madre, contigo en la universidad y saber que no querías trabajarlo, no tenía por quién luchar.

Hay cinco chicos trabajando, más Bill, el capataz y su mujer Gina y quinientas cabezas de ganado a duras penas. No debo nada, eso sí, afortunadamente.

Siento no dejarte nada del rancho ya que no te gusta, y además tienes tu empresa.

Me devolverás los dos millones de dólares que te presté en el plazo de un mes a partir de hoy, cuando el notario lea mi carta.

Mía los necesita como mi heredera universal del rancho y de mis bienes. El notario te dará los documentos.

Ella va a llevar el rancho y los necesita. Además, el dinero que tengo, que son cincuenta millones de dólares, sí hijo, cincuenta millones, los administrará Mía para el rancho, para que este rancho sea próspero y rentable como antaño. Ella ya tiene ideas para ello. Confío en ella. Y además de cuidarme, lo ha llevado durante dos años.

—¿Cómo? —saltó del sillón viejo, Set.

Devin permanecía callado, y el resto lo miraba.

Ya sé que no te gustará mi decisión, pero es mi dinero, no el tuyo, te he cuidado, y pagado la Universidad, pero no pienses por eso que no te quiero. Eres mi único hijo y te amo y tampoco quiero que pienses mal de Mía, es también mi hija.

Ella tiene el seguro de su padre, de su madre, el dinero de la casa que vendió en Cádiz más los ahorros que su madre tenía. No nos necesita. Es un favor que me hace.

¡Ah!, hijo, hay una cláusula. No quiero que te quedes sin nada, no sé nada de tu empresa si va bien o mal, nunca me contaste nada, si necesitas más dinero o no, pero puedo darte un millón de los cincuenta que tengo y que no me devuelvas los dos que te presté, con una condición:

Casarte con Mia, y serle fiel durante tres años.

—¿Cómo? —Dijeron ambos.

Sí, ya sé, ninguno lo espera. Pero esa es la condición para que tengas tres millones, no te pido que vivas en el rancho con tu mujer, ella vivirá aquí, pero vendrás los fines de semana, estás a dos horas y media del rancho.

Y eso es todo hijo. Tú decides.

Te quiero y sé que todo saldrá bien para los dos. Sois mis hijos y os quiero.

—¡Maldita sea! —Dijo Set. No puede ser, ¿Cómo tenía tanto dinero y por qué me pone condiciones?

—Bueno, dijo el notario, Mía ya recibirá el dinero en una cuenta que tengo preparada para ella. Te pasas mañana y tendremos resuelto el tema —le dijo mirándola.

Y Miro a Set.

—Y el tema de los tres millones, mejor lo hablan ustedes y me lo comunican.

—Está bien. —Dijo Set.

Cuando se fue el notario. Set le pidió a Devin hablar a solas.

—Ahora volvemos. Le dijo a Mía —tenemos que hablar tú y yo.

—Como quieras —le dijo.

Dieron un paseo por el rancho Devin y Set.

—No entiendo cómo mi padre nunca me dijo nada de esto.

—No quería hacerte daño.

—¿Y el dinero?

—Era suyo Set, de su trabajo y esfuerzo durante tantos años, de su herencia también y tú no quieres el rancho.

—Pero dejárselo todo a ella..., lo hace para castigarme.

—Es su hija.

—¿Y cuándo se ha enterado eh? Lo hace porque no quiero trabajar en el rancho.

—Cuando nos conocimos en la universidad amabas el rancho.

—Sí, y por eso me cambié de carrera, porque me interesó el turismo.

—Bueno, ¿qué piensas hacer?

—No lo sé, casarme con ella...

—¿Y Marta, dónde la dejas?

—Marta sabes que es una diversión, nos acostamos de vez en cuando o se viene conmigo a los viajes si puede, pero nada más, sabes que no tengo nada serio con ella.

—Pues llevas ya más de un año. Si te casas con Mía, ¿qué?

—No se va a enterar de nada, ella estará en el rancho y yo en Helena o de viaje.

—No me gusta nada eso.

—Dejaré a Marta.

—¿En serio?

—Sí, le contaré la historia. Pero casarme con esa mujer...

—No te cases con ella, puedes hacerle daño.

—Necesito el dinero.

—¿Te casarías por el dinero?

—Sí, no es que me casaría, es que me voy a casar por el dinero, no tengo otra opción. No puedo pedir un préstamo o rehipotecar de nuevo el edificio, tengo que devolverle dos millones, ya lo has oído. Y no me los darán, qué hago ¿pierdo la empresa? Tengo veinticinco personas, tú y yo trabajando en ella y aún no está consolidada del todo.

—Eso sí, ¿Pero y el tema de la fidelidad?

—Pues ya veré cómo lo llevo.

—Tendrás que llevarlo, porque si se entera, te pedirá el dinero. No la conoces.

—Ya veré.

—Ten cuidado Set. Al final todo se sabe.

—Bueno voy a hablar con ella. Vete tú, no sé si me tendré que quedar esta noche. Voy a hablar con ella.

—Está bien. Te dejo. Nos vemos. Ya me contarás.

—Sí, te llamo luego.

Cuando se quedaron solos...

—Mía —le dijo Set.

—Yo no sabía que tu padre no iba a dejarte nada, Set. Sé exactamente igual que tú, ni siquiera sabía que era mi padre biológico hasta hace unos años.

—¡Qué confianzas! Me llamas Set, como si me conocieras de toda la vida.

—¿Te llamo señor Set? —le dijo con ironía —Tú me has llamado Mía.

—No hace falta. Dejemos eso.

— Como quieras. No quiero discutir —Dijo Mía sentada en el sofá del salón frente a él.

—¿Hace dos años que viniste?

—Sí, dos años y medio más o menos. Tu padre y mi madre eran amigos desde hace mucho tiempo.

—Y tan amigos ¿Y no se te ocurrió llamarme?

—Pues no, tu padre me lo prohibió.

—Es tu padre, por lo que se ve. Tienes cincuenta millones de dólares, muy convenientes.

—Pues sí, ¿y qué? Tú, no los has ganado. No vas a tocarlos ni de lejos. Estoy advertida. Si tienes una empresa la sacarás tú solo adelante, así como tu padre sacó su rancho.

—¿Pero quién te crees que eres? —se acercó a ella en toda su altura, demasiado.

—No me das miedo, por muy alto que seas, así que te retiras un poco, a mí no me vas a amedrentar. No me intimidas. Me debes dos millones de dólares, ahora esta es mi casa y mi rancho.

—¡Pero qué cara tienes!

—Más tienes tú, no venir a ver a tu padre enfermo en dos años y querer llevarte su dinero nada más morir.

—Yo no sabía el dinero que tenía mi padre, ni que estaba enfermo.

—Pero sí que estabas a dos horas y media de aquí. Y no le has devuelto los dos millones. Para eso no hubo distancias, y encima venias a vender el rancho, que te parecerá una piltrafa de tierra.

Set, se quedó pasmado con las manos en las caderas mirando a esa enana de mujer dándole donde más le dolía.

—¿Qué piensas hacer en el rancho, morirte de pena o venderlo e irte con los cincuenta millones? —La retó entrecerrando los ojos.

—Eso no te interesa.

—¿Acaso has ido a la universidad, sabes gestionar un rancho, una empresa?

—Tampoco te interesa, ¿qué has estudiado tú?

—Turismo empresarial.

—¡Qué importante eres! ¿Quieres comer? —Cambiando de tema.

— Sí, quiero comer.

—¿Y tu amigo?

— Es mi abogado, de la empresa, Devin, se ha ido a Helena.

— Bien, Pues ayúdame, no soy una sirvienta.

—Pero qué...

—Un bocadillo es fácil de hacer, hasta la noche no hago la cena. Gina no va a venir hoy. Y tomaron en el salón un bocadillo y una cerveza.

—Empecemos de nuevo Mía.

—Empecemos de nuevo Set.

—¿Tú te casarías conmigo?

—La pregunta debería hacerla yo, ya que, si te casas conmigo, sé que es por dinero. Así que no, no me gustas lo más mínimo, pero lo haría por tu padre y el mío, que me lo pidió.

—Serás a la primera mujer a la que no le gusto.

—Eres un vanidoso engreído, pero puede ser que sea más exigente que otras, que se conforman con cualquier tipo que parezca guapo, elegante y tonto.

—¡Esto es la monda! —Sonrió por primera vez y a Mía le pareció más guapo si es que se podía ser más, con esa barba recortada y ese olor, y esos ojos verdes que la atravesaban como puñales y que a veces no sabía si eran para matarla. Sabía que la odiaba en esos momentos.

—Sí, es la monda, quieres casarte conmigo por tres millones de dólares.

—Sí, los necesito. Luego nos divorciamos.

—No, amigo, dentro de tres años nos divorciaremos.

—¿No creerás que me acostaré contigo?

—Nadie te lo ha pedido. Es un sacrificio que me costaría hacer, pero debes venirte los fines de semana y ser fiel.

—¿Fiel, fiel a qué y a quién, si no nos acostamos?

—A mí y yo a ti. Puedo pasar sin sexo tres años fácilmente.

—Pero yo no.

—Anularé el matrimonio, pero en todo caso no puedes ser infiel y tendrás que devolverme el dinero si lo eres. Está estipulado. ¿Vas a estar sin sexo tres años?

—Pero maldita mujer, soy una persona joven y me gustan las mujeres.

—Y mí me gustan los hombres o qué te crees ¿Que me voy a vender por tres millones y un día?

—Tendré treinta y dos años entonces. Estoy en lo mejor de mi vida.

—Sí, y yo tendré veintisiete y no podrás serme infiel. Léete bien el testamento. Y también estoy en la mejor edad de mi vida. Una pena que sea tan fea para ti.

—No eres fea, pero eres impuesta y me gusta elegir si es que alguna vez llego a casarme, que no quiero, ni tener hijos tampoco. No están en mis prioridades de momento.

—Y a mí también me gusta elegir, lo que pasa es que si me caso contigo es por un favor a tu padre, no te necesito, ¿no lo ves? Prefiero que me digas que no te casas conmigo.

—Sí, ya veo, pero necesito el dinero, no por nada, sino porque así pago la hipoteca del edificio casi entera, y todo serán beneficios. La empresa va bien.

—Me alegro, o sea que te quieres casar conmigo al final.

—No me va a quedar más remedio si esa es la única salida —Dijo Set.

—Te crees un hombre guapo, alto y sofisticado que no se puede casarse con una mujer pequeña y que parece una limpiadora.

—¿Cómo sabes...?

—Tengo buen oído.

—Lo siento. No pretendía herirte.

—Bueno, ya lo sabes, no tengo por qué casarme contigo y darte tres millones que van a hacerme falta.

—Necesito ir a dar una vuelta, pero sí, me casaré.

—Bien, si vas a hacer ese gran esfuerzo, ten cuidado con los zapatos de piel. Te espero para la cena.

Y Set salió enfadado de la casa.

Bajó al cementerio donde sus padres estaban enterrados, y allí estuvo un buen rato.

-Padre, ahora sí que la has hecho buena, ¿qué quieres de mí? ¿Que me venga a este

cuchitril? No puedo, tengo una empresa en expansión y esa mujer, es... Perdona, pero tu hija tiene dos ovarios, carácter, es guapa, pero no es mi tipo. Destrozará tu dinero, y el de nuestros antepasados y sabes que no tengo para devolverte los dos millones. Ni siquiera vendiendo la empresa, no tengo ni apartamento siquiera.

-¡Joder! ¿Qué me has hecho? —Dando al suelo una patada.

-Está bien, tú lo has querido, me casaré con ella. Pero que sepas que me condenas a tres años y no lo merezco. No pienso enamorarme de ella si es lo que tenías en mente.

Cuando subió, la encontró dormida en el sofá. Y se tumbó en el otro, no cabía, ni eso podía, echarse a dormir un rato, Estaba agotado física y mentalmente.

Cuando despertó le llegó un olor magnífico de la cocina. Se levantó y fue al baño.

¡Por Dios! Estaba limpio, pero viejo a reventar.

—¿Qué cenamos? —Se acercó a ella en la cocina cuando salió del baño.

—Filetes con ensaladilla rusa.

—¿Ensaladilla rusa?

—Sí. Si quieres puedes ir al pueblo y cenar en la cafetería.

—Me apañaré. Huele bien.

—Gracias. Espero que te guste.

Y ella puso la comida en la vieja mesa y empezaron a comer.

—Ummm, está buena esta ensaladilla.

—Gracias.

—Y los filetes también.

—Llevan wiski.

—¿En serio?

—Sí. Por eso están tiernos.

—Ya he tomado una decisión firme, Mía.

—¿Sí? ¿Y qué vas a hacer devolverme los dos millones?

—No tengo y lo sabes, así como lo sabía mi padre.

—¿Te vas a casar conmigo? —Se quedó con la boca abierta Mía.

—Sí. Pon la fecha.

—No tengo anillo —Enseñándole el dedo irónicamente.

—Lo tendrás la semana que viene y las alianzas. ¿Quieres una boda a lo grande?

—No, para nada, no conozco sino a los cinco hombres que trabajan en el rancho y a la gente del pueblo, pero no como para invitarlos a una boda.

—¿Cuándo nos casamos?

—Dentro de una semana. Cuanto antes mejor. Así pasarán más rápido los tres años.

—Dos semanas, dame dos para venir y solucionar todo —Dijo Set.

—Está bien, mañana tengo que ir al pueblo.

—¿En esa camioneta?

—Está a cinco kilómetros y he ido varias veces, me dejas todos tus datos, te doy los míos y vamos al juzgado el sábado dentro de dos semanas, a las once si puede ser. Tengo trabajo que hacer.

—Sí, Está bien.

—Y el siguiente lunes tienes tu millón, me dejas también tu cuenta y tienes condonados los dos millones.

—Esto es...

—Lo siento por los dos Set.
—¿Dónde duermo?
—En tu habitación, donde siempre has dormido.
—¿Y tú?
—En la de invitados.
—Está bien, mañana nos vemos, estoy cansado.
—Desayunamos en el pueblo antes de irte, si quieres.
—Iré contigo al juzgado de paso y dejamos la fecha preparada.
—Si quieres... —Dijo Mía.
—Quiero, luego tengo que irme. Yo también tengo mucho trabajo en Helena.
—Está bien, buenas noches.

Y subió a su habitación. Soltó su bolso en la cama y se dio una ducha y se acostó.

No podía dormir, le dolía la cabeza y tenía las manos en la frente. Se levantó para ver si encontraba alguna pastilla y bajó en ropa interior cuando subía a dormir Mía.

—¿Quieres algo? —evitando mirar ese cuerpo para el pecado que tenía Set.
—Una aspirina o paracetamol, me duele la cabeza.
—Espera y te traigo una y un vaso de agua.
—Gracias.

Y se la llevó a su habitación. Estaba tumbado en la cama, sin tapar. Y ella se puso colorada y Set, se dio cuenta.

—No te pongas colorada, dentro de dos semanas tendremos que acostarnos juntos. No voy a estar sin sexo tres años, si eres mi mujer y no te puedo ser infiel, tendremos sexo los fines de semana.

—Buenas noches Set.
—Buenas noches novia —Dijo irónico.
—Muy gracioso.
—Ya veremos si te pones tan gallita cuando estés aquí bajo mi cuerpo.

Y Mía salió sin decir nada. Temblorosa y acelerada. Ese hombre era una bomba de relojería, mira que le dijo a su padre que iba a ser un error, pero estaba... Era espectacular. Salvo su forma de ser, claro que comprendía la obligación que su padre le impuso.

¡Dios mío, con lo bien que ella estaba en Cádiz!

Cuando Set, la despidió en el pueblo con un beso en los labios al día siguiente, después de pasar por los juzgados y desayunar, quiso darle un guantazo. Estaba jugando con ella, pero ese beso quedó sellado durante días, y le había gustado mucho.

Cuando su coche desapareció, pasó por el notario y el banco, y ya disponía del dinero.

Fue a ver al arquitecto.

—Hola Sam. Ya podemos empezar. ¿Tienes los planos aquí como quedamos con Luke, el padre de Set?

—Pues claro mujer. ¿Qué quieres que te haga primero?

—Pues necesito la casa del capataz, con urgencia, en dos semanas me caso, con Set. Si puede estar para ese tiempo... Luego ya se arregla la grande. Ya sabes todo, pero no de primera calidad como la mía, pero completa. Tres dormitorios tiene la casa en la parte de arriba. No vive nadie y quiero que me la reformes en dos semanas, con dos plazas de garaje. Están abiertos, pero quiero que los cierres. Ya sabes el color gris para la pintura.

—Eso ya está, Mía. Pero me llevaré otro grupo de hombres para el granero de la maquinaria.

Podemos hacer las dos cosas a la vez y cuando te tenga eso hecho, ya puedes meter la maquinaria y te hago el otro del grano, una cuadra para los caballos, para treinta caballos, y los tres grandes para las reses, el pabellón para los vaqueros, y la casa, y otros dos te los pongo a pintar los bebederos que hay en la tierra y poner las nuevas vallas, la entrada. En dos meses tienes todo. Si lo tenemos todo anotado, mujer. Y la decoradora ya sabe qué hacer.

—Me estreso. Te voy a pagar bien.

—Te voy a dejar maravilloso el rancho.

—Me caso el sábado dentro de dos semanas y tiene que tener todo dentro la casa del capataz.

Habla con la decoradora.

—Eso está hecho. Sabía que se casaría —y se reía.

—Sí, riéte, pero no lo conozco.

—Es un buen chico mujer, ahora está cabreado, pero lo conozco y es buena persona, si no ha cambiado claro, estudioso y trabajador.

—En fin, te voy a dejar dinero para la casa del capataz y los muebles y el resto. Un par de millones, y ya vas pagando. Y me pasas las facturas. Con las máquinas y demás me va a salir todo por diez millones, luego compraré ganado y contrataré un cocinero que también limpie el barracón de los chicos y tres chicos más o cuatro. Ya veré.

—Vas a ser una buena ranchera, amiga. Una vaquera en Montana.

—Sí, espero ver la cara de Set, cuando todo esté terminado, su empresa no tendrá nada que ver con este rancho. Voy a invertir y ganar. Oye Sam, te quería preguntar ¿Que te parecen las tierras que hay en la parte oeste, que se venden?, las atraviesa un arroyo, las venden por un millón. He preguntado en el banco y están hipotecadas.

—Es una ganga y son muchos acres. El problema es que solo son tierras, no tiene nada edificado. Son buenas tierras si piensas tener muchas reses y dejar parte de esas o de las del rancho para sembrados.

—Puedo comprarlas. No necesito más casas ni nada, por eso me gustan. Estarían bien para la cosecha. Y el arroyo para los animales.

—Estaría bien, más vallas.

—Te lo pagaré —Dijo riendo Mía.

—Te haré un descuento.

—Gracias. Eres el mejor.

—Sí, lo soy —y se reía.

—Voy a comprarlas ahora mismo antes de comprar las camionetas.

—Me gustaré en casi todo doce o trece millones, ni un dólar más de quince.

—Vas subiendo. Tienes una buena herencia. Y sabes manejar y dirigir bien.

—Quiero una casa el doble de la que hay. Esa será preciosa.

—Lo sé.

—Y piscina.

—También lo sé, con cascada. Anda vete ya.

—Me voy, que voy a comprar coches y esa tierra —Y le dio un abrazo a Sam.

CAPÍTULO DOS

Las dos semanas siguientes, el movimiento del rancho era un hervidero de obreros de un lado para otro, pero el jueves el almacén inmenso de la maquinaria estaba listo y tomó uno de los vaqueros y ella y dos camionetas y se fueron de compras. Máquinas para el campo y casi una ferretería, y se trajeron gasoil para el depósito, para un mes, la lista era inmensa y la factura igual. Todas las facturas las tenía metidas en un cajón para cuando tuviera su despacho.

La casa del capataz estaba acabada y le dijo a Bill que siguiera durmiendo con los chicos en el barracón, que en cuanto le tuvieran la casa, ya podrían vivir allí él y Gina, porque Gina venía a diario del pueblo. Pero era cuestión de dos meses. Y Bill, le dijo que no se preocupara.

Le estaban colocando unas plantas del vivero alrededor de la casa. Estaba preciosa. Y la utilizaría hasta que le hicieran la suya. La decoradora la dejó que no le faltaba de nada. Sencilla y bonita. De momento iba a estrenarla con Set, luego, sería la casa del capataz, cuando le acabaran la suya y Gina estaría encantada porque iba a ser preciosa.

El viernes por la mañana, llegó la maquinaria y la metieron en el almacén, enorme que había construido y colocaron todo el día las herramientas. Por orden señalizadas.

Era magnífico.

Ya, hasta el lunes, no empezarán la casa, y los graneros de los animales y otro para la comida, la cuadra grande para los caballos, el barracón de los muchachos. En total pensó que mejor que tres, cuatro grandes para los animales, porque pensaba comprar bastantes cabezas de ganado, y debían estar antes de las primeras nevadas terminadas.

Y estarían. Apenas estaban a mediados de junio. Y Sam y Bill, se echaban las manos a la cabeza. Pero Sam, estaba contento porque ganaría más.

Los dejó a todos y se fue al pueblo el viernes a las doce, antes de casarse al día siguiente. Hizo una compra de ropa y de comida y se fue a la peluquería, la peinaron, le hicieron un flequillo bonito y le dejaron el pelo largo y suelto. Y la maquillaron. Comió a mediodía en la cafetería.

Hacía una buena temperatura, e iba andando por la calle con su bolso, una minifalda con algo de vuelo negra y unas sandalias altas negras y un top blanco con escote que asomaban sus senos altos y duros.

Llevaba también una bolsa en la mano con ropa interior e iba camino del coche a dejar lo que había comprado ya por último. Tomaría un café y se iría al rancho. No sabía cuándo llegaría Set. Llevaba el coche lleno.

Llevaba una sonrisa en los labios y pasó por un bar. Salieron un par de vaqueros y estuvo hablando con ellos, riendo y en ese momento entraba Set en el pueblo con el coche y la vio entre los vaqueros, contenta, con esa ropa...

—No puede ser Mía... ¡Es ella! y frenó a su lado.

—¡Hola Mía!, ¿qué haces en el pueblo?

—Hola Set —y se despidió de los vaqueros —Os llamaré chicos.

—Adiós Mía.

A Set, le pareció que babeaban por ella y que ella se paseaba contenta delante de ellos.

—¿Ya estás aquí?, se asomó a la ventanilla del coche.

—Sí, ¿nos vamos al rancho o tienes algo que hacer?

—Iba a tomar un café, pero podemos tomarlo en el rancho. Nos vamos, pero he traído mi coche. Te sigo.

- ¿Dónde está?
—Allí. Es aquél.
—¿Te has comprado ese coche?
—Sí, y tres camionetas para el rancho. Y maquinaria necesaria para el campo.
—Venga te espero, ve tu delante.
—¡Qué galante!
—¿No estás demasiado guapa?, ¿Qué hacías tonteando con esos vaqueros?
—No tonteaba, los voy a contratar.
—¿Como para qué?
—Para trabajar en el rancho.
—Anda ve a por el coche, hablamos luego.

Y la siguió hasta el rancho.

La había visto sexy y guapa con ese flequillo estaba preciosa y ese escote, lo puso duro como una piedra. Tenía unas piernas preciosas. Y a los vaqueros, bastante altos, no les importaba.

Pero tampoco podía ser infiel. Si él no lo era, ni podía serlo, ella tampoco. Tendrían que hablar.

Él había hablado con Marta y aunque esta no estaba muy convencida de lo que iba a hacer Set, accedió a no verlo, de momento —le dijo.

Cuando llegaron al rancho, ella pasó de la casa y fue a la del capataz, se bajó del coche.

- Aquí podemos meterlos, viviremos en la casa del capataz hasta que hagan la grande.
—Está...
—Preciosa, ya verás.
—Y han arreglado un almacén.
—Y lo han agrandado, ya te lo enseñare el domingo. Es para la maquinaria, he comprado de todo, maquinaria para el campo y herramientas. Todo lo necesario.
—¡Joder!
—Mañana nos casamos. Venga entra. Te irás sorprendiendo más cuando acabe con el rancho.
—¡Dios qué bonita casa!
—Es la del capataz, pero la vamos a estrenar nosotros hasta que la otra esté terminada.
—¿Vas a reformar la casa?
—Claro, está que se cae. Voy a reformar todo el rancho y a comprar ganado.
—¿Y qué sabes tú de ganado?
—Más que tú, llevo el rancho con Bill, desde hace dos años.
—Toda una sorpresa ¿Y eso qué es?
—Compras. Voy a colocarlas y después cenamos.

Colocó primero la comida y luego llevó sus cosas arriba y las colocó en el baño y el vestidor del dormitorio principal, luego tenía en la parte alta, otros dos dormitorios y otro baño. Y abajo, tenía un aseo con cuarto de lavadora.

Él subió su bolso también.

- ¿Dónde lo pongo? —y se quedaron mirándose.
—En el otro vestidor del principal.
—¿Vamos a dormir en pecado esta noche? —dijo Set con ironía.
—Puedes dormir en la de invitados, pero tu ropa la tendrás en esta habitación para mañana.
—¿Dónde ibas con esa falda tan corta por el pueblo con los vaqueros babeando?
—¿Qué?

—Sí, mucho escote y poca falda.
—No se me ve nada.
—Si no te agachas no.
—No pensaba agacharme.
—¿Y los vaqueros?
—Están muy bien algunos, la verdad —Dijo ella de broma.
—Oye Mía, si yo voy a ser te fiel, tú también vas a serlo.
—Pues claro, eso lo daba por descontado —y se acercó a ella por detrás mientras Mía, doblaba la ropa y la colocaba.
—La abrazó desde atrás por la cintura.
—¿Qué haces Set?
—Darte tu anillo, pon el dedo.
Y ella puso el dedo y le dio un anillo precioso de compromiso.
—¿Tienes para pagar esto?
—Aún me queda algo y como no vamos a gastar en boda. Solo comeremos fuera...
—Ya me puedes soltar, gracias por el anillo.
—¿Y si no me apetece soltarte? Estás muy guapa, y esa faldita me ha puesto duro — y bajó las manos a sus piernas donde terminaba la falda y la subió hacia arriba dentro de la falda.
—Set...
—¿Qué pasa?, solo es un día, mujer, no seas tan moralina. Hay que aprovechar el fin de semana y estrenar esta cama.
Y subió tocando sus piernas hasta encontrar su sexo y Mía gimió.
—Te depilas. Eres una caja de sorpresas, vaquera.
Y tocó sus pliegues desnudos y con la otra mano tocó su trasero desnudo. Llevaba un tanga erótico que adivinaba con sus manos.
—Se te ve todo el trasero.
—No se me ve nada —gemía ella.
—Llevas ropa interior de infarto, nena, ¿cómo vas al pueblo así?
—Así voy al pueblo. Y seguiré yendo.
Pues tendremos un problema —Y le bajó la falda y tocó sus pechos dentro del top.
—Ummm, joder, estoy duro. ¡Tócame! —Y ella temblorosa desde atrás lo tocó.
—Ufff...
Le dio la vuelta. Y la cogió al vuelo y Mía abrió sus piernas, mientras Set, le mordía los pezones por encima del top.
—Espera, quiero ver tus pechos y sacó los pechos del top.
—¡Joder nena! ¡Qué pezones tienes! —y los mordisqueó y Mía gemía y se aferraba a su cuello y él subió por el cuello besándola y al fin llegó a sus labios y se introdujo en su boca. Ésa pequeña era un volcán ardiente —pensó.
Estaba caliente y la tumbó en la cama y se desvistió. Mía estaba temblando. Set, era guapo y tenía un cuerpo de infarto y ella no podía resistirse a eso, aunque él la odiara por quedarse con el dinero de su padre, en cuestión sexual, era un hombre caliente y apasionado y sabía lo que hacía. Ella no.
La desvistió...
—Ufff nena, me encanta ese cuerpecillo que te gastas.
—Tomo pastillas anticonceptivas —le dijo ella cuando Set sacó un preservativo.
—Yo, estoy limpio, me protejo y hace dos meses que no tengo relaciones —Y no mintió.

—Yo llevo aquí más de dos años.

—Y él tiró el preservativo y se colocó encima de ella besándola y acariciándola e intentó penetrarla despacio. Mía vio su miembro y se asustó un poco, porque ese hombre era un portento hasta en ese punto.

—¡Tócame, guíame! Y ella lo guió a su sexo y él entró, resbaladizo en su cuerpo húmedo.

—Estás muy húmeda —y siguió avanzando hasta encontrar una barrera que le costaba traspasar.

—Y la miró.

—¿Eres?...

—Sí, lo siento.

Y ella hizo un movimiento y él tuvo que entrar sin poderlo evitar. Mía gimió un momento de dolor.

—¿Te he hecho daño?

—Ya pasó.

—¿Quieres que siga?

—Sí, quiero que sigas.

Y él siguió despacio buscando su cuerpo y llenándolo de placer. Mía abrió más las piernas enroscando las de Set, que le costaba moverse y que no podía seguir más, agitado y encendido y ella, gritó en un momento porque sintió que su cuerpo se volvía calor y fuego y él sintió su orgasmo y se vació en ella como un loco.

Parecía que habían pasado horas, él aún estaba encima de Mía y Mía aún estaba aferrada a su ancha espalda y a su cuello.

Set, se retiró y se puso de lado. La vio con la cara roja, preciosa y los ojos cerrados y la respiración agitada aún.

¡Joder!, era virgen y lo había hecho sin protección, dos cosas nuevas en su vida, con la que iba a ser su mujer durante tres años. Jamás lo había hecho con una virgen, ni en el instituto, ni nunca. Sin protección tampoco.

No podía sentir eso que había sentido. Él solo tenía sexo, pero con ella, había tenido algo más. Y eso no podía suceder, no quería que sucediera, porque esa boda no era de verdad. ¡Joder!

—Mía.

—Dime Set.

—Lo que ha ocurrido...

—No pasa nada. No quiero hablar de eso, ha estado fabuloso. Supongo que lo haremos los fines de semana, pero no le des importancia, tiene la que tiene y ya está. No es una boda real. Solo es un contrato.

—Pero, yo no...

—No te preocupes, yo no lo hago, eres muy bueno en el sexo, si es eso lo que quieres saber.

—No has tenido antes para comparar.

—Ni falta que me hace, eso se sabe.

—¿Ah sí?

—Sí, tú sí que puedes comparar, pero no quiero saberlo.

—¿Por qué?

—Porque no, lo sabes, no tengo experiencia y si me comparas con las mujeres que has tenido, salgo perdiendo del tirón —Y Set, se reía.

—¿Qué cosas tienes mujer! Bueno, al menos en este tema sabemos que somos compatibles

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo. Aunque sea un matrimonio impuesto por mi padre, al menos podemos tener buen sexo los fines de semana e intentar ser amigos, ¿qué te parece?

—Me parece bien. Si es lo que quieres, yo no tengo ningún inconveniente. Creo que es lo mejor.

—Sí, es lo mejor. Nunca pensé que mi padre pudiera hacerme esto, y no pienso estar sin sexo tres años y si nos vamos a casar y no puedo ser infiel, lo haremos juntos.

—Nunca se lo pregunté. Tu padre, bueno mi padre también, era un hombre que me enseñó a llevar el rancho, era amable y nos reíamos mucho, pero nunca supe nada de su dinero, ni lo que tenía, supongo que me sorprendió igual que a ti la cantidad. Lo único que sé es, que hicimos unos planos con el constructor para dejar un rancho moderno, grande y próspero, y eso voy a hacer. También he comprado unas tierras al oeste. Me las aconsejó el constructor. No tienen edificaciones, son sólo tierras y un arroyo y estaban hipotecadas. He pagado un millón por ellas. Un chollo, ahora la propiedad es casi el doble.

—¿Has comprado más tierras?

—Sí. Una gran cantidad de acres, pienso sembrar, para tener grano para el ganado. Y tiene un arroyo, con lo que ahora el rancho tiene dos —Y Set, se quedó parado —Cuando pasen dos meses te quedarás de piedra. No reconocerás el rancho.

—¿Por qué?

—Verás un rancho distinto y nuevo.

—¿En serio Mía vas a llevarlo?

—Claro, eso quería tu padre, aunque él quería que tú formaras parte de este proyecto.

—Mía, lo mío es el turismo, tengo una empresa que vende paquetes vacacionales, a todo el mundo, sobre todo vendemos más a los parques nacionales, excursiones, viajes, pisos vacacionales, de todo. Estoy introduciéndome en el mercado. Y cada vez abarcamos más cuota de mercado e innovamos. Lo que quería es pagar el edificio, es necesario también y me gusta tener un sitio fijo, la gente lo pide, aunque gran parte de nuestro volumen de ventas se haga por internet, Por eso, es por lo que no quiero pagar alquileres y además comprarme un apartamento. Así, tener todo ganancias y poder invertir. Y pagar a mis empleados.

—Mañana cuando volvamos, te hago la transferencia de un millón. Lo necesitas y me parece una buena inversión y un buen negocio. Además, si es eso lo que has estudiado, será porque te gusta.

—Gracias, Mía.

—No me des las gracias, ese dinero sería tuyo, de no existir yo. Pero tu padre me hizo prometer que salieras solo adelante. ¿Cuánto te queda por pagar?

—Un millón y medio más o menos del edificio. Tiene dos plantas. No demasiado grandes, pero suficientes. Es bonito. Te gustaría. Al menos el mobiliario y demás, está pagado. Y quería comprarme un apartamento. Una vez pagada la empresa, de la que me quedaría medio millón, hipotecaría solo el apartamento que me compre, que es casi como alquilarlo, pero al menos, sería mío. O sin hipoteca, con lo que vendiera del rancho.

—¿Cuánto cuestan los apartamentos en Helena?

—En el centro, donde tengo la empresa, han reformado un inmueble antiguo y han hecho un complejo con piscina, gimnasio y están amueblados.

—Y cuestan...

—Depende de los dormitorios que quieras y los metros cuadrados, como en todos lados.

—¿Cuál te comprarías tú?

—Uno de tres dormitorios sería suficiente, amueblado y tiene dos plazas de garaje y un

despacho grande.

—¿El precio?

—Un millón y medio, y de cuatro un millón, ochocientos, amueblado entero. Son preciosos, con baños en cada dormitorio y dos en el principal, y vestidos. Una pasada.

—Sí, deben serlo, cuando te lo compres, iré a verlo.

—¿Quieres?

—Vas a ser mi marido, claro que iré entre semana alguna vez y me gustaría ver ese apartamento.

—En serio, me gustaría.

—Aunque, ya sabes que no puede entrar ninguna mujer durante tres años, al igual que no entrará en la casa que construya aquí ningún hombre en tres años.

—Acepto el trato. Lo cierto es que te doy las gracias si me das el millón. Al menos me quedará medio millón y cuando lo pague me compraré el apartamento. Y no tengo que devolverte el dinero que me prestó mi padre.

—¿De qué forma me vas a dar las gracias?

—Bueno, sé cómo dártelas.

Y le hizo el amor de nuevo y sintió lo mismo que había sentido la primera vez. Le gustaba esa mujer.

Esperaba olvidarse de ella durante la semana y además le había ofrecido no tener deudas y Set, lo necesitaba en esos momentos. Lo que no entendía es cómo una chica tan joven iba a llevar un rancho sin haber estudiado nada y sin saber de ranchos.

Por mucho que su padre le hubiese enseñado, en dos años, no se aprendía a llevar una empresa tan grande y menos con más tierras todavía.

Le daba pena, porque al final tendría que venderlo. Bueno, al menos estaría nuevo, si lo arreglaba y podía sacarle más cantidad a la venta.

La abrazó por la cintura y la atrajo a su cuerpo, le encantaba su pelo liso y su piel y sus pechos contra sus pechos, aunque ella aún era tímida y no se atrevía tocarlo ni a acariciarlo

—Puedes tocarme y acariciarme, Mía, no te va a pasar nada.

—Ya lo sé, pero me da corte.

—Vamos no seas tímida. Solo nos veremos los fines de semana. Te llamaré por las noches, si quieres. Te llamaré para ver qué tal estás. Y somos amigos.

—Vale.

—Tengo hambre, nena, ¿cenamos?

—Sí, me traje un pollo.

—Pues vamos a por ese pollo.

Mientras comían él, le preguntó...

—¿No tenías padre?

—Murió siendo yo muy pequeña.

—¿Cómo se conocieron nuestros padres? —Quiso sabe él.

—Por lo que me contaron, tu padre, era muy joven cuando fue a Cádiz de vacaciones con tus abuelos, y allí conoció a mi madre que era camarera de habitaciones del hotel en el que se quedaron de la playa para turistas. Y se ve que se quedó prendado de ella, tuvieron sus más y sus menos. Yo al menos no sé si estuvieron enamorados, pero sí que siguieron siendo amigos toda la vida, y tuvieron más comunicación cuando tu madre murió. Por lo visto al cabo de dos años, tu padre quiso que se viniera, pero mi madre ya estaba enferma de cáncer y el tuyo también y aguantó

hasta que decidieron hace dos años que viniera aquí. Por lo visto mi madre no sabía que tu padre estaba enfermo. El resto ya lo sabemos.

—¿Tú también eras camarera?

—No, estaba en la universidad y hacía todo en casa. Mi madre pasó años enferma. Tenía bajas en el trabajo cada dos por tres por su enfermedad.

—¿Estudiaste en la universidad?

—Sí, parece que te sorprende.

—Sí, la verdad, me sorprende, eres muy joven.

—Voy a cumplir casi veinticinco, terminé hace tres años y me vine.

—¿Qué hiciste en la universidad?

—ADE y derecho

—¿Qué es ADE?

—Administración de empresas.

—¿Dos carreras en una?

—Sí, dos carreras.

—¡Joder Mía! eres un portento de mujer. ¿También cocinas?

—También —sonreía ella.

—¿Y eres virgen?

—No, ya no.

—¿Por qué?

—Mi madre estuvo enferma toda mi juventud, desde que salí del instituto, tuve que cuidarla, no salía, así que conocí a pocos chicos.

—¿No te has sentido sola?

—Sí, me he sentido sola, pero soy fuerte. No necesito brazos en los que apoyarme. Además, tengo mi propio dinero.

—¿Cuánto dinero?

—Como medio millón de dólares. Esos son intocables de momento.

—¿En serio?

—Sí, los seguros de vida de mis padres, sus ahorros y la casa que tenían, que tuve que venderla y pagar una gran cantidad de impuestos.

—Me sorprendes cada vez más.

—Y ahora me pondré un sueldo para llevar el rancho.

—Estaba equivocado contigo.

—¿Por qué?

—Porque pensé que el rancho...

—Set, intentaré tener un rancho productivo, he leído y he aprendido, sé contabilidad y hacer una nómina. Y si quieres el domingo vamos a ver las tierras que he comprado.

—Vale, ¿sabes montar? —y ella lo miró.

—Vale, sabes montar. Sabes de todo.

—De todo no, pero tú me enseñaras, así cuando nos divorciemos, buscaré un hombre y tendré hijos y una gran familia.

—¿Ese es tu sueño?

—Junto con mi rancho. El campo está bien. Me gusta tanto como la playa y quisiera tener un hombre conmigo, con quien compartir mi vida e hijos.

—Si te gusta esa vida...

—Cuando compres el apartamento, quiero ir a Helena a verlo, así arreglo alguna

documentación que tengo que hacer y me quedo unos días.

—Vale, perfecto. Te enseñaré la empresa.

—Me gustará verla.

—Bueno, ahora vengo —dijo una vez que había recogido la cocina.

—¿No tomamos café?

—Primero voy a ver a los chicos y a dar una vuelta a los animales. Cuando venga, me ducho y tomamos ese café, he comprado tarta.

—¡Qué bien, te espero entonces!

Y tardó tres cuartos de hora en volver. Esa mujer, no era lo que él esperaba, era inteligente, además. Y lo que había sentido al hacer el amor con ella...

No quería ataduras, aunque estaba atado a ella, pero no quería ataduras emocionales. No tenía tiempo de permitírselo, ni quería una familia ni hijos como ella quería.

Le gustaba divertirse y trabajar en su empresa y ser libre de ir y venir, ya esto le iba a costar.

La trataría como una amiga, se acostaría con ella los fines de semana, como con una mujer más de las que había tenido con todas las demás antes que ella, y se olvidaría de sentimientos. Ya vería cómo salía de ese tema.

—Voy a ducharme —dijo ella al entrar.

—Vale, nena.

Y Set, sintió correr el agua y se puso duro pensando en Mía desnuda y subió, se desnudó y entró con ella en la ducha.

—¡Ay, Set!, por Dios me vas a matar de un susto.

—Ven que te enjabone, guapa.

—Tengo que lavarme el pelo.

—Te lo lavo.

—¡Qué encantador eres!

—Mejor así, tenemos tres años por delante.

Y la tocaba y ella lo sentía duro detrás, pero le dio la vuelta y la puso a horcajadas en su cadera y la penetró contra la pared de la ducha.

—¡Ven vaquera! oh Dios nena, joder, y entraba y salía de su cuerpo y se quedaba dentro gimiendo y besándose y su lluvia se unió a la lluvia de ella y a la que caía del baño.

—No puedo respirar —Dijo Mía, que puso la cabeza en su hombro, lánguidamente.

Ese hombre hacía cosas a su cuerpo que sabía que ningún nombre haría, su barba le hacía cosquillas en la cara y su sexo era maravilloso. Estaba teniendo un sueño, irreal, y a la vez real. Si fuesen una pareja de verdad... Ese podría ser su hombre.

Esta vez ella al bajarse de su cuerpo, se bajó hasta abajo y tomó su miembro y él se quedó sorprendido.

—Mía ¿qué haces?

—Intentaré lo que pueda.

Y metió su sexo en la boca y los chupó y lo movió y lo lamía en toda su longitud.

—Nena, por Dios, aggg, loca... Nena para.

Y ella seguía tranquila y despacio dándole placer hasta que supo que Set no aguantaba más y avivó su lengua y él se corrió sin poderlo evitar.

—Ah, Dios, joder, Mía. Eso ha sido...

—Espero que te guste, y se alzó a su boca y lo besó, y él, la abrazó y la besó hasta que le faltaba el aire.

Lo que le había hecho había sido lo más. Dios mío, ¿cómo iba a librarse de esa mujer si aún no

se había casado y la deseaba demasiado?

Luego, Set, le hizo lo mismo a ella y ella grito de placer al tener su orgasmo.

—Madre mía, madre mía —decía ella. —y Set sonreía satisfecho.

Esa noche no acabaron aún.

Cuanto más le hacía el amor a esa pequeña, más energía tenía. No tomaron café y se durmieron abrazados.

El sábado se levantaron y el volvió a hacerle el amor de nuevo.

—¿No te cansas?

—¿No te gusta?

—Me gusta mucho, pero creo que...

—¿Que qué?

—Que es hacerlo mucho —y Set, se rio y se la puso encima jugando.

—Eso es hacerlo poco.

—Pues estaré muerta antes de los tres años. Menos mal que solo serán los fines de semana.

—Anda tonta, venga, nos vestimos.

Y ella se puso un vestido blanco de encaje por encima de las rodillas, de licra ajustado, Se dejó el pelo suelo y se maquilló y perfumó, unos zapatos blancos de tacón muy alto y el bolso.

—Llevo las alianzas, ¿te gustan?

—Son bonitas.

—¡Qué guapa estás!

—Gracias.

—Primero vamos al juzgado, luego desayunamos.

—Vale, luego nos traemos comida.

—Está bien. Hoy nada de trabajar.

La boda fue entre ellos solos y dos personas del juzgado como testigos.

Él la beso en los labios y se fueron directamente a desayunar.

—No es la boda que esperabas, ¿no? —Le dijo Set.

—No, la verdad, tampoco creo que sea la tuya, pero no ha estado mal.

—¿Qué vas a desayunar? —mirando la carta.

—De todo —dijo ella y Set, se reía.

—¿Tienes hambre?

—Me has dado mucho trabajo desde anoche —y Set se rio de nuevo.

—Lo siento. Yo también de todo, y zumo de naranja natural.

—Sí y café con leche.

—Comes todo eso y estás delgada.

—Sí, algún día me cambiará el cuerpo, pero de momento...

—¡Estás buena!

—Pero...

—Eres bajita, pero estás estupenda y eres guapa.

—No soy bajita, tú eres muy alto.

—También es verdad.

—¿Te importa?

—Creo que no, aunque he salido siempre con mujeres altas.

—Lo imaginaba.

—Eres la primera mujer pequeña con la que salgo.

—Y fíjate, te has casado con una.
—Sí —riéndose.
—Pero eres guapa, estás buena y eres buena persona.
—No me conoces aún.
—Sí, sé que lo eres.
—¿Y tú, lo eres?
—Sí, lo soy.
—¿Con cuántas mujeres has salido? —le preguntó mientras comían.
—¿Estás celosa?
—Sí —Dijo riéndose Mía.
—No estás celosa.
—Para nada. Anda dime.
—Unas cuantas.
—¿Eso cuánto es?
—Tengo veintinueve años Mía, no las recuerdo.
—¿Más de quince?
—Más o menos. O más.
—¡Qué mujeriego!
—Era joven.
—¿Y ahora no sales con tantas, o tenías alguna en especial?
—No, estaba dedicado a forjar mi empresa, y no tenía tiempo, pero...
—Pero...
—Me gusta salir, aunque sea una noche, un rollo.
—Pues ya no podrá ser eso, lo sabes.
—Aguantaré hasta el fin de semana. Y aprovecharé contigo, para que me dure para la semana.
—No te queda más remedio.
—Bueno, voy a pagar, ¿damos un paseo?
—Sí, y luego nos llevamos algo para comer y cenar, hoy no pienso hacer nada.
—¿Café?
—Eso sí.
—Venga —Y la tomó de la mano y ella se extrañó, pero se la dio.
—Llegaron a casa después de comer y tomar café, ya que Set, se encontró a casi todos los amigos del colegio y del instituto y estuvieron tomando cervezas con ellos. Algunos ya conocían a Mía. Y no se creía nadie que se habían casado.
La tarde estuvo bien. Compraron la cena y se fueron al rancho. Como siempre ella, fue a dar una vuelta a los animales y a los chicos y volvió de nuevo.
Cuando entró, lo vio tumbado en el sofá. Al menos en ese sí que cabía. Ella se había encargado de elegir sofás grandes y cómodos, porque al parecer los vaqueros eran todos altos. Y la casita del capataz, tenía dos buenos sofás y un sillón.
Esa era una cosa que tenía que resolver cuando quedara poco tiempo de las obras, contratar a vaqueros, un cocinero para los chicos y que se viniera Gina a dormir a esa casa con su marido, el capataz.
Set, era guapo durmiendo y era guapo despierto. Si pudiera, no dejaría de mirarlo. Cuando bajó de ducharse, iba cómoda, ya no pensaba salir, así que se puso una camiseta de manga corta, unas sandalias bajas y unas mallas de deporte. Se había secado el pelo.
Y se tumbó en el otro sofá. Tomó el móvil y le hizo la transferencia a Set. Su padre lo había

castigado, pero no estuvo bien lo que hizo, sin embargo, no le daría la mitad del dinero, ni tampoco un millón y perdonarle los dos como dijo su padre, ahora el dinero era suyo y los dos millones se los perdonaba, porque ella que estaba empezando esa empresa, sabía que se necesitaba dinero.

Si Set debía y quería comprarse un apartamento, si le daba lo justo, quizá le costara avanzar en la empresa, así que lo pensó y le ingresó cinco millones y perdonados los otros dos. Creía que se los merecía. A ella le quedaban cuarenta y cinco menos los diez o quince que pensaba gastarse y uno del terreno que compró, y el resto, los dejaría en una cuenta, excepto tres millones para ir pagando. Y en un año y lo que restara de ese dinero, tendría que tener beneficios ya.

Eso lo comentaría con el capataz. Y ella misma lo iría comprobando con los programas contables que tenía preparados. Empezaría de cero en cuanto comprara unos miles de cabezas de ganado.

Se quedó dormida, pensando en cómo quedaría el rancho cuando acabara. Y sobre todo en Set. Había sido mejor de lo que esperaba. El sexo y cómo era y se portaba con ella. Era educado, muy sexual y pasional y eso era duro para ella.

Que fuera su primer hombre y tenerlo como amigo con derecho a roce tres años y luego separarse, iba a condenarla a unos años para olvidarlo, porque sería fácil esperarlo los viernes y hacer el amor con él los fines de semana, pero sería muy difícil olvidarlo después.

Se conocía y lo sabía. No encontraría tan fácilmente un hombre como Set.

Cuando Set se despertó, la vio allí acostada en el sofá. Parecía una niña, una chica preciosa y vulnerable, con una nariz pequeña y uñas largas y negras pestañas.

Y tenía ganas de despertarla y hacerle el amor como la tarde anterior. Se quitó la ropa y se tumbó en su sofá y ella sintió el calor de su cuerpo.

Empezó a acariciarla y metió las manos bajo su camiseta. Y le bajó el sujetador pellizcando sus pezones y ella se sintió húmeda.

—Nena.

—Umm... No me dejas dormir.

—No puedo, estoy preparado —le bajó las mallas y se la subió a su cuerpo entrando en ella, mientras le quitaba la camiseta y el sujetador. Y empezó esa danza sin fin que él empezaba siempre haciendo que ambos gimieran y llegaran lejos y ardiendo.

—¡Oh nena!, eres un volcán de fuego.

—Tú eres el que estás ardiendo.

—Sí, ya lo sé, pero me gustas y te veo y pienso en tus pechos duros y grandes y tus caderas y me excito.

—No te vas a olvidar de eso.

—Lo intentaré.

Estuvieron toda la tarde en el sofá hablando y Set, le contaba los planes turísticos para la empresa. Y ella lo escuchaba con atención. Y creía que abarcaba demasiada parte del mercado. Era un plan ambicioso, pero el suyo, también lo era y lo vio entusiasmado.

Cuando iban a cenar...

—Ya te he ingresado el dinero, cuando estabas dormido.

—¿Sí?, miraré a ver si ha llegado —Y tomó su móvil.

Y ella quiso ver la cara que ponía, pero le dijo que iba a calentar la cena.

—Mía...

—Sí, dime.

—Me has ingresado cinco millones.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué?

—Para que pagues todo, compres el apartamento que quieras, sin hipoteca, el de tres o el de cuatro dormitorios, y que te sobre algo para tener un remanente en la empresa.

—¿En serio? —y se levantó y se fue tras ella.

—Gracias, preciosa.

—Eso sí, en cuanto tengas la casa, quiero verla.

—Por supuesto que la verás —y la cogió en volandas y dio unas cuantas vueltas con ella besándola.

—Para loco.

—Me has hecho un hombre feliz.

—¡Qué tonto! ¡Bájame!

—¿De verdad me has dado cinco millones?

—Sí y no te pido los otros dos, quiero que tengas para empezar bien tu empresa. Sé que hubiese sido tu dinero, pero tengo que dedicar dinero al rancho y hacer lo que me dijo tu padre. Debería ser tuyo el dinero, pero quiero que pagues lo que debes y no tengas deudas y además te quede algo para invertir en la empresa.

—Gracias encanto. —Y la abrazó por detrás —Nada más que por eso voy a poner la mesa.

—¿Qué cara tienes! Ahora que en cuanto compres la casa, voy y lleno mi parte del vestidor de ropa y quiero ser la primera en verla.

—Por supuesto que sí. ¿A mí me vas a comprar ropa?

—Pero si te he dado dinero para la empresa...

—Pues eso, para la empresa y tengo que contratar una mujer para que me haga la cena y limpie, mujer.

—Eso con dos horas al día, tienes, te vas a ahorrar un alquiler caradura —Y se reía bromeando —pero iremos de compras, sí.

—Un sábado.

—Bueno, si la compras pronto, aprovecho que las obras están paradas aún los fines de semana y voy. Ya iré otra vez más adelante, para comprarme ropa cuando tenga la casa del rancho lista.

—Y yo.

—Me vas a salir caro —Y él la besaba mimoso.

—Tienes todo mi dinero nena.

—Es mío.

—Es verdad. Pero somos amigos y te tengo satisfecha.

—No me puedo creer que hayas dicho eso.

—Sí, te lo digo —Y la abrazó más fuerte por detrás.

—Anda pon la mesa, loco.

—Voy —Y le besó el cuello.

A Mía le gustó verlo contento. Lo cierto es que no le guardaba rencor por tener todo el dinero de su padre, y se había puesto contento de que le ingresara más.

—Oye pequeña...

—Dime

Mientras comían...

—¿Tú comprarías un apartamento de tres dormitorios o de cuatro?

—Si alguna vez tienes familia, yo lo compraría de cuatro —Le dijo Mía.

—Creo que lo compraré de cuatro entonces.

—Total, te cuesta solo un poco más y están amueblados.
—Sí, es cierto, pues de cuatro. ¿Cuántos pondrás en la casa grande?
—Cuatro grandes, enormes, quiero todos los espacios amplios y hermosos.
—Tiene tres ahora.
—Sí, la agrandaré y pondré en todos baños y vestidores. Y en el nuestro, baño doble, y en el mío una bañera enorme con patas antiguas frente a la ventana que pueda mirar el campo llena de espuma.
—¿En serio?
—Sí, doblaré los metros cuadrados y haré una piscina en el patio con cascada y un gran jardín.
—¡Joder Mía, tú sí que sabes!
—Bueno, lo disfrutarás tres años.
—Eso sí.

El domingo por la mañana salieron a pasear y ver las tierras que ella había comprado y que eran hermosas y casi doblaban el rancho en extensión.

—¿Te han costado un millón?
—Sí, eso es.
—Pues es una ganga, ahora si mi padre viera lo enorme que es el rancho, sería el hombre más feliz del mundo.
—Y tiene un arroyo para los animales, allí mira...
—Es cierto.
—Ahora tienes dos arroyos.
—Es perfecto.
—Ganaré más que tú.
—No lo creo, nena.
—¿Probamos?
—Vale.
—De enero a diciembre del año que viene.
—Trato hecho.
—Sin trampas Set.
—Sin trampas, por más reses que tengas, nunca ganarás más que yo con mi empresa.
—Veremos.
—¿Qué retadora eres!
—Sí, lo soy, me gustan los retos y luchar por lo mío.
—¿Lucharías por mí? —Mirándola desde el caballo.
—Depende.
—¿De qué?
—De si estuviera enamorada de ti y tú de mí. En todo caso, perdería la partida.
—¿Qué cosas tienes!

Pasaron la tarde tras el café haciendo el amor hasta que a las cinco, Set dijo que debía irse.

—Tengo más de dos horas y media por delante, nena.
—Vale.
—Vengo el viernes. Sé buena y no te pongas esas faldas si vas al pueblo.
—Ni tú metas a nadie en casa.
—Es la de alquiler. Le dijo bromeando.

—Me da lo mismo.

—No lo haré, tengo trabajo, tengo que hacer números con Devin para la empresa y comprar un apartamento.

—Pero si está ya amueblado.

—Pero necesita los elementos del despacho. No están incluidos.

—¡Ah! eso sí.

—Bueno guapa, dame un beso.

Y la besó con pasión.

—Te echaré de menos esta semana. Te llamo.

—Como quieras. Ten cuidado.

—¿No quieres que me pase nada?

—Pues claro que no tonto, no quiero quedarme viuda a los dos días. Estás demasiado bueno.

—Tú también. – Y Set se reía.

—Hasta el viernes.

Y vio cómo desaparecía el coche de Set por el camino de polvo del rancho.

Otra cosa a arreglar. Haría una carretera, que ya estaba planeada, hasta las casas y el barracón, con árboles a los lados.

Una entrada al rancho bonita y plantas entre cada árbol.

Iba a echar de menos a ese hombre toda la semana, aunque si trabajaba, se le pasaría rápido. Pero era un hombre que le dejaría huella, lo sabía y eso le causaba una gran preocupación. Aunque ahora tenía otras cosas que resolver primero.

Y un vacío que ya sentía en su cuerpo y en la casa vacía cuando entró. Cerró la puerta y se quedó a solas con el olor de Set en toda la casa.

Se tumbó de nuevo en el sofá pensando en ese fin de semana.

Estaba casada. Tenía un anillo de compromiso y una alianza en la mano izquierda. Había perdido la virginidad con un hombre que apenas conocía y había hecho el amor con el hombre más guapo que había conocido. Le encantaba. Le había gustado todo de él, a pesar del encontronazo dos semanas antes con el notario.

Le gustaba el sexo, había descubierto un mundo desconocido para ella, con un hombre que parecía saber mucho o al menos la dejaba siempre satisfecha como él decía. Jamás pensó tener orgasmos ni hacer el amor en tantas posturas.

Descubrió que le gustaba el sexo y que ya no podría pasar sin hacerlo con Set, todas las semanas. Ya lloraría cuando acabaran los tres años, pero de momento iba a soñar y ser feliz con Set y, sobre todo, iba a hacer el amor con él todo lo que pudiese. Iba a tener un rancho del que Set se sintiera orgulloso de ella e iba a luchar para que fuese suyo, aunque no tuviera experiencia en hombres. Y él estuviera acostumbrado a otro tipo de mujeres, cuando fuera al rancho o ella a la capital, iría con ropa sexy, tacones, un buen perfume y buena ropa. Se podía compatibilizar ser una vaquera, con tener un rancho y ser una mujer sexy para su hombre de ciudad.

Y sonriendo, de quedó dormida...

CAPÍTULO TRES

Esa noche de domingo, cuando se despertó en el sofá, era muy tarde y se fue a la cama.

Mía lo echó de menos, la cama olía a Set. La casa olía a Set. Le encantaba su perfume. Todo había salido magnífico, mejor de lo que ella esperaba. Al principio se había enfadado por el dinero, pero era buena persona. No le guardaba rencor por quedarse con el dinero que a él le hubiese correspondido.

Luego estaba el tema sexual, era tan guapo, estaba tan bueno, tenía un cuerpo perfecto para ella. Aunque era demasiado alto, ese hombre era veneno para su piel.

Le enseñó ese fin de semana a disfrutar del sexo, a recorrer todos los territorios de su cuerpo, a amarla de mil formas distintas y era verdad que la tenía satisfecha porque la tocaba y se derretía como lava de un volcán por Set.

Claro que tenía que disimular, y disimular tres años, le iba a costar, porque sabía que iba enamorarse de Set. Pero ya dentro de tres años lloraría otros tres por él. No dejaba de pensar en él cada instante que estaba despierta.

Por mucho que se hiciera a la idea de que eran amigos con derecho a roce, ella nunca había tenido ese tipo de roce y eso era un gran problema con Set, que tenía un roce demasiado perfecto e intenso y mucho más roce del que pensó en un primer momento. O quizá es que, al ser el primer hombre, ella sintió lo que nunca había sentido con nadie.

Era divertido en el sexo y era sexual y era pasional y... ¡Dios, en qué lío se iba a meter!, si al menos el padre de Set, no le hubiese puesto ese hombre delante de sus narices, se dedicaría al rancho y nada más.

Set, iba en el coche pensando en todo cuanto había pasado ese fin de semana. Nunca imaginó que a esa edad quedarán mujeres vírgenes y la suya lo había sido. Bueno la suya... De tres años. Le gustaba, le gustaba su risa, su sabor, su olor, su cuerpo pequeño y perfecto, sus pechos hermosos, pero debía dejarlo ahí.

¡Ufff! no podía confundirse, sería su amante y su amigo y nada más. Tenía una empresa que sacar adelante y ella le había dado un empujón grande, no tendría deudas y además tendría un remanente y podría invertir más, otras vías turísticas, ampliar personal y otras cuestiones que tenía en mente.

Pero llevaba en su cuerpo el olor de Mía.

Bueno, no quería pensar a muy largo plazo, tres años pasaban enseguida, si se veían el mínimo de tiempo los fines de semana o si tenía que viajar a veces una vez al mes, le resultaría más fácil olvidar que estaba casado y atado por tres años.

El resto del tiempo, tendría que pasarlo con ella. No le quedaba más remedio. Al menos era guapa. Su padre tenía buen gusto, y era irónica y con carácter y eso le gustaba en una mujer. Lo retaba. Y eso le encantaba. Y no iba a pensar en ella como en una mujer distinta a las que habían pasado por su cama. Sería una más los fines de semana. Y el sexo estaba pero que muy bien.

La siguiente semana, el contratista terminó el barracón de los chicos, con cabida para veinticinco personas y mientras la decoradora metía muebles y todo lo necesario para una gran cocina, y las habitaciones y baños de los obreros, otros se dedicaron al gran granero para la comida de los animales y los útiles necesarios.

Otro grupo de obreros, empezaron a poner las vallas altas y blancas que Mía había elegido y la entrada del rancho de madera igual a las vallas con un cartel con el nombre, el mismo que tenía, eso no iba a cambiar, pero nuevo. Tardarían al menos dos semanas en colocar todas las vallas o tres. Había dos chicos dedicados a ese trabajo.

Mientras, Set, en Helena, esa semana, había pagado sus deudas, y se había comprado el apartamento nuevo de cuatro dormitorios y el despacho lo amuebló y se cambió.

No pudo hacer más, porque entre la documentación, el papeleo, los bancos y la mudanza... Pero al menos ya no debía nada y tenía un apartamento que era una preciosidad. Y todo gracias a ella.

El lunes mismo cuando llegó del rancho, Devin le preguntó qué tal le había ido como hombre casado.

—¡No me digas, te ha gustado! —Cuando le vio la cara alegre y feliz.

—Pues sí.

—No me lo puedo creer... ¿Buen sexo?

—El mejor de mi vida.

—¡Joder Set!

—Si me guardas el secreto, te diré algo amigo.

—Claro que te lo guardo. ¡Faltaría más!

—Era virgen y lo hemos hecho sin protección.

—¿Quieres tener hijos?, bueno, ya tienes una edad para ello.

—Toma pastillas. No quiero hijos ni matrimonio serio.

—¡Joder tío! Y eso que decías que parecía una limpiadora.

—De eso nada, ha ido a la peluquería, y se pone unas faldas cortas, que no me gusta cómo le babeen los vaqueros.

—¿Los del rancho?

—No, los del pueblo, me la encontré allí cuando fui.

—¿Estás celoso? Nunca te he visto celoso en mi vida.

—Me gusta, pero no quiero nada serio, somos amigos con derecho a roce. Tiene su carácter y es guapa y el sexo es muy bueno, pero no estoy acostumbrado a tener ataduras, lo sabes.

—Pero si es inexperta...

—Amigo, pero yo no.

—¡Qué cabrón, qué suerte tienes!

—¡Ah y otra cosa!, me ha dado cinco millones y sin devolver los dos, claro.

—¿En serio?

—Sí, así que esta semana me compro el apartamento, y pago lo que debo y aún me quedará casi uno y medio para la empresa.

—¿Te los ha dado?

—Sí, es buena persona.

—Desde luego, tienes una mujercita que me gusta.

—¡Olvídate!

—Bueno, bueno, puedo esperar tres años.

—No vas a tener nada con ella.

—¿Por qué?, si la dejas dentro de tres años, tendrá casi veintisiete y está muy bien. Si no la quieres...

—Te he dicho que no Devin. Búscate a otra mujer.

—Estás pillado y solo ha sido un fin de semana. Es la primera vez que te veo tan animado en

todo.

—Nada de eso, vengo animado por el dinero, vamos a pagar y a organizar documentos esta semana, tengo que contratar la semana que viene a más gente y ampliar otras vías.

—Está bien, ¡enhorabuena!

—Anda venga.

Set estaba deseando que llegara el viernes para contarle a ella todo cuanto había hecho y también ver cómo iban las obras del rancho.

El viernes, ella había preparado cena y se puso un vestido corto sin ropa interior cuando sabía que Set estaba a punto de llegar. Sabía que llegaría en menos de media hora y lo deseaba. La había llamado todas las noches y hablaban de todo.

Cuando sintió el coche de Set entrar en el garaje, se puso nerviosa como una adolescente.

Set, abrió la puerta y ella se levantó del sofá. Set, dejó su bolso y el maletín en el suelo, y se fue hacia ella.

—Nena, estás preciosa. Menudo vestidillo te gastas, ven aquí.

Y ella fue hacia él y Set la cogió a horcajadas y la besó y ella a él.

Metió las manos entre su vestido...

—No llevas nada, descarada.

—No, te esperaba.

—Dios mío, eres una bomba de relojería, chiquita.

Y Mía lo tocó a través del pantalón su abultado sexo.

—¡Uff! no toques demasiado, si estás casi desnuda, y le sacó el vestido y chupó y mordisqueó sus pezones mientras con la otra mano se desabrochaba el pantalón y ella le quitaba la chaqueta.

—Estoy caliente chiquita.

—Y cuando llegaron al sofá estaban desnudos y Set la penetró sin miramientos y ella gritó cuando entró en ella abriendo sus piernas para sentirlo más profundamente.

Set, se movió con ansias y prisas y se derramó en ella como un hambriento.

—¡Ah nena! Mía ¡Cuántas ganas tenía mujer!, me has dejado una semana sin sexo- y ella se reía mientras recobraba la respiración.

—¡Ay Set! Loco...

—De loco nada. Hazme un ladito. Y empezó de nuevo a besarla y a acariciar su pelo, mientras la tenía agarrada y descansaban, le tocaba los pechos y bajaba a su sexo.

—Espera que me recupere tonto.

—Me gusta tocarte —y ella lo besó y se hundió en el hueco de su cuello.

—¡Qué bueno estás!

—¡Qué tontilla eres!

—Es cierto, y tocaba su pene. Yo también te he deseado esta semana.

—¿Sí?

—Sí, no puedes enseñarme cosas e irte y dejarme sola.

—Bueno, tendremos un fin de semana intenso.

—Eso sí.

Y fue otro fin de semana intenso de sexo entre ellos. Se conocían y probaban más posturas que ella ni sabía que existían. Subía por nubes azules y prados verdes sin salir de la cama con ese hombre los fines de semana, al menos esos dos que tuvo con él.

El domingo fueron a desayunar al pueblo y como la semana anterior, al volver al rancho, dieron un paseo a caballo y Set vio cómo las vallas iban avanzando.

Vieron el barracón de los chicos y ella le dijo que iba a contratar ya a un cocinero que limpiara

además el barracón.

Set, le dio la llave de su apartamento en Helena por si quería ir a verlo esa semana y la dirección. Y Mía le dijo que ya vería si podía ir esa semana, dependía de la obra, cómo iba avanzando y si la necesitaban.

Cuando se despidieron, fue como la semana anterior, ella se quedó triste y sola y había un hueco en cada rincón, que solo rellenaba Set.

Y Set, iba contento a su nueva casa. Le gustaba pasar los fines de semana con Mía. Iba renovado.

La siguiente semana, en el rancho las cosas marchaban a toda velocidad, terminaron los establos para los animales, la cuadra de los caballos y un pequeño despacho para la veterinaria en el granero. Contrató un cocinero, para la cocina de los muchachos y limpieza del barracón e hizo compras y compras y compras.

Tuvo una charla con el contratista, porque iban a terminar las vallas y los caminos que los convertirían en carreteras asfaltadas que irían a todas las edificaciones y esperaba ya la siguiente semana meterse con la casa.

Le hizo otra transferencia de dinero y luego ya terminaría con otra para la casa. Se metieron más utensilios para todas las cabezas de ganado que iban a comprar, para los caballos, todo nuevo, todo cuanto se necesitaba. Y apiló las facturas en la casa del capataz por orden de compra desde que empezaron las obras.

Pensó el jueves, que el viernes podría irse por la mañana a Helena y pasar allí con Set el fin de semana y estrenar el apartamento y dejó al cargo del rancho al capataz Bill y al contratista Sam, le dijo que estaría fuera unos días, que siguieran su trabajo.

Así que el viernes temprano, se vistió bastante guapa y elegante, hizo una pequeña maleta para el fin de semana y un par de días por si se quedaba algo más. Pasó por el pueblo y desayunó y a las once de la mañana estaba en Helena.

Buscó la dirección del apartamento de Set y le encantó, estaba en pleno centro, aparcó en la plaza de garaje que Set, le había indicado y allí estaba el coche de Set, y ella aparcó al lado.

Subió en el ascensor al apartamento, lo abrió, y era una preciosidad. Más bonito de lo que imaginaba. Dejó la maleta y recorrió todo el apartamento. La nevera, no la tenía demasiado llena, más bien vacía. Y el despacho era grande y precioso, lleno de documentos y dípticos de programas de veraneo.

Los dormitorios eran grandes y bonitos y el principal precioso, llevó su maleta y vació su ropa en el otro vestidor, vació, y sus útiles y maquillaje en el baño que había vació al lado del de Set.

Se retocó un poco y perfumó y bajó a ver la empresa. Set, no la esperaba, pero sabía que estaba cerca de su apartamento y no le fue difícil encontrarla.

BAKER ENTERPRISES.

Allí estaba, a dos manzanas del apartamento. Era bonita, y tenía una planta a pie de calle y otra arriba. El edificio no era enorme, pero tampoco pequeño. Estaba muy bien.

Así que se acercó. Llevaba un vestido corto por encima de las rodillas, verde de tirantes anchos y estrecho y unas sandalias negras altas como el bolso que llevaba.

Entró y pidió ver a Set Baker.

—¿Tiene cita? —le dijo la recepcionista.

—No, pero soy su mujer.

—Perdone señora Baker.

—No pasa nada. Espero a que le avise cuando pueda. —Le dijo amablemente.

La chica se quedó mirándola y llamó por teléfono y en dos minutos estaba allí Set.

—¡Mía has venido!

—Sí, aquí estoy, qué guapa y la abrazó.

—Anda ven a mi despacho.

—Si no interrumpo...

—Para nada. Está en la primera planta. Arriba.

—Es bonita y grande.

—Bueno, no está mal, es la planta donde se contratan los paquetes vacacionales, de todo tipo, por internet y la gente que viene físicamente y los viajes, hoteles, pasajes, etc. Y en la planta siguiente, tengo a los informáticos que buscan sitios donde ampliar nuestros paquetes y viajes, contabilidad, recursos humanos, Devin, que ya lo conoces, el abogado, mi secretaria y yo.

—¿Estás bien de dinero?

—Sí, preciosa, con lo que me diste, he contratado más personal y estamos a tope. Si nos va bien contrato más el año que viene, depende de las Navidades. Ya veremos.

—Está bien, sabes que si necesitas, puedes pedírmelo.

—¿Con intereses?

—Ya veré cómo me lo cobro.

—¡Qué guapa estás!

—Gracias, tú también estas bien con ese traje.

—¿Pasamos entonces aquí el fin de semana?

—Sí, y quizá me quede hasta el miércoles por la mañana.

—¿De verdad?

—Sí, te prometí comprar ropa.

—¿Te quedas en la empresa hasta que comamos fuera? Te invito.

—No esperaba menos.

—¡Qué mala eres!

—Ya estamos. Y le señaló cada sitio y al final entraron a su despacho, amplio y cálido, con vistas a la avenida y lleno de luz.

—¡Qué bonito, es precioso!

—¡Hola Mía! Se levantó Devin del sillón para saludarla, Estaba despachando con Set, ¿qué tal estás?

—Bien ¿y tú?

—Bien, obedeciendo a tu marido. Estás muy guapa, el matrimonio te sienta bien —Y Mía se reía.

—Set, me trata bien.

—Sí, que la trato bien —y la besó en los labios. ¿Esperas nena media hora y nos vamos a comer después?

—Claro. No hay prisa.

Y se sentó en un sofá mirando folletos y precios y cuando pasó la media hora, Devin se despidió y se fue. Y él se levantó y se sentó con ella en el sofá de su despacho, cerró la puerta y la cortina la bajó y la tumbó en el sofá.

—Loco, no pensarás...

—No, no pienso, ese vestido me está matando.

—Pero si tenemos esta noche.

—No me importa, y le subió el vestido y se abrió la cremallera del pantalón y entró en ella

apartando el tanga que sabía que llevaba y...

—Dios, mío. Pequeña, esto es una locura.

—Tú estás loco, gemía despacio.

—No hagas ruido.

—Intentaré no hacerlo.

—Ohg Dios, nena —y siguió rápido y veloz hasta morir en su cuerpo.

—No sé qué me haces chiquita. Y la besó profundamente.

—Voy al baño —Dijo al cabo de un rato.

Y luego fue ella a retocarse.

—Anda vamos a comer que me dejas muerto.

—Sí. Claro, yo soy.

La llevó a un restaurante precioso.

—¿Has ido al apartamento?

—Sí, y he colocado la ropa. Es maravilloso, luminoso y con vistas preciosas. Me encanta.

—Salgo a las cuatro del despacho.

—No te preocupes, ahora me voy a dar una vuelta y descanso. Te espero en casa. En ese gran sofá estupendo que tienes.

—¿Salimos luego?

—¿De compras?

—No a cenar y a tomar algo, de compras podemos ir mañana sábado por la mañana.

—Perfecto.

Cuando acabaron de comer, Set la besó y se fue a la empresa y ella fue andando hasta un supermercado cerca del apartamento e hizo una buena compra.

Se la llevaron a casa y la colocó. Luego llamó al rancho para ver cómo iba todo. Sin problemas.

Como iban a salir, se tumbó en el sofá, se hizo un café y se quedó dormida un buen rato.

Así la encontró Set, cuando vino del trabajo, y se echó encima de ella.

—Ummm. Mi marido —dijo ella.

—Te aplastaré pequeña.

—No me importa.

—Necesito una ducha antes, ¿has tomado café?

—Sí.

—Me ducho y me tomo uno.

—Te acompaño.

—¿Sí?

—Sí.

—Bien —y la cogió y se la echó al hombro y ella se reía mientras iban a la ducha.

Allí le hizo el amor y en la cama que estrenaron.

—A este paso no tomo el café.

Y cuando fue Set a la cocina, ella se sentó en el sofá.

—¿Quieres otro café?

—No, no tomo tanto café, me pone nerviosa.

—¿Has comprado comida?

—Sí, no tenías apenas nada en la nevera.

—¡Eres tremenda!

—Si voy a pasar unos días contigo, no voy a pasar hambre.

—No pasarás de nada, pequeña.

El viernes la llevó a cenar y a un local a tomar una copa y bailar.

El sábado cuando se levantaron, tarde, fueron de Compras. A Set, le gustaba tanto como a ella, y Mía gastó más de cinco mil dólares y llenaron los vestidores de todo.

—No me has dejado pagar nada.

—No quiero que gastes. Y los trajes son necesarios para tu trabajo. Ya haremos otra compra cuando acabe el rancho, y en invierno.

—¿Sabes qué me gusta más de todo? —Le dijo Set.

—La ropa interior.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Qué tontorrón eres!

El sábado se quedaron en casa y Set pidió para cenar. Trabajó un poco por la tarde mientras ella echaba la siesta cansada del centro comercial.

Cuando despertó, llamó al rancho y fue al despacho.

—¡Hola dormilona!

—¡Hola guapo! —y lo abrazó por detrás besándole el cuello y bajando sus manos hacia el pantalón de Set, y este se engrandecía.

—Nena, estás jugando con fuego.

—Ummm, sí, me gustan los juegos calientes.

—Te estás volviendo una perversa.

—Pero solo contigo, de momento.

—Ufff, aquí lo dejo que tengo que atenderte —y Mía se reía.

Y ya no lo dejó trabajar más.

El domingo pasearon por la mañana, desayunaron fuera y luego volvieron a casa, mientras él trabajaba, ella hizo la comida y la cena y puso una colada.

—¿Qué haces Mía?

—Pongo una colada.

—Pero si Mel viene mañana, mujer.

—Bueno, pero si no cuesta trabajo.

Pasaron unos días estupendos y el lunes y el martes lo tenía por la tarde y por la noche y por las mañanas cuando venía Mel las dos horas, salía a desayunar y a ver la ciudad. Se compró algunas cosas para el rancho y las dejó en el maletero, porque no quería que las viera Set. Le diría que estaba loca con tantas compras.

Cuando se levantaron el miércoles por la mañana él la abrazó con fuerza.

—Nena, te veo el viernes.

—Eso espero.

—Pórtate bien, eres un volcán, pero eres mía.

—¿Qué voy a hacer en el rancho?

—En el rancho todos son hombres jóvenes.

—Y guapos, no se te olvide.

—Mía...

—Me voy tonto.

—¿Desayunamos antes de irte?

—Si quieres...

—Venga, luego te vas.

—Vale.

Me llamas cuando llegues, nena.

—Está bien papi.

—Ya te daré el viernes.

—Quizá tenga la regla, me toca seguro.

—No me importa, al menos estaremos juntos.

—Bueno, ya me voy, quiero ver cómo anda el rancho. Sé bueno, con la ropa que te he comprado estás de muerte.

—¡Loca! —Y la besó cuando acabaron de desayunar y ella emprendió el camino de vuelta al rancho.

Cuando llegó al rancho, iba feliz, contenta, y llamó a Set para decirle que había llegado.

Las carreteras las estaban terminando, las vallas también y contrató a cinco vaqueros más para que fuesen limpiando los campos y otros dos para los sembrados, y un cocinero con experiencia.

Compró un par de tractores con todos los utensilios que necesitaban y la lista que los chicos le pasaron e iban a necesitar para los tractores y el campo y los metieron en el almacén de la maquinaria.

Llenó el depósito de gasolina de nuevo y pensó que, si contrataba ya a otros dos vaqueros, podría comprar las reses y que los obreros fuesen terminando la casa y los árboles que quería plantar y arreglar con vallas el cementerio que tenían en la parte baja. Y donde estaban enterrados los antepasados de Set.

Así que en unos días se llenó el rancho de vaqueros que fueron ubicándose en el barracón y ella el viernes se dedicó a hacer entrevistas. Al final se quedó con quince vaqueros, el cocinero y el capataz, más su mujer que ya los tenía contratados.

Compró lo que necesitaban y aquello era una locura ya de hombres y de compras.

Además, tenía el fin de semana que preparar las nóminas de junio.

No le vino la regla para colmo y se asustó, porque creía haber tomado todas las pastillas. Tendría que comprobarlo bien, y para rematar la semana, el jueves la llamó Set diciéndole que iba a un viaje a Canadá, y que al menos estaría dos semanas o tres. Y ella se sintió triste.

—Pequeña, no pienses que es por lo de la regla. Es que hemos abierto un paquete vacacional allí y tengo que ir a comprobarlo, como siempre hacemos.

—No pienso nada de eso, de verdad Set, sé que viajarás de vez en cuando y te echaré de menos. Es que tenía ganas de verte.

—Y yo pequeña.

—¿Cuándo vuelves?

—Quizá en un par de semanas, tres a lo sumo. Tengo que mirar in situ paquetes vacacionales, queremos introducirnos allí, ver los lugares.

—¿Serás bueno?

—Pues claro voy con Devin, aquí está a mi lado —y Devin lo miraba serio y taciturno. Mañana salimos temprano pequeña. Pero te llamaré todas las noches.

—Está bien. Ten cuidado.

—Lo tendré pequeña —Y colgó.

—¿Por qué le has mentido Set? Es una buena chica y no merece lo que vas a hacer. Sabes que no voy contigo, que me quedo en la empresa y que te llevas a Marta, ¿Por qué, tío?

La habías dejado. Tendrás problemas. Si estás bien con ella, te ha dado dinero, te compra ropa y es preciosa y te va bien con ella sexualmente. Ahora que empiezas... No te entiendo. Si yo tuviese una mujer como ella, nunca le haría eso, aunque fuesen solo tres años.

—Pero no la tienes y no es tuya.

—Lo que faltaba es que tuvieses celos.

—Y los tengo, pero son tres semanas sin sexo. Y Mía, no se enterará. Además, si lo pienso bien, esto es un juego, un juego de tres años.

—¿No puedes aguantarte joder? Tienes una mujer preciosa, que te ha quitado las deudas, te ha dado dinero, te ha comprado ropa, comida, está por ti, se le nota. ¿No te conformas con ella? Marta no le llega a la suela de los zapatos. Y no creo que para ella sea ningún juego. Y tampoco puedes tener a Marta como un comodín cuando te interese.

—Pues eso es precisamente lo que no quiero. No quiero sentir lo que siento por ella, ¿sabes? Es profundo, importante y serio. Nunca había sentido lo que siento con Mía por ninguna mujer. Pero no puedo ahora. Por esa razón, me llevo a Marta. No quiero echarla de menos, ni sentir lo que estoy sintiendo por ella en tan poco tiempo. No quiero enamorarme ni que mi vida cambie, así me llevo a Marta y me olvido de Mía esos días.

—Mentira, lo quieres, pero no quieres comprometerte, y tampoco quieres que esté con otros, como tú vas a hacer. Tienes una cláusula de fidelidad, si se entera le tendrás que devolverle al menos tres millones. No creo que te compense económicamente, ya que emocionalmente no le das importancia.

—No se va a enterar. Y no quiero que te metas en mis asuntos.

—Está bien, tú mismo. No te digo más, pero me da pena Mía, no lo merece.

Y ahí dio por concluida la conversación. Si no fuese su amigo, le daría más de un puñetazo en la cara.

Dos o tres semanas sin verlo se le iba a hacer largo a Mía, y más si seguía sin venirle la regla, pero en esos días se compraron las reses y se limpió el campo, se terminaron las vallas, el veterinario vino a revisar las reses y los chicos las señalaron con la B a cada res, empezaron a sembrar y la casa grande, pusieron árboles en toda la entrada, flores al lado del barracón y de la casa del capataz y ella se montaba en su caballo y veía las reses en agosto, en los bebederos y bajaban a los arroyos. Tenía seis mil cabezas de ganado.

Todo estaba quedando perfecto y precioso, con las montañas y los pinos a los lejos en el horizonte.

Set, tardó más de lo que pensaba, porque después se fue a Wyoming, a los parques naturales.

Y las cosas con Marta no salieron como él creía, porque no era Mía. Y la echó de menos. Echó de menos jugar con ella, su piel, su ingenuidad, su inocencia, su risa.

Se había acostumbrado a ella en tan poco tiempo... Había sido un error llevar a Marta. Ya no la volvería a ver en cuanto acabara el viaje, se dedicaría a su mujer los tres años acordados.

La casa ya estaba terminada cuando Set, dijo que regresaba, que primero iba a permanecer esa semana en la empresa e iría el viernes siguiente al rancho, pero ella ya se había cambiado a la casa grande. Y el capataz y su mujer se cambiaron a la suya.

¡Era tan preciosa!, Con todo lo que había pedido y su gran despacho doble, para ella y para Set.

E iba a empezar a trabajar en él, a meter facturas en septiembre y quedaba esa última semana de agosto para las nóminas.

Había pagado todo. Se había cambiado, estrenado la piscina y Gina, la mujer del capataz, Bill, iba a su casa a limpiar y a hacer la cena, el desayuno y algo para media mañana. Y a la una o una y media, se iba a su casa, con todo hecho.

Gina decía que estaba todo tan limpio que tenía poco trabajo. Era todo nuevo.

Ella se encargaba de hacer las compras para los vaqueros, de comida y limpieza, el cocinero, Tomy, un chico de treinta y dos años, le daba la lista y Gina, también la de la casa.

Ahora empezaba a trabajar duro, porque el rancho había quedado perfecto. Al fin, tenía seis mil cabezas de ganado.

Había gastado casi once millones de dólares al final con todo, y había dejado tres para los pagos, hasta obtener beneficios y guardó treinta millones. Pero compro otras mil cabezas de ganado y así gastó los once millones íntegros.

Con siete mil cabezas de ganado, era todo un rancho precioso. Hablaba con el capataz, todos los días y éste se encargaba de programar las salidas de los vaqueros, de lo que hacía falta para todo, de los cuadrantes de salidas de los vaqueros, de lo que había que comprar, y ella pagaba las facturas y revisaba todo y compraba, a veces iba sola otras con algún vaquero o el capataz. Fueron unas semanas intensas de trabajo.

Pero a ella lo que le preocupaba, era la regla y pidió cita una tarde en la clínica con una ginecóloga que le confirmó el embarazo de mes y medio. En abril daría a luz a su bebé, que crecía sano en su vientre.

No le quedaba más remedio que decírselo a Set, debía saberlo, era el padre y si no quería pues ya verían qué hacían. Ella lo tendría. No pensaba abortar y tenía para criar a su bebé como una madre soltera.

Cuando supo que Set había llegado a Helena y que no iba a venir ese fin de semana, Mía, le dijo a Bill que se iba esa semana a Helena y volvía el viernes.

Y a Gina, que solo le diera un repaso a la casa, no tenía que hacer comida, pero si al cocinero de los vaqueros le hacía falta, le echara una mano. Les dejó comida comprada el viernes, y el sábado temprano salió para Helena.

Iba a comprar ropa para el rancho y a ver a Set. Iba a darle una sorpresa. Y tenía miedo de la segunda sorpresa, pero tenía que decírselo sin más remedio y tomar juntos una decisión.

No sabía qué había pasado, pero cuando revisó las pastillas, las había tomado todas, y así se lo dijo a la ginecóloga cuando fue a la consulta y ésta le dijo que nada era efectivo al cien por cien.

No iba a avisarle a Set. Llevaba ya cinco semanas sin verlo y lo echaba de menos. Se quedaría con él esa semana o menos, dependiendo, y volverían el viernes para que Set, viera el rancho terminado. Quería que estuviera orgulloso de ella, como ella lo estaba de él.

Estaba deseando llegar al apartamento, y aunque iba temblando y no sabía cómo iba a tomarse el embarazo, iba abrazarlo y hacer el amor con él. Aunque fuese la última vez. Estaba segura de que sería la última. Ya le dijo Set, que no quería familia e hijos.

Pero ella lo amaría primero y luego le contaría el secreto. Y se tendría que ir al rancho y no verlo más. Quizá fuese mejor dos fines de semana intensos que tres años.

Y abrió la puerta en cuanto llegó. No se oía ningún ruido, era temprano, y quizá hubiera salido a desayunar o estaría aun durmiendo. Bueno, dejaría la ropa de la semana y lo esperaría. En la nevera, no tenía nada, fue lo primero que miró, como siempre, era terrible.

Entró en el dormitorio a dejar la ropa y lo vio tumbado en la cama, era perfecto, guapo, con el pelo revuelto y esa barba. Le sentaba bien. Sin embargo, oyó la ducha y empezó a temblar y a ponerse más nerviosa aún si cabía.

Había alguien en la ducha de su lado, en la suya, al menos durante tres años era su baño y se asomó. Era una mujer, y miró bien la cama, estaba revuelta y había dormido con ella en su cama...

Y le cayeron dos lágrimas, sabía con seguridad desde el principio, que ese no sería su hombre.

Y que además la había engañado. Y se sintió humillada, tonta e ingenua y cualquier calificativo que se le podía ocurrir en esos momentos. Esa farsa, había sido desde el principio.

Pero nunca creyó que le pudiera hacer eso, no lo comprendía, ni lo entendía, ¿por qué?, le había hecho una promesa. Ella sabía que no era perfecta y que en el sexo, era una novata, pero... ¿Cómo podía mentir descaradamente? ¿Por qué le hacía eso?

Se sentó en el sillón un tanto mareada y se limpió las lágrimas. No iba a llorar delante de él. De la mujer que fuera, mucho menos.

La chica se duchó y salió de la ducha a la habitación. Se asustó cuando la vio allí sentada con los bolsos en el suelo.

—¿Quién eres? —Le dijo la chica alta y guapa, para más humillación.

Y Mía le enseñó el anillo.

—¡Oh, perdón, no lo sabía! —dijo mintiendo Marta.

—Sí lo sabías, lleva una alianza igual a esta.

—Sí, pero fue porque su padre....

—¿Desde cuándo?

—Cinco semanas, lo dejamos cuando se casó contigo, pero hemos ido de viaje juntos.

—¿No iba Devin?

—No, Devin se quedó en la empresa.

—¿Y tú trabajas en la empresa?

—No, soy una amiga, de antes de que tú llegaras al rancho, nos conocemos hace año y medio.

—Bien, ya puedes irte...

—Lo siento —Dijo Marta.

Y Marta, se vistió, recogió sus cosas y salió por la puerta.

Lo miró, y lo miró y Set, se estirizó en la cama al cabo de diez minutos. Y odió a ese hombre por sobre todas las cosas. Por haberle mentido, por serle infiel, por haberse casado por dinero, por haberla engañado y mentido. Todo era falso en él.

Set abrió los ojos y la vio allí, sentada y de un salto se sentó en la cama.

—Mía... Qué, ¿Qué haces aquí? —Mirando para todos lados.

—Si buscas a Marta, se ha ido.

—Mía yo...

—Ni me hables. No cumples tus promesas. ¿Quién eres? Ni te reconozco.

—Son tres años. Y estamos separados durante la semana. Pero solo hemos ido de viaje y no ha salido como esperaba. Iba a dejarla por ti. Es... No es lo que piensas, nena.

—Está bien —Dijo ella —No se hará lo que mi padre dijo. No tenemos nada más que hablar. Sé que lo hiciste por dinero. Te mandaré los papeles del divorcio. Y no entres en mi rancho jamás en la vida.

—Mía, Mía por favor, déjame explicarte. No es lo que piensas.

—No, es mucho peor. ¡Ah! y te perdono el dinero. Todo. Era eso lo que querías de mí, dinero, Pues ya lo tienes. No sufras. Aquí terminamos tú y yo. Nene —Lo dijo con un tono irónico.

Tomó un par de bolsas de basura y metió la ropa de su vestidor.

—Le dices a Marta que ya puede usar mi baño, le dejo todo. Y dame las llaves de mi casa.

Y Set se las dio.

—Por favor Mía, perdóname. No quería hacerte daño.

—Si lo querías. Eres un mujeriego de tres al cuarto que se vende por dinero.

Y ella ni lo miró siquiera.

Dejó las llaves de su apartamento en la mesa del comedor y salió de su casa y de su vida

llevando a su hijo en su vientre, pero eso no lo iba a saber nunca. Había sido un fallo de la naturaleza. Aun así, no sabía cómo iba a decidírselo, pues mejor así. Ya no tenía sentido.

Set, llamó a Devin por teléfono en cuanto Mía salió de su casa.

—¿Qué quieres Set? Es temprano para un sábado, ¿No puedes esperar al lunes?

—No, joder, Mía ha estado aquí en el apartamento.

—¿Y? Querría estar contigo y darte una sorpresa ya que no ibas a pasar por el rancho.

—Estaba Marta.

—¿Cómo?, ¿Pero qué...?

—Sí. La ha visto ducharse en su baño.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que me mandará los papeles del divorcio y que no me pedirá el dinero, ¡Maldita sea Devin! No quiere verme más, ni que vaya al rancho.

—Le has hecho daño, te lo dije, llámala y que te perdone, cuéntale que llevabas con ella tiempo.

—No es de las que perdona, Devin.

—Pues déjala en paz, divórciate y ya está. Te deja el dinero y la libertad. Eso es lo que querías, ¿no?

—Me siento mal y culpable y además es que con ella he sentido...

—Déjala Set.

—Ha sido solo mía.

—¡Ah qué bien!, te dejo, no puedo contigo cuando te pones machista.

—Devin...

—No puedo contigo. Hasta el lunes.

—¡Maldita sea joder, joder, joderrrr!

Mía, fue llorando todo el camino maldiciendo su suerte y el daño que ese hombre le había hecho, pero para ella, estaba muerto. No quería saber nada de él.

Los meses siguientes, se dedicó a su rancho y a su embarazo. Le había mandado el divorcio y Set la llamó, mil veces, pero ella jamás le contestó. Le firmó el divorcio y dejó de llamarla como le recomendó Devin.

Devin también la llamó una vez y le dijo que lo sentía, pero ella le dijo que él no era culpable, pero no perdonaría a Set, jamás.

Cuando llegó el invierno, ese año, ella estaba y avanzada con el embarazo. Tenía ya cinco meses y un hijo en camino al que llamaría Luke, por el padre de Set, más bien por el suyo, Luke Baker, le pondría el apellido que le correspondía.

Cuando llegó al rancho aquél maldito sábado meses atrás, en que se lo encontró con Marta, estuvo llorando una semana, pero tuvo que recomponerse, tenía por quién luchar y por qué también, fue al pueblo y el abogado le facilitó el divorcio que pagó ella y Set, se lo mandó firmado al cabo de un mes en que ella no le devolvió las llamadas.

Nunca más la llamó después del divorcio, ni falta que le hacía, no pensaba contestarle.

Tomó el mando en su despacho y de su rancho, ahora no podía montar a caballo, pero iba andando largas caminatas a ver a los animales, a comprar como siempre al pueblo, atendía al veterinario, pagaba las facturas y llevaba las nóminas y la contabilidad. Y le encantaba y felicitó en Acción de Gracias a todos por su buen trabajo.

Estaba muy satisfecha de sus trabajadores. Y de su capataz y de Gina. Y contrató a otros cinco vaqueros más porque era demasiado trabajo. Bill, se lo dijo.

Bill, el capataz, también le dijo que aunque era poco tiempo iban a obtener algunos beneficios.

—Bueno, al menos podré amortizar este año, algo del dinero que he invertido en la obra del rancho, ese tengo que reponerlo, en unos años, si se puede.

—Ya verás que sí Mía, ¿Cómo te encuentras?

—Aún bien, ando demasiado, pero ya hace demasiado frío y vienen las nieves y no quiero coger una gripe.

—Si quieres que vaya Gina a comprar al pueblo, se lo dices.

—No hace falta, Bill, así me despejo. Me viene bien salir.

—Como quieras.

El cuarto mes se enteró de que era un chico lo que iba a tener y se sintió dichosa.

El pequeño Luke nació en plena primavera del mes de abril. Al principio, metió la cuna en su habitación y luego, le había preparado un cuarto maravilloso. Gina le ayudó los primeros meses y después, cuando ella estuvo bien, se encargaba del pequeño, y del despacho. Si iba al campo, dejaba al pequeño Luke con Gina.

Y con el paso de los años, era el niño del rancho. Un niño, rubio, alto y de ojos verdes, como su padre.

Su rancho era un rancho próspero y nunca jamás investigó cómo le iba a Set, ni tampoco tuvo ningún hombre en su vida mientras su pequeño crecía. Ni Set la llamó más.

Ya habría tiempo para encontrar otro hombre en su vida. Esos años los había dedicado a su rancho y a su hijo. Gina tuvo un hijo un año después del suyo, el pequeño Billy, y los chicos se hicieron inseparables.

A Set, con el tiempo lo recordaba lejano, como una nebulosa, un sueño. Y se acordaba más porque tenía un Set en miniatura igual que él. Y porque no había tocado ningún hombre su cuerpo más que él. Pero eso tenía que cambiar algún día. Ahora no necesitaba un hombre en su vida. Había mucho tiempo para ello.

Su rancho estaba en marcha, casi había amortizado más de la mitad de lo invertido. Lo ahorraba, vivía bien y donde quería.

CAPÍTULO CUATRO

Cinco años después...

Esa tarde habían celebrado el quinto cumpleaños del pequeño Luke. Había crecido mucho. El tiempo pasaba rápido.

Ese curso había empezado en el colegio y su madre lo llevaba por las mañanas y lo recogía a las cuatro. No quiso llevarlo a la guardería los años anteriores, porque ella lo cuidaba con ayuda de Gina, a la que subió un poco el sueldo.

Gina y Bill tuvieron un hijo también un año después de tenerlo Mía. Le pusieron Billy, como su padre.

El pequeño Luke, comía en el colegio y así ella aprovechaba para trabajar en el rancho. Se adaptó muy bien y su madre le había cambiado la habitación por una infantil por su cumpleaños y le hizo un hueco en su despacho con una mesa pequeña a su altura, para hacer los deberes, así lo tenía controlado.

Le había comprado un pony a su hijo Luke y otro a Billy, el hijo de Bill y Gina, y los vaqueros se los llevaban, de paseo por el rancho.

Los niños les pusieron nombres y eran muy amigos, jugaban juntos y cuando no estaban en una casa estaban en otra. Mía le dijo que ella se encargaría de llevarse a Billy el año siguiente al colegio con Luke y los recogería, a no ser que algún día no pudiera y tuviera que ir algún vaquero o Gina u otra persona.

Eran como una familia.

En esos casi seis años, ella amortizó más de la mitad del capital que se había gastado, casi neto, sacaba algunos años, más de medio millón de dólares al año, y parte lo guardaba y parte compraba más reses. Y contrató a otros dos vaqueros, porque Bill se lo recomendó ya que todos los años se quedaba con reses nuevas. Tenía el barracón casi lleno de vaqueros.

Gina se convirtió para ella en una amiga, más que en la señora de la limpieza o la mujer del capataz.

—Mía, debes salir a conocer a algún chico, hace ya casi seis años, mujer. Tienes treinta años, eres joven, guapa, y rica, y quiero verte feliz. Al menos conoce a algún chico para una noche, no seas tonta. El sexo por el sexo es una opción tan buena como cualquier otra. Y no hace falta que tengas una pareja para eso.

—Soy feliz con Luke, Gina. Y no he echado de menos el sexo para nada.

—Eso no es suficiente, un hombre estaría bien en tu vida, aunque sea temporalmente.

—¿Y dónde encuentro a ese hombre?

—Sal algún fin de semana mujer, toma algo, café, cena, lo que quieras, si no sales no conocerás a nadie, eso tenlo por seguro. Aquí, en Big Sky, nos conocemos todos.

—Tienes razón. ¿Sabes? Voy a ir el viernes a Helena a resolver unos asuntos en el banco y en la asesoría y renovaré mi vestidor para salir, me quedaré allí el fin de semana en un hotel. Tengo documentos que solucionar y aprovecho para renovarme también, un corte de pelo, lo tengo ya demasiado largo. Creo que te haré caso.

—Me quedo con los niños, no te preocupes.

—Entonces, me voy el viernes temprano y vengo el domingo después de desayunar.

—No tengas prisa y ven guapa.

—Me daré un repasito.

—¡Menos mal!

—Sí, creo que es hora de salir, Luke está ya grandecito.

—Y necesita un padre. —Le dijo Gina.

—¿Tú crees?

—Sí, cuando viene a casa, dice que él no tiene papá. Los he oído hablar.

—No lo sabía —Dijo Mía pensativa y preocupada.

—Pues ya lo sabes. Empieza a necesitar un padre.

Y se quedó pensando en ello. Su hijo quería un papá.

El viernes dejó a Luke en el colegio, lo recogería Bill por la tarde. Y desayunó en el pueblo y se fue a Helena.

Había reservado un hotel en el centro. Cuando llegó, dos horas y media más tarde, dejó el bolso que llevaba en el hotel y salió a resolver la documentación con el banco y a preguntar unas cuestiones a la asesoría que ella siempre iba cuando quería resolver algunas dudas. Necesitaba comprar también una lista para el veterinario y los vaqueros.

Cuando acabó, dejó todo en el hotel y salió a tomar algo y como por inercia, fue andando a la empresa de Set, pero ya no era una empresa de turismo. Se quedó sorprendida y entró. Era una inmobiliaria.

Y preguntó:

—Perdone, ¿no había aquí una empresa turística? Un vecino mío —mintió —era el propietario de este edificio y de la planta de arriba. Hace tiempo que no vengo por esta zona.

—Quien lo sabe mejor, es aquella señorita de la mesa cinco.

—Gracias —y se fue a la mesa cinco.

—¡Hola!

—¡Hola! —y se saludaron.

—Soy Mía, su compañera me ha indicado que le preguntara por un tema.

— Dígame, pero siéntese por favor —y Mía se sentó.

—Tenía entendido que esto era una empresa de turismo, pero hace tiempo que no vengo por esta zona. La llevaba un amigo de la infancia y me ha sorprendido ver una inmobiliaria.

—¿Cuánto hace que no viene?

—A Helena, vengo a menudo, pero aquí a esta zona, como casi seis años.

—Sí, pero el edificio, que eran dos plantas, fue embargado el año pasado. Ahora es nuestro. Nuestro grupo inmobiliario levantó el embargo y lo adquirimos.

—¿Embargado?

—Sí, por lo visto el dueño perdió la empresa y su casa. Las grandes empresas turísticas abarcan toda la cuota del mercado y los pequeños peces, son comidos por los grandes, sobre todo si pretendes competir con ellos. Pierdes siempre.

—¿Y sabe algo del dueño?

—Tengo entendido que se fue a su pueblo o algo así.

¿Que Set estaba en Big Sky desde hace un año? No sabía nada, pero ahora sí que iba a enterarse.

Le dio las gracias a la chica que la informó y salió de allí apenada. En el fondo le daba pena que una empresa se fuera el traste y pensó en su padre. Menos mal que no iba a ver esa debacle de Set.

Pasó por el apartamento donde había vivido y el portero, le dijo que dejó la casa hacía un año, el banco se la embargó.

¿Qué habría pasado? ¿Y si llamaba a Devin? tenía su número de cuando el divorcio, porque él se ocupó de llevar la parte de Set.

Entró en una cafetería y pidió un plato combinado y una cerveza y marcó el número de Devin.

—¿Hola?

—¡Hola! ¿Devin?

—Sí soy yo ¿Quién eres?

—Soy Mía, no sé si me recordarás.

—¿Mía?, por Dios cuánto tiempo, mujer...

—Sí, mucho, casi seis años. No sabía si me recordabas o no.

—Pues claro mujer cómo no te iba a recordar. ¿Dónde estás, en el rancho?

—No estoy en Helena, he venido a hacer unas gestiones y he pasado cerca de la empresa y he visto que ya no está.

—¿Estás aquí?

—Sí, ¿Y tú vives aquí?

—Sí, tengo un pequeño bufete que monté cuando la empresa cerró, ¿Dónde estás? — y ella le dijo la cafetería.

—Espera, tardo diez minutos en llegar. Estoy cerca. Tengo ganas de verte y hablamos. —y le colgó.

No me ha dado ni tiempo de contestar. Estará cerca, —pensó Mía.

Cuando le ponían el plato, Devin entró por la puerta y la vio. —Se abrazaron.

—¿Qué guapa estás Mía!, mujer tanto tiempo sin vernos.

—Sí, la verdad mucho tiempo, pero sabes cómo acabó todo.

—Podías haberme llamado a mí al menos.

—Ya sabes que no quería saber nada de Set, me hizo mucho daño y no cumplió su trato.

—¿Y no quieres saber nada de él ahora?

—Tengo un poco de curiosidad, sí. Pero venga, te invito a comer, pide.

—Ricachona ranchera...

—Anda, pide —Y Devin pidió otro plato combinado y una cerveza.

—¿Entonces quieres saber?

—¿Sabes?, he venido este fin de semana a Helena. Tenía que hacer unas gestiones en la asesoría con la que trabajo a veces y al banco y cuando terminé, fui a ver la empresa como por inercia y me encontré que no estaba. Fui al apartamento y todo está embargado.

—Embargado y vendido.

—¿Pero qué ha pasado?

—Dos años atrás, una empresa grande, de las importantes en el negocio turístico, quiso comprarle a Set la suya porque iba a implantarse en Helena. Era una gran empresa de Nueva York, de las que copan casi todo el mercado.

—¿Y no quiso?

—No, luchó mucho por la suya, pero ya sabes cómo funciona el mercado, ahora hay tres o cuatro empresas grandes y empezamos a despedir gente, no la quiso vender y en menos de dos años hipotecó todo y se ha quedado con casi nada, creo que le quedaban diez mil dólares cuando pagó a todo el mundo. No quiso oírme, ni se dejó aconsejar. Eso sí, luchó por ella hasta el final, pero no pudo ser. Si me hubiese hecho caso, al menos hubiese tenido el dinero de la empresa y haber montado una pequeña con un par de personas nada más en algún pueblo grande, pero no quiso. Ya conoces al menos que es un poco testarudo. No quise que hipotecara nada, pero no me hizo caso.

—¿En serio?, no puede ser. ¿Por qué no vendió bien la empresa? Pudo irse a otro lugar y montar una pequeña de viajes y al menos tendría su dinero.

—Ya sabes lo terco que es. Se lo dije.

—¿Y dónde está ahora?

—En el pueblo, en Big Sky, ¿no lo has visto? Estuvo buscando trabajo, pero nada. Y ya no pudo montar una empresa, los bancos no le prestaban dinero con sus precedentes.

—Pues no, salgo poco, compras y poco más, pero ahora estoy en otra fase.

—¿Y eso?

—Mi rancho me lo permite. He trabajado mucho y tengo que salir, Devin, tengo treinta años y no he salido con nadie desde entonces.

—¿No sales con nadie?

—No desde Set. He tenido otras cuestiones importantes y el trabajo, mucho trabajo. Si vieras el rancho ahora, no lo reconocerías. Es una preciosidad. Tengo veintitrés vaqueros más el capataz trabajando, y más de diez mil cabezas de ganado ahora mismo.

—¡Qué barbaridad! Eres una buena empresaria y eso que Set, no daba un dólar por ti en ese sentido.

—Pues ahora quiero salir un poco y divertirme, sí.

—Debes salir y divertirte mujer. Lo mejor que puedes hacer.

—¿Y tú?

—Me casé hace cuatro años.

—Enhorabuena, ¿tienes hijos?

—Una pequeña de dos años.

—Me alegro mucho Devin. —Cogiéndole las manos.

—Tengo un pequeño bufete, somos tres abogados y ahí estamos.

—Me alegro por ti, de verdad. ¿Y Set, qué hace en el pueblo?

—Creo que busca trabajo.

—¿De qué?

—No sé, al final hasta en ranchos que es otra cosa que sabe hacer, porque por lo visto allí hay una empresa de viajes, pero no tenía puestos libres. Es pequeña. Le aconsejé que fuera a pedir trabajo a tu rancho, pero no sé si su orgullo se lo permitiría.

—¡No me lo puedo creer!, ya tiene treinta y cinco años. Y no ha venido a mi rancho, al menos de momento.

—Así es, treinta y cinco años ya. Estará buscando en ranchos cercanos, pero aún no tiene trabajo. Le pregunté si quería dinero y me dijo que no, que aún tenía, pero debe tener poco, lo sé, pero así es Set.

—¿Se casó con Marta?

—No, la dejó cuando... Ya sabes. Nunca se ha casado. Marta era un divertimento sin importancia. Si sintió algo por alguna mujer, fuiste tú, lo sé con seguridad.

—Vamos Devin, eso no me lo creo a estas alturas de mi vida.

—Te lo digo en serio, el resto fueron aves de paso.

—Aves de paso, como yo.

—Creo que no había sentido nunca nada igual y tuvo miedo.

—Devin, me puso los cuernos, no fue capaz de cumplir ni una promesa.

—Lo sé, a veces fue un gran imbécil. —Dijo Devin.

—Sé que eres su amigo, no quiero que le digas que nos hemos visto, si quiere trabajo en el rancho... Aunque no tiene experiencia después de tantos años y yo tengo a muchos chicos,

suficientes para el rancho.

—¿Tantos?

—Sí, con el cocinero y el capataz, sí, y la mujer del capataz.

—Si va, ¿le darás una oportunidad?

—¿Ganando dos mil ochocientos dólares, cama y comida? Está acostumbrado a ganar más.

—Y a perder también.

—También es cierto. Pero no lo veo trabajando de vaquero.

—Quizá tenga que cumplir lo que su padre quería.

—Bueno, venir ni ha venido y no voy a buscarlo. Si viene ya veré, no voy a dejarlo tirado. Su padre y el mío no lo me lo perdonaría.

—Eres increíble Mía, de verdad. Dale una oportunidad si puedes. Ha pasado mucho. Y no ha tenido mujeres estos años, te lo digo yo, salvo algún escarceo, nunca te ha olvidado.

Después estuvieron hablando de sus vidas, Devin le enseñó fotos de su hija y de su mujer, tomaron café y se despidieron.

Se fue pensativa al hotel, con lo que le había dicho Devin de Set, sobre todo que dejó a Marta y lo tonto que había sido al no vender la empresa. En el fondo le daba pena la historia. A ella también podía haberle pasado.

Pero no le perdonaba lo de Marta. Le costaba, que estando tan bien, se llevara a esa mujer de viaje. No podía creerse lo que le dijo Devin, de que tenía miedo de lo que sentía por ella. Y se dio una ducha y se acostó en la cama.

Set había perdido más de cinco millones por testarudo, su padre, de estar vivo, le patearía el trasero y a ella por dárselos.

No creía que en el pueblo montara una empresa con diez mil dólares, pues ya había una pequeña y había pasado ya un año sin trabajo. Lo normal es que le quedara poco dinero o ninguno. Se estaría quedando en el motel, seguro. Llamó y lo confirmó. Efectivamente, allí estaba y al menos se le quito un poco la preocupación.

Al fin y al cabo, el tiempo había menguado su dolor y con Set, solo había pasado dos fines de semana.

Pero ella, ahora estaba en Helena. Empezando una nueva vida. Se quedó dormida. Y por la noche se vistió y salió a cenar sola y a tomar una copa y conoció a la vuelta en el bar del hotel a un chico dos años más joven que ella y se acostó con él, después de una hora de conversación, porque cerraban el bar.

Había tomado un par de copas y ella nunca bebía y necesitaba sexo como todo el mundo y el chico estaba bien, era guapo, olía bien y sin compromiso y protección.

Solo esa noche, parte de la noche, porque cuando terminaron, ella se fue a su habitación.

Nunca había hecho una cosa así, pero había estado muy bien. Ted, como se llamaba el chico en cuestión, había ido a hacer una gestión para su empresa de Marketing y había sido delicado y ella había disfrutado sexualmente con él. Gina, tenía razón. El sexo por el sexo, era bueno.

El sexo sin compromiso, estaba mejor que bien. Podría acostumbrarse fácilmente hasta encontrar un hombre al que amar.

El sábado, lo dedicó a ir a la peluquería y de compras como antaño. Y se gastó unos cuantos miles de dólares en ropa y cosméticos, perfume y para su pequeño y el hijo de Gina, ropita y juguetes y a Gina un par de vestidos,

Por la tarde salió de nuevo y de nuevo se acostó con Ted. Tampoco hablaron mucho de los trabajos, pero era agradable y divertido y el sexo estuvo de nuevo muy bien.

El sexo era bueno, pero si comparaba con Set, y hacía años, no era lo mismo. ¡Maldito

hombre! Pero ya no renunciaría al sexo por nada del mundo, se sentía satisfecha y bien, al menos unos brazos la acariciaban, el calor de un cuerpo desnudo, claro que en el pueblo, lo tendría prohibido, vendría a Helena al menos dos veces al mes o iría a algún pueblo grande de los alrededores. Tenía una reputación que mantener en el pueblo. Y no quería ser la comidilla de nada.

El domingo, desayunó y se fue al rancho.

Saludó a todo el mundo, colocó la ropa y les dio los juguetes y ropa a los chicos. A Gina los dos vestidos preciosos que decía que cuándo iba a ponerse eso y ella le dijo que el fin de semana que tuviera Bill libre, ella y Bill, también debían salir y ella se quedaría con los chicos.

—Mamá te he echado de menos. Le dijo su pequeño por la noche.

—Lo sé, precioso y yo a ti también, pero mamá, tiene que salir alguna vez a divertirse, tú te vas con Billy a jugar.

—Sí.

—¿Me quieres?

—Todo el mundo —contestaba el pequeño y ella se reía.

—Yo también te quiero más que a nadie en el mundo, pequeño.

—Quiero dormir contigo.

—Un ratito. —Y de momento se llevó un cuento.

—¿Sabes que eres un niño precioso, como tu padre?

—¿Tengo papá?

—Sí, tienes papá, como todos los niños, pero está fuera trabajando. Algún día vendrá.

—¿Y viviremos juntos como Billy?

—Eso no puedo prometértelo cielo. Venga vamos con ese cuento.

—Luego la tele.

—No muy tarde, mañana vas al cole, pequeñajo.

—Vale.

El lunes a la vuelta de traer a su hijo del colegio y desayunar en el pueblo, Gina le dijo que tenía visita.

—¿Tengo visita?

—Sí, lo he pasado a la salita. Lleva un cuarto de hora esperando.

—Está bien, ¿Quién es?

—Set... Baker.

—¿Set?

—Sí, ¿quién es?

—El padre de Luke y el hijo del dueño de este rancho, bueno, la hija soy yo, ya sabes la historia

—¿En serio, Mía? ¿Ha venido?

—No pasa nada, sabes parte de la historia, luego tengo que contarte algo de este fin de semana y tiene que ver con Set.

—Está bien.

—Trae un café solo sin azúcar y otro para mí, ya sabes, descafeinado y con leche.

Estaba muy nerviosa, pero ahora era la jefa allí.

Entró en la sala...

—¡Hola Set! ¡Cuánto tiempo!

—Hola Mía. —Y esta le alargó la mano y Set no tuvo más remedio que dársela, no iba a pasar

de las formalidades y darle dos besos. Ni loca.

—Siéntate Set, y dime qué te trae por mi rancho.

—Es enorme y precioso.

—Sí que lo es.

—Sé que me dijiste que no querías verme por aquí nunca en la vida.

—Así es. Pero ya que has esperado...

—¿Tienes un hijo?

—Sí, acabo de dejarlo en el colegio, se llama Luke, como mi padre.

Entró Gina y les sirvió los cafés y él le dio las gracias.

—Bueno, tú me dirás.

—Busco trabajo, Mía.

—No llevamos turismo aquí.

—Lo sé, es un rancho de ganado, por eso busco lo que sea.

—¿Te conformas con no llevar traje y zapatos de brillo?, ¿con limpiar el ganado y las cuadras?

—Me conformo.

—¿Qué le ha pasado a tu empresa?

—La hipotecué, una mala gestión y perdí todo el dinero.

—¿Cinco millones?

—Más que eso, pero ahora no importa, solo quiero saber si puedes darme trabajo.

—Bueno, no necesito más chicos, pero mi padre me mataría si no te lo diera.

—Gracias.

—Pero ya que sabes gestionar una empresa, necesito un secretario y ayudante. A veces se me acumulan las facturas. ¿Sabes hacer la declaración de la renta?

—Sí, claro.

—¿Y nóminas?

—También.

—Bueno, tengo programas. Es relativamente fácil. Te enseñaré todo, si te interesa.

—¿No me darás un puesto de vaquero?

—No, pero tendrás un caballo a tu disposición por si quieres pasear por el rancho en tus horas libres. Mi padre no me perdonaría que te tratará como uno más de mis vaqueros.

—Creo que en eso te equivocas.

—Bueno, yo soy la que dirijo ahora el rancho.

—Está bien. Tú me dirás qué debo hacer.

—¿Dónde te estás quedando?

—En el motel.

—¿Y cuándo puedes empezar?

—Mañana si quieres. Vóy al motel y me traigo mis cosas.

—Está bien. Te diré las condiciones. Espero que el otro ordenador funcione. Lo comprobaré y si no compró otro nuevo. Ven, te enseño el despacho.

Y Set fue tras ella. Se sentía humillado pidiéndole trabajo, pero estaba siendo demasiado generosa después de todo.

—Esta será tu mesa. La hice cuando la casa, antes de divorciarnos, pero el pc habrá que probarlo. Tiene unos años, aunque no ha sido utilizado. Cuando te vayas lo pruebo y meto la documentación que tengo en el mío. Debiera funcionar. Está conectado a la impresora y al fax.

Y Set, se quedó mirando la mesa pequeña que había en un rincón.

—Sí, es la mesita despacho de Luke, así se queda conmigo y lo controlo. Es pequeño y le

gustan los despachos. A su edad quieren imitar a los mayores. Así se siente importante. ¿Te parece bien el lugar de trabajo?

—Mejor que bien, eres muy generosa.

—Bueno, las condiciones son dos mil ochocientos dólares, cama y comida, eso sí, te lo voy a remunerar como un vaquero. Todo el mundo cobra aquí ese sueldo excepto Bill, el capataz y yo, que cobramos tres mil quinientos.

—Me parece demasiado.

—Es lo justo, lo que está estipulado. Y mis vaqueros trabajan mucho. Si algún día echan horas extras, los gratifico al final de año. Pero tienen el mejor sueldo de todos los vaqueros de los alrededores, porque trabajan bien y son honestos.

—Ya veo. Tratas bien a tus trabajadores.

—Unos trabajadores satisfechos, son unos trabajadores dispuestos siempre a hacer lo que deben hacer y hacerlo bien. Nunca he tenido un problema con ellos, ni Bill, mi capataz tampoco. Dormirás en tu habitación. La que tenías cuando vivías en la casa. Claro que ahora es más grande. Doblé los espacios, quise una gran casa. Espero que no tengas inconveniente.

—¿Aquí en la casa?

—Sí, no vas a dormir con los chicos en el barracón.

—Pero si hablan... No quiero ponerte en un compromiso o que hablen de ti.

—Nadie hablará de nada. Eres el hijo del dueño de este rancho y Bill, el capataz, se lo dirá a los hombres.

—Vale como quieras, pero Mía, no quiero que si sales con alguien...

—No salgo con nadie en particular, cuando quiero, me voy y vuelvo al día siguiente o el domingo. No tengo que dar explicaciones de mi vida a nadie. Y ahora vamos a probar el ordenador.

Y estuvo probando y funcionaba a la perfección.

—Nos sirve de momento. Es nuevo, debería. Más adelante compraré un par de ellos y los compraré portátiles. Estos están ya desfasados, pero me han servido.

—De momento pueden tirar.

—Te voy a enseñar la casa y el rancho y luego tomamos algo. Tenemos que hablar de otro tema.

—Como quieras.

Le enseñó la casa por la parte de arriba, excepto su dormitorio, los otros tres.

—Este es el mío, el de enfrente es de Luke, puedes elegir entre los otros dos. El que tenías, que es más grande que antes o el otro.

—Me quedo con el que tenía.

—Bien, es este —y abrió la puerta.

—Es enorme.

—Sí, casi está doble. Tienes baño, dos vestidores a los lados, una cama grande, la cómoda y una mesita de noche. Un balcón, la mesa de lectura, el sillón y lámpara. Una televisión.

Quise poner una en cada habitación. Por si tenía visita. Espero que te guste el azul, aunque todo lo pinté en gris claro, cada habitación la decoré de un color.

—Es preciosa. Me gusta el azul.

—Gracias. Ya has visto la planta de arriba, excepto la mía que es igual, en un azul distinto, salvo que tiene dos baños y los vestidores más grandes, las demás son iguales.

Bajaron a la parte de abajo.

—Este es el patio. Un cuarto para los útiles de la piscina y limpieza y este es el cuarto de la

colada. Y el patio, con la piscina, y lo que ves.

—De todo. ¡Es perfecto!

—Puedes disfrutar de todo. Es tu casa.

—Gracias, Mía.

—En el cubo de tu habitación, puedes dejar la ropa sucia, Gina, que ahora te la presentaré y has visto, es la mujer del capataz. Y nos atiende en la casa, este es el salón y el comedor al lado de la cocina. Y la sala y el despacho que has visto. Fuera hay dos plazas de garaje. Puedes utilizar la de la izquierda, te daré las llaves, en la otra tengo mi coche.

Y fueron a la cocina.

—Gina, este es Set, se quedará en la casa a dormir. Va a ser mi secretario.

—Encantada, Set.

—Encantado Gina.

—La cocina es enorme.

—Sí, tiene de todo. Yo me encargo de las compras y del despacho y tú me ayudarás en ambas cosas. Puedes comer lo que quieras.

—Perfecto.

—Vamos a dar una vuelta al rancho.

Y estuvieron casi una hora y media viendo todo y se lo presentó a Bill.

—Luego te llamo Bill.

—Como quieras jefa.

—Si mi padre viera esto, estaría orgulloso de ti, Mía.

—Lo sé, sé que lo estaría. En unos cuatro años, si todo va bien, amortizo el capital invertido y ahorraré. Aunque como vendo reses, la mitad de las ganancias netas las dedico a comprar o cambiar cada año algo nuevo y el resto lo ahorro. Y siempre tengo tres millones justos a principio de año, para los pagos, independiente de los beneficios. Por si algún año, es malo. Eso es inapelable, así sé las ganancias netas. Ya te iré diciendo cómo hago todo.

—¡Está bien!

—Bueno, vamos a la casa a tomar algo y hablamos.

Y Gina, les puso la comida y estuvieron comiendo. Después Gina, recogió la cocina y se fue a su casa.

—Luego me paso, Gina, tenemos que hablar antes de ir a por Luke al colegio.

—Como quieras. Te espero en casa.

—¿A qué hora sale tu hijo? —le preguntó Set.

—A las cuatro. Le doy la merienda y a las seis o así lo baño y cenamos sobre las siete.

—Me parece bien.

—Bueno, ya que estamos solos quiero decirte algo. Primero, ¿Cómo te encuentras?

—Mal, Mía. No puedo decirte otra cosa. Dudé mucho en venir a pedirte trabajo. Me siento humillado, en serio, venir al rancho me ha costado un año, llevo aquí ese tiempo. Pero no he encontrado trabajo en ningún otro sitio.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —Dijo sorprendido Set.

—Sí, el fin de semana fui a Helena, por trabajo y de compras y estuve comiendo con Devin. Pasé por delante de la empresa y me sorprendió no verla.

—¿Comiste con Devin?

—Sí, lo llamé y comimos juntos, y me contó lo de la empresa, lo de tu casa, todo.

—Debí hacerle caso, no sabes cómo me arrepiento de la decisión que tomé, y no merezco que

me des trabajo ni que me dejes estar en la casa después de lo que te hice.

—No te equivoques Set. La casa es de nuestro padre. Pero nuestras vidas las haremos cada cual como quiera.

—Lo sé, no pido otra cosa.

—Toma, unas llaves de la casa, otra del garaje de la izquierda para tu coche, si tienes.

—Sí, ese no lo he hipotecado.

—¡Está bien! Y ahora, lo más importante.

—Dime...

—Bueno, antes el horario de trabajo que no te lo he dicho. Como es de oficina, de ocho a cuatro, con una hora para comer. ¿Te parece bien?

—Me parece muy bien.

—Bien, ¿Recuerdas el día que fui y estabas con Marta en la cama? Bueno, ella se estaba duchando cuando llegue.

—Mía...No quiero recordar eso, fui un estúpido, y me arrepiento y me arrepentiré mientras viva. Tuve miedo de lo que sentí contigo. Es la verdad.

—Sí, te creo, suelo hacer lo mismo que tú, cuando tengo miedo con un hombre, busco a otro.

—No te burles.

—No me burlo, pero no iba a eso.

—Cuando fui, estaba embarazada de Luke.

—¿Cómo?

—Que Luke es tu hijo.

—Y, ... ¡Por dios, Mía! ¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo hubieses querido en ese tiempo, reconócelo, estabas más en otras cuestiones y no me querías, tampoco te dio tiempo. Y no me quedé embarazada a propósito, fue un fallo de la naturaleza. Tomé todas las pastillas.

—¡Dios Mía!, ¿Qué edad tiene?

—Cinco años cumplió la semana pasada. Y es igual que tú, tu pelo rubio y tus ojos y es impulsivo como tú. Y ya pregunta por su papá porque Gina y Bill, tienen un hijo un año menos que él, Billy, y le dice que él no tiene papá. Y estoy preocupada por eso. Necesita un referente paterno. Lo sé.

—¡Joder, joder! Mía. —Se levantó y dio vueltas por la habitación con las manos en la cabeza.

—Bueno, ya lo sabes, es tu hijo. Se lo diremos esta noche cuando traigas tus cosas, si quieres, claro.

—Por supuesto que quiero. Te llamé miles de veces Mía, ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no quise, simplemente por eso.

—No tenías derecho.

—Sí que lo tenía. Quise dejarte libre, tú mismo querías ser libre, y tener tu vida sin molestias, un hijo iba a ser demasiado, y yo no iba a perdonarte tu infidelidad en esos momentos. No querías familia ni hijos ni un matrimonio serio. Me lo dejaste claro.

—¡Dios!

—Aún es pequeño, le he dicho que su padre está trabajando fuera, que volverías. Y has vuelto. Ahora puedes dedicarle parte de tu libertad si quieres.

—¿Por qué Mía?

—Hice lo mejor para mi hijo, para mí y para el rancho. ¿O acaso te hubieses hecho cargo de él?

—Ahora no lo sabremos jamás —Dijo apenado Set.

—Bueno, tiene tu apellido y el nombre de nuestro padre. Puedes recuperar el tiempo perdido, es un niño estupendo.

Y Set se emocionó con las manos en la cara tapándose.

—Siento todo lo que te hice, lo tuviste sola y lo siento tanto...

—Yo no, me ha compensado ser madre. Tengo que dejarte Set. He de hablar con Gina y Bill e ir a por Luke.

—Está bien, seguiremos hablando. Voy al motel a por mis cosas mientras.

—Tienes las llaves, si no he venido, puedes instalarte.

—Gracias.

Y Set, se fue directo al motel con una sensación de malestar general. Se había portado tan mal con ella y encima también tenía contra ella que no le había dicho nada de su hijo, pero ella tenía razón, no hubiese querido un hijo en ese tiempo.

Estaba nervioso por conocerlo. Ahora sí que lo querría. Estaba hundido y deprimido por todo. Ella tenía el rancho mejor del condado, una vida maravillosa allí, a su hijo, y había sido generosa con él.

Y estaba más guapa que nunca, ¡maldita suerte la suya!, la había deseado desde el momento en que la vio de nuevo, pero eso iba a ser imposible, conociéndola. Lo de Marta nunca se lo iba a perdonar. Y además, no tenía nada que ofrecerle.

Lo había hecho tan mal en ese tiempo... Debía recuperarse. Estaba deprimido, hundido y solo. Pero estaba en casa. Y nunca mejor dicho: en casa. Ella lo había dejado allí, no lo había tratado como uno más de los hombres del rancho, sino como a un familiar. Iba a ser duro trabajar con ella.

No debería haberle dado trabajo, —pensó Mía —pero ella no era así. Le daba al final pena. Seguro que no le quedaba dinero y no podía consentir que pasara hambre. Eso nunca, a pesar de todo. Era parte de la familia, ni tampoco le iba a dar un trabajo para humillarlo, como a un vaquero más. Al fin y al cabo, ella se había quedado con todo el dinero y había sido injusto para él, pero su padre hizo lo mejor, no se había perdido.

Seguía estando tan guapo como siempre, el maldito, más maduro e igual de guapo, más hombre. Pero lo vio hundido y deprimido, y no le gustó verlo así. Prefería al Set, mandón, engreído y vanidoso a verlo así.

Menos mal que no le había dicho nada a ella de cómo estaba ni la había adulado, o no le hubiese dado trabajo. Había venido con la cabeza gacha.

Fue a casa de Gina y allí encontró a Bill tomando un café y ella se tomó otro que le ofreció Gina.

—Sentaos, quiero hablar con vosotros. —le dijo Mía.

—Tú dirás jefa —Dijo Bill.

—Bill, tu mujer lo sabe, pero tú no, y es hora que te lo diga, Set, el hombre que te he presentado antes, era el hijo del dueño y el padre de mi hijo.

—¿Pero no eras tú?

—Sí —y les conto la historia de todo hasta ese día.

—¡Joder qué mala suerte!

—Sí, eso tienen los negocios. Es el padre de Set, pero no por ello quiero humillarlo, se quedará en la casa, si no tienes inconveniente Gina en hacer comida y limpieza para los dos.

—Para nada mujer. Me pagas demasiado bien.

—Le he dado trabajo como ayudante, secretario. Nunca te quitaría el puesto de capataz Bill, y a él nunca lo metería a pesar de todo en el barracón con los chicos. Es el padre de mi hijo y tendrá su lugar, pero se ganará su sueldo.

—Gracias Mía. Te estoy muy agradecido por mi parte.

—Eres el mejor capataz del condado, nunca podría prescindir de ti ni de Gina. Sois mi familia. Así que de Set, yo me encargaré, Bill.

—Está bien jefa.

—Pero si alguna vez te hace falta algún chico para algo, me lo dices y te lo mando.

—Como quieras, en eso quedamos. Tengo que irme Mía. Los chicos y yo vamos a la parte norte esta tarde.

—Muy bien. Hasta luego.

Cuando Bill se fue...

—¿Te sigue gustando? —le preguntó Gina.

—Sí, ¡maldita sea!, está más guapo que antes. Es como si se hubiese convertido en un hombre.

—¿Y no puedes perdonarlo? Era una situación difícil para él, Mía.

—Ya veremos. De momento no puedo, pero tendré que tenerlo en casa. ¿Crees que he hecho bien en darle ese trabajo y en dejarlo en casa?

—Sí, lo otro hubiese sido una humillación más, que no merece. Su padre no lo hizo bien, debía haber repartido el dinero a medias entre ambos.

—Lo sé, por eso le voy a pagar como a vosotros. Y le he dicho lo de su hijo. Está deprimido, lo sé y no puedo dejarlo así. No lo veo bien emocionalmente y no me gusta, a pesar de lo que me hizo. Si lo pienso bien, no nos conocíamos y mi padre nos exigió demasiado.

—No seas muy dura, ni con él ni contigo misma. Tu hijo va a quererlo. Olvida el pasado. Al final si te sigue gustando después de tantos años y a él también le gustas, por tu hijo seréis una familia. Date tiempo y conoce a ese otro hombre. Al otro no lo conociste siquiera y la gente cambia, Mía.

—Lo haré, por mi padre y por mi hijo. No me gusta cometer tantos errores Gina. Además, estoy segura de que no le gusto, de que yo, fui un juego para él.

—Puede que haya cambiado mujer. Quizá su amigo Devin, tenga razón en lo que te dijo. Los hombres son complicados en cuestión de emociones. Luego dicen que las complicadas somos nosotras.

—Sí, dijo Mía riendo.

—Ya veremos. Date tiempo, dale su trabajo, que conozca a su hijo y ya el tiempo te dirá.

—Ahora que empezaba a salir... Me acosté con un chico el fin de semana en Helena.

—¿En serio? Cuenta.

Y ella le contó todo.

—Bueno, puedes seguir saliendo, tienes canguro.

—Sí, eso sí.

—Ahora que salgo, no voy a dejar de hacerlo, tengo una vida.

—Si quiere salir, nos turnamos. Siempre me puedes dejar a Luke, lo sabes.

—Sí, lo sé.

—Ya iré viendo. Bueno amiga, voy a por el pequeño, que se me hace tarde.

Cuando salió a por Luke al colegio, se cruzó con Set en la carretera de entrada al rancho y le pitó. Tenía un todoterreno, ni muy viejo ni nuevo. Seguro vendió su coche y se compró ese más barato de segunda mano.

Cuando recogió al pequeño, le dijo que su padre había vuelto.

—¿Ha venido papá?

—Sí, ya terminó su trabajo en Helena y está en casa.

—¿Cómo se llama mi papá?

—Set, Luke, te lo dije el otro día.

—¿Cómo es mi papá?

—Un hombre muy alto, como tú pero en mayor.

Cuando llegaron al rancho, ella paró el coche y Luke echó a correr hacia la casa.

—Espera Luke, no corras que vas a caer.

—Yo abro mamá.

—La puerta estará abierta. Papá estará dentro.

Y Set, oyó desde dentro cómo le llamaba papá.

—¡Hola pequeño! Le dijo Set.

—¡Hola! ¿Eres mi papá Set?

—Sí, soy tu papá.

—Has trabajado mucho tiempo.

—Sí exacto, ¿no me das un abrazo?

Y Luke se abrazó a su padre que lo tomó en alto.

—Has crecido mucho y eres un niño muy alto.

—Mamá dice que seré alto como tú.

—Sí, mamá tiene razón. Si comes mucho. Y lo abrazó y besó.

Y Mía lo vio desde la puerta emocionarse. Y ella también se emocionó.

—¿Has merendado? —le preguntó Set.

—No, ¿Me vas a hacer tú la merienda? —Dijo con ojos ilusionado.

—Claro, ¿Qué tomas?

—Cacao y una tostada.

—¡Ah!, pues ven a la cocina y me dices donde están las cosas, ya no las recuerdo.

—¿Le haces tú la merienda Set?

—Sí, lo intentaré. —Le dijo a Mía.

—Luke ¿Traes deberes?

—Sí mamá, pero estoy haciendo mi merienda con papá.

—Vale, ¡Qué bien!, pues luego juegas una hora y después deberes antes de la ducha.

—Sí mamá. ¿Dónde has estado papá?

—En Helena trabajando, pero no había cobertura y no podía llamarte. Ya tenía ganas de venir y no pienso irme a ningún sitio sin ti.

—¿Eso está muy lejos?

—Un poco, en la capital.

—¿Quieres ver mi cuarto cuando tome la merienda?

—Por supuesto, espero que me enseñes tu habitación y tus juguetes. Haremos también los deberes o tu madre se enfadará.

—Vale.

Se sentó con él en la mesa y lo vio comer. Sí que era como él en pequeño. Era un niño vivaz y gracioso como su madre, activo y dispuesto.

—Tengo un poni.

—¿Sí?

—Sí, es blanco y negro y se llama Piny.

—¿Qué nombre más bonito!

—Mamá me lo compró el año pasado por mi cumpleaños y a Billy otro.

—¿Quién es Billy?

—Mi amigo, su mamá es Gina y su papá Bill.

El suyo es marrón y negro, le puso Pete. ¿A que el nombre del mío es más bonito?

Y Set, se reía.

—Yo creo que sí, es más adecuado para un pony.

—¿Sabes montar?

—Sí, claro, nací aquí en el rancho.

—Como yo.

—Pero tengo que acostumbrarme de nuevo. Hace tiempo que no monto. Mamá me ha asignado un caballo, así que el domingo tengo que probarlo.

—¿Podemos ir el sábado al parque de Big?

—Podemos, si mamá nos deja, claro que sí.

—¿Y a comer hamburguesas?

—También.

—El parque tiene toboganes grandes.

—Te montarás en ellos con cuidado.

—Y el domingo montó mi pony.

—Te ayudaré.

—Vamos a ver mis juguetes papá. Y se lo llevó de la manita arriba.

Mía, estaba en el despacho preparando el contrato de Set y los oía de lejos. Los dejaría esa tarde a ellos para que se conocieran.

Estuvieron charlando más de una hora y Set, estuvo jugando con él. Era un niño que se hacía querer y desde que lo encontró, adoró a su padre, y no lo dejaba ni a sol ni a sombra.

A las seis de la tarde, Mía los llamó y bajaron a la parte de abajo de la casa.

—Mamá, le he enseñado a papá mi cuarto y le gusta mucho —y Set, hizo un amago de sonrisa.

—Sí que es bonito, ¿Cómo no le va a gustar?, tienes de todo gamberro y el pequeño se reía.

Tienes que bañarte ya para la cena. ¿Has hecho los deberes?

—Papá me ha ayudado.

—Bien.

—Y me los ha corregido.

—Estupendo.

—¿Me puede bañar papá? —Dijo Luke.

—Si él quiere... —Dijo Mía mirando a Set.

—Claro que quiero.

—Pues enséñale todo, donde están las toallas y el pijama, te lavas la cabeza y dejas en el cubo la ropa y todo recogido.

—Yo se lo digo, ¡vamos papá!

—Te preparo la cena mientras y no le calientes a tu padre la cabeza, charlatán, ya tendrás días para contarle todo.

—Me gusta, no te preocupes, Mía. —Decía Set.

—Vaya, ahora hasta querrás una familia.

—Pues sí.

—¡Vamos papá! —Y el pequeño tiraba de él.

Después de darle de cenar, cansado y agotado el pequeño, su padre lo subió de nuevo y le leyó medio cuento porque se quedó dormido. Habían recogido la habitación y Mía subió a darle un beso y prepararle la ropa para el día siguiente. Miró el baño y estaba todo en su sitio.

Apagó la luz y salieron.

—Se ha quedado muerto, tantas emociones lo han cansado.

—Le he gustado. —Le dijo Set a Mía, mientras bajaban las escaleras.

—Claro que sí, quiere un padre.

—¿Crees que seré un buen padre?

—Depende de ti.

—Lo que no seré, es un buen marido.

—Eso también depende de ti. Voy a bañarme y luego cenamos. Tengo preparado tu contrato para que lo firmes. Me faltan algunos datos, pero eso lo haremos mañana.

—Como quieras. Voy a bañarme también.

—Abajo nos vemos.

Ella bajó con unas mallas y una camiseta de manga corta y Set con un pantalón de chándal y otra camiseta negra.

—Hay filetes empanados con patatas al horno y ensalada —le dijo Mía, que estaba en la cocina calentando la comida.

—Me gusta, no soy delicado.

—¿Quieres cerveza?

—Si entra en mi sueldo...

—No seas tonto, claro que sí.

—Entonces sí.

—Ayúdame a poner la mesa, anda.

Y él le ayudó mientras ella calentaba la comida.

—Mía...

—Dime.

—¿Sales los fines de semana?

—No he salido hasta el fin de semana pasado que fui a Helena por trabajo y me quedé allí, pero sí, antes de que vinieras decidí salir los fines de semana, los tuyos los tienes libres. Antes iba a Helena, suelo ir unas cuantas veces al año por trabajo, pero nunca me quedo, vuelvo a casa. Gina no viene el sábado ni el domingo, yo suelo hacer algo de comida, pero si quieres salir tendremos que turnarnos. Un fin de semana sales tú y otro yo, hay que quedarse con el pequeño, no siempre se lo voy a dejar a Gina, no quiero abusar.

—Y dónde vas, ¿a bailar?

—En Helena, fui a la peluquería, de compras, pasear y por la tarde a cenar y tomar una copa, a bailar.

—¿Irás a Big?

—No, tengo mi reputación en este pueblo, si quiero acostarme con alguien no será de aquí.

Y Set la miró.

—¿Vas a salir este fin de semana?

—Sí, probablemente voy a ir a Bozeman y vendré el domingo. Me quedo en un hotel, necesito estar sola y disfrutar. Así vengo renovada.

—Está bien.

—Si quieres puedes salir el fin de semana siguiente tú. Le dijo Mía a Set.

—No voy a salir.

—¿Y eso por qué?
—No quiero. Llevo un año sin salir ni acostarme con nadie.
—Bueno, ese es tu problema. Yo he estado sin acostarme con nadie desde que me divorcié.
—¿No?
—Hasta el fin de semana pasado. Creo que tenías razón. El sexo por el sexo no es tan malo. Y ahora ya es tiempo de tenerlo.
—Está bien, me quedaré con Luke.
—Te daré las instrucciones de lo que hace y come.
—Quiero llevarlo al parque a Big.
—No tienes silla de niños en el coche. Te traigo mañana una.
—Puedo comprarla yo, Mía.
—No importa. Mañana vienes conmigo al colegio y lo ves, te presento a la directora y a su profesora, por si algún día tienes que recogerlo. Así desayunamos fuera, compramos la silla y dedicaremos esta semana a explicarte el funcionamiento y lo que hago.
—Me parece bien. Tú mandas.
—¿Tienes ropa?
Y él la miró
—¿Qué pasa?
—Nada.
—Set, no me importa comprarte ropa, eres de la familia.
—Tengo poca.
—Bueno, hacemos una compra.
—Te devolveré el dinero.
—Nos seas tonto, necesitas ropa para el rancho también.
—Lo siento tanto Mía...
—Vamos, debes superar esas tonterías. ¿Quieres un adelanto?
—No, me quedan mil dólares aún.
—Vale, está bien. De todas formas, quedan diez días para cobrar. La parte proporcional, pago el día uno de mayo, en este caso, así que un tercio del sueldo, 934 dólares.
—Gracias.
—Venga, tengo mucho trabajo aquí y cuando te pongas al día, que tonto no eres, tendré más tiempo libre que necesito para mí. Y dedicarle más tiempo entre los dos a Luke.

Set, no quiso pensar que se acostaba con otros, él mismo se había acostado con otras y ahora que tenía libertad, la que antes quiso tener, no quería ir con ninguna mujer, quería a Mía.

Todo un año saliendo y preguntando por ella, y no la vio y no iba a acostarse con ninguna chica de allí, ni de otro lado, y ahora ella sí.

Se iba a acostar con hombres e iba a sufrir, más que en toda su vida, pero no podría exigirle nada, nunca. Conocería a su hijo y trabajaría duro y en cuanto a Mía, le daría y se daría tiempo, quería que lo conociera como era ahora.

Pero le iba a doler saber que iba a divertirse y acostarse con otros hombres. Y sabía que había muchos hombres mejores que él, con dinero como él había tenido antes y que ella merecía.

Había sido un día largo y cansado, lleno de emociones y después de cenar, ella se salió con un libro al porche.

—¿Te vienes?

—Sí, pero Set no leyó, solo cerró los ojos y se mecía. De vez en cuando la miraba y miraba el

cielo y sintió paz. Esa era su casa y su hogar y si ella lo quisiera, sería su mujer también, pero nunca lo sería, ella era rica.

—Mía...

—Dime. —Dejó de leer y lo miró.

—Si algún día te casas, me voy al barracón.

—No voy a carme nunca.

—¿Por qué?

—Porque tengo un hijo y no quiero otro padre para mi hijo.

—Eso nunca se sabe.

—Yo, sabré llevar mis relaciones lejos de aquí, ningún hombre entrará al rancho.

—Eso es radical.

—Soy muy radical en ese sentido Set.

—A mí me has dejado entrar.

—Tú no eres cualquiera. Eres el padre de mi hijo y el hijo de mi padre.

—Te ha quedado bonita la frase.

—¿Sí, verdad?

—Sí.

Y él ya no insistió más. Aunque le consolaban esas palabras, prefería que nadie educara a su hijo ni le quitara su puesto de padre ahora que iba a empezar a serlo, ni quería ver a ningún hombre que saliera con ella.

Tenerlo de nuevo allí le iba a crear problemas emocionales a ella, la ponía nerviosa y desde luego no lo había olvidado por más que ella pensara que todo había quedado en el pasado.

Pero allí estaba de nuevo, con su altura, su cuerpo de infarto, su pelo rubio y sus ojos verdes, para remover en ella cosas que tenía perdidas, escondidas y con la llave echada.

Cierto que se había acostado con otro hombre y había sido cálido y estupendo, pero no tan sexual ni con la química que había tenido con Set y eso que fue poco tiempo, pero intenso y a pesar de los seis años pasados, lo recordaba como si fuese ayer, y lo deseaba. ¿Qué mujer no lo haría? Debería estar ciega, y ella no lo estaba y aún no necesitaba gafas. Lo iba a tener a diario frente a ella y con ella donde fuera, pero no lo hacía por eso, sino porque no quería darle un trabajo de campo. Tampoco se lo merecía.

Quería tenerlo cerca para que tuviese tiempo de conocer al hijo que le había negado durante años. No sabía cómo había actuado Set en aquél tiempo, aunque ahora eso ya no tenía importancia, se sentía un poco culpable.

Además, sabía que le era más útil en el despacho, le ahorraría a ella trabajo una vez que se pusiera al día y tendría más tiempo libre para las compras, salir, su hijo, leer que le encantaba o bañarse en verano un rato en la piscina con su pequeño en las vacaciones.

Y allí estaban de nuevo, se daba cuenta de que la miraba de vez en cuando y no sabía qué pensaba de ella ahora, y le gustaría, le gustaría que la deseara como ella lo hizo años atrás.

Quizá con el tiempo, como decía Gina, pudiera perdonarlo y empezar algo serio, por su hijo y también por ellos. Pero ya no sería un juego, ni sería nada de pega. No eran tiempos de juegos. Ella no jugaba con nadie.

Le había gustado que le dijera que llevaba tiempo sin acostarse con nadie y que no quería salir. Ya se vería si era cierto porque el Set que ella conoció, era un hombre al que le gustaban las mujeres, salir y el sexo.

CAPÍTULO CINCO

Al día siguiente cuando se levantaron a las ocho, se vistieron y le dijo a Gina que el desayuno solo para el pequeño, que ellos iban a desayunar fuera. Mía vistió al pequeño y se fueron al pueblo.

En el colegio, presentó a Set como el padre de Luke a los profesores y a la directora y luego fueron a desayunar a la cafetería.

Ella saludó a las personas que conocía y Set también. Luego fueron a por una sillita para el todoterreno de Set y la colocaron, y de compras y le compro ropa a Set.

—Para ya Mía, no necesito tantas cosas.

—Bueno, las necesitas, si sales... Vamos a por cosas de aseo, yo necesito algunas.

Y le compró su perfume caro que usaba cuando lo conoció.

—Ese es muy caro.

—Es el que usabas.

—Pero ahora no me lo compro, es caro.

—Bueno, si estamos en el despacho, juntos, me gustará que huelas bien.

Y cuando acabaron todas las compras, se fueron al rancho.

—El jueves suelo hacer las compras de alimentos para todos, por la mañana, si quieres puedes venir conmigo, depende.

—Vale, como quieras. Si consideras que debo hacerlo, lo haré.

Cuando llegaron a la casa...

Colocaron toda la ropa, le quitaron las etiquetas y se fueron al despacho.

Él, se sentó en la mesa frente a ella y abrió el ordenador.

—Firma primero el contrato, pon tus datos y tu número de cuenta para la nómina.

—Y Set, lo hizo.

—En aquella carpeta tengo los contratos, sácalos y echa un vistazo de la gente que hay, tienen fotos, así los conocerás. Y luego en aquella azul, las nóminas de este año. También las tengo en un archivo en el ordenador, pero me gusta sacar dos copias y dar una a los trabajadores y otra me la quedo en papel y la archivo. Le hacemos un ingreso a sus cuentas el último día del mes para que estén el día uno del siguiente. Son todas iguales excepto el capataz y yo, que cobramos tres mil quinientos dólares. Te paso en un pendrive con las nóminas y contratos y te las pasas a tu ordenador.

—Mientras haces eso, voy a por la lista de las compras de mañana.

—Vale.

—Cuando venga, tomamos algo y seguimos con la contabilidad, las compras, las partidas, veterinario y demás. Y te lo pasas todo a tu pc.

—Bien.

Así que ella salió, y se fue con el cocinero y con Bill que le dio la lista de compras para esa semana y el cocinero también.

—Bill, ¿hace falta gasoil?

—Si quieres, puedes comprar, si no, la semana que viene deberíamos sin falta.

—¿Cuánto?

—Dos o tres mil dólares, lo que quieras.

—Vale. Que lo traigan hoy. Los llamaré y que llenen los depósitos.

Gina, cuando quería comprar para su casa iba por las tardes cuando acababa, le gustaba y se llevaba a veces al pequeño. Pero ella le decía que comiera en el barracón con todos y ahorrara y lo hacía, pero a veces comían en su casa. Sobre todo, su pequeño.

Cuando regresó a la casa, fue a la cocina, y ya estaba Gina terminando un plato de sándwiches y se fue a su casa con todo recogido.

—Bueno, voy a mi casa, te he recogido y le he planchado la ropa a Set. La cena está en el horno.

—Gracias Gina.

—Mañana le doy a la parte de arriba a fondo.

—Ya sabes que como tú lo hagas, estará bien.

—Bueno, os dejo solitos, toma la lista —Le dijo en silencio con guasa.

—No seas tonta.

—¡Ay sí!

—¡Anda, vete ya! —le dijo Mía riendo.

Y entró de nuevo al despacho y dejó las listas en la carpeta que tenía ella para las listas de la compra.

—Esto es lo que mañana compraremos, todas las semanas, el cocinero y Bill me dicen lo que debo comprar y Gina me da la lista para la casa. Aquí lo dejo. Voy a llamar para que nos traigan el gasoil cuando puedan.

Los llamó y se los llevarían en una hora.

—Aquí pagamos al contado. No me gusta tener deudas.

—Ya he examinado lo que me has pasado —Le dijo Set.

—Bien, te voy a pasar también las compras, es parte de la contabilidad, los pagos, de cada partida, por fechas, como todo está pagado, no lo pongo. Y si pago algo como el gasoil hago una transferencia. El resto, todo lo pago con la tarjeta del rancho, hasta la comida, y lo de la casa y ropa también, somos dos apenas y ahora tú, por tanto, no hay gran variación. Mi sueldo lo tengo íntegro en la cuenta que traje de España y las ganancias que ahora verás descontando todos los gastos e ingresos, también al contado y por fechas y cada partida, sobre todo de gastos, está señalizada. Hago por meses la contabilidad para saber más o menos los gastos mensuales y las ganancias. Y al final de año, cuando pago los impuestos, los beneficios netos que tengo, van, la mitad a la cuenta del rancho y la otra invierto en maquinaria nueva, si hace falta, y en comprar más reses, porque se venden durante el año. Lo que me llegue o haga falta renovar. Si no hace falta, pues lo ahorro.

—Es una buena forma de funcionar.

—Sí que lo es. Las ganancias netas, ahora rondan el medio millón anual. A veces, guardo más, depende. De los cincuenta millones que tu padre me dio, te di cinco y otro y pico gasté en las tierras, más once millones en el rancho y las reses y tres millones, dejé en una cuenta para el rancho. Esos tres millones tienen que estar siempre al principio de año para los pagos. El resto son las ganancias. Y aún no he amortizado todo, pero sí más de siete millones. Así que espero tener de nuevo los cincuenta en unos cuatro años a lo sumo si todo va bien.

—Eres muy buena gestora.

—No tengo grandes lujos, me compro ropa pero no excesivamente cara. Busco ofertas y la comida, lo que se deba comer. Y Luke va a un colegio público. Es muy bueno. Hasta que elija Universidad no gastaré el dinero. Ese será un buen dinero gastado.

—Estoy de acuerdo en eso.

—Ahí están todas las carpetas. Donde está la partida de la casa, hay que meter tu ropa y la silla que hemos comprado y mañana meteremos las compras. ¿Sabrás hacerlo?

—Espero que sí, si me pasas todo.

—Bien, a ver si nos da tiempo antes de tomar algo y descansamos, pasamos lo de hoy y ya puedes ir revisando, al menos este año. Te vendría bien. Con que revises desde octubre del año pasado tienes, así tendrás una idea de cómo terminamos el año y cómo hacemos cada mes.

—Ahí están las carpetas contables por meses y años, los contratos, las nóminas y los puedes ver también en el pc.

—Te estoy copiando desde que empecé el rancho, para que las vayas estudiando en el tiempo libre que no tengamos nada.

—Bien.

—Así tendrás una idea de en qué gastamos más y podemos ahorrar y cómo van las cosas. Pero Bill, es un buen capataz y sabe bastante y lleva bien a los chicos.

Tardarás un par de meses o tres en revisar todo, porque a la vez meteremos lo que compremos y el mes que viene hay que vender reses, pero vendrán aquí, y quiero que veas eso y ayudes.

—Muy bien. Recuerdo eso de cuando mi padre tenía el rancho.

—Y cuando se vaya a comprar ganado irás con Bill también.

—Perfecto.

—¿Tienes alguna objeción o pregunta?

—Ninguna, ganas de ponerme con esto.

—Está bien. Pasa esto. Ya está cargado aquí —Y le pasó el pendrive con todo.

Lo pasó a su ordenador e iba aponerse a mirar...

—Vamos a tomar algo antes, descansaremos una hora y luego estaremos hasta las cuatro, bueno yo me iré a las tres y media a por Luke, pero tú lo dejas a las cuatro. Tengo hambre.

—Cuando vengas con el chico lo dejo.

—Bien.

—Espero que te guste el trabajo Set, no tengo otro mejor para ti. Salvo el campo, pero no quiero que vayas allí. Creo que me serás más útil en esto.

—Hubiese hecho lo que me hubieras pedido.

Y se fueron a la cocina y tomaron los sándwiches con limonada que había dejado Gina.

—No sé cómo darte las gracias por la confianza y la oportunidad, Mía, después de lo que te hice y que no mereciste.

—No hablemos de eso.

—Pero es que me duele. Eres tan generosa y buena...

—No soy mala persona, pero no soy una santa.

Los días pasaron y Set, estaba más alegre y contento, iba poniéndose al día de la contabilidad del rancho, iba con ella a las compras, empezó a ver cómo funcionaba ella en el rancho y el rancho también.

Cuando venía el pequeño, aunque eran las cuatro y media, Set dejaba el trabajo y ella le decía que lo dejara a las cuatro, pero él no quería hasta que venía el peque.

Le gustaba estar con él, y a él con su padre, le daba la merienda y lo bañaba, jugaban en el salón, mientras ella se bañaba o leía y los miraba.

Eran iguales y se llevaban estupendamente. A veces venía Billy y cenaban juntos y jugaban y él leía o veía la tele en el salón con ella, cada uno en un sofá. O salían al porche o al patio al frescor de la primavera.

Por las noches, Mía, se echaba un chal por encima y a él le gustaba esa vida tranquila.

Otras tardes iban a pasear por el rancho andando, o sacaban el poni de Luke y lo llevaba el padre.

Ese primer fin de semana, ella no salió y lo llevaron al parque y se llevaron a Billy, comieron fuera. Los niños, estuvieron montándose en todos los toboganes, se lo pasaron en grande y vinieron derrotados.

Y el domingo los pasearon en los ponis, y luego se los dejó a Gina y ellos fueron de paseo a caballo.

—Este es tu caballo, el de la cuadra número veinticuatro, ¿te gusta?

—Sí, es precioso.

—¿Te dará miedo o estás oxidado?

—Será como montar en bici —dijo Set.

—Es buen caballo.

—¿Esa es tu yegua? —le preguntó él.

—Sí, esta mi niña.

—Es preciosa.

—Sí que lo es. Venga demos un paseo antes de comer.

Y estuvieron una hora recorriendo el rancho.

—¿Por qué no te has ido este fin de semana?

—No me apetecía y quería darte las pautas para Luke.

—Ya las sé Mía. Me las has dejado escritas.

—Bueno, Me iré la semana que viene.

Se bajaron en el arroyo.

—¡Qué bonito está el campo en primavera!

—Sí que lo está. Tienes un montonazo de reses.

—Sí, ¿No son hermosas?

—Sí que lo son. Mi padre estaría orgulloso de ti.

—Lo sé, lo digo sin vanidad.

—¿Te has acostado con muchos hombres después de mí?

—¿Qué pregunta es esa?

—Si te molesta la retiro Mía, no quiero molestarte.

—No importa, con uno, dos noches ¿Y tú?

—Con cinco.

—No son tantas.

—No, no lo son, con los problemas de la empresa, fueron escarceos sin importancia.

—¿Sí?

—Eso fue.

—Este chico, fue especial.

—¿Vive aquí?

—No en Nueva York. ¿Por qué te importa mi vida privada? No te ha importado en cinco años, bueno en más.

—Siempre me ha importado desde que lo dejamos, pero no quisiste contestarme.

—¡Vaya! ¿Tú lo hubieses hecho de estar en mi lugar?

—No —Dijo rotundo.

—¿Entonces? De todas formas, eso es pasado Set, ni voy a vengarme de ti, ni voy a dejar que

no estés con tu hijo, no te voy a dejar vivir en la indigencia. Esta también es tu casa y tu padre, fue tu padre y no me lo perdonaría. Ni mi hijo tampoco lo haría cuando tuviera conciencia

—¿Te doy pena?

—No es eso, me da pena la situación que has vivido, es dura, si me pasara lo mismo con el rancho, estaría hundida, deprimida, como lo estás tú. Perder una empresa no debe ser fácil. Por esa razón, no quise que tuvieses deudas, creo que tomaste una mala decisión, pero eso no lo sabías. Igual te hubiera ido bien.

Y Set la miraba, allí sentada a su lado, con el sonido de las aguas del arroyo correr, y acercó sus labios a ella y la besó en los labios.

—Set...

—Lo siento, lo siento de verdad.

—No puedes hacer eso. No te confundas.

—No lo hago, pero no he podido... —Y se levantó, y ella también y Set la abrazó, simplemente la abrazó.

Y ella sintió su abrazo y lo aceptó.

Cuando se retiraron, él tenía lágrimas en los ojos.

—Vamos Set, no quiero verte así, tienes a tu hijo, un trabajo y un hogar maravilloso donde vivir, es más que lo que tienen algunos.

—Lo sé, pero no te tengo a ti, ni nada que ofrecerte.

—Venga, vamos a la casa. Deja de pensar esas cosas que no te hacen nada bien.

La siguiente semana pasó en un vuelo. Se vendieron reses y Set ayudó, siguió estudiando la contabilidad que ella llevaba y viendo la de años atrás, todo.

Mía llevaba el rancho a la perfección y los beneficios eran bastante buenos, incluso metiendo los gastos. Set, había cobrado su primera nómina y el viernes ella le dijo que el sábado iba a salir y Set se puso nervioso, triste y celoso, después de pasar una buena semana.

—Quizá venga mañana por la mañana o por la tarde. Voy a Bozeman. Me quedo en este hotel, por si necesitas algo, y tienes mi número. ¿Sabrás apañártelas con el chico?

—Claro, no te preocupes.

—Me quedo con papí.

—Sí, te quedarás una noche con papá. Tengo que salir cariño.

—¿Me vas a traer un regalo?

—Como siempre gamberrillo. ¡Te quiero!

—Y yo más que el mundo.

—Yo también te quiero más que a nadie en el mundo, anda que te bañe papá y cenas, que voy a preparar el bolso.

Y el sábado por la mañana, Set vio cómo se iba. Sabía que iba a acostarse con un hombre, estaba seguro. Y no se equivocó.

Iba guapísima, cuando se vestía olía mejor que bien y conoció a un hombre de treinta y cinco años, un médico del hospital de Bozeman y la invitó a cenar al restaurante al que fue.

Estaban solos y él se acercó a ella, la invitó y cenaron juntos. Se conocieron. Ella jamás decía que era la dueña de un rancho, sino que trabajaba en uno.

—¿No me vas a decir de dónde eres?

—Prefiero mantenerlo en secreto.

—Pero no eres de Bozeman.

—No, lo siento.

—Bueno Mía. La mujer de los secretos. ¿Estás casada? es por eso.
—No —se rio Mía —no estoy casada, pero tengo un hijo y es por él. ¿Y tú estás casado?
—Separado,
—¿Hace mucho?
—Un par de años.
—Entonces, ¿te casaste joven?
—Sí, cuando estudiaba.
—No entiendo cómo la gente se casa en este país estudiando. En España, hay que buscar trabajo antes o te casas, si no estudias.
—Es que sois raros. —Y Mía se reía.
—Será eso o que vosotros tenéis mucha prisa.
—¿Vamos a tomar una copa después?
—Sí, me apetece.
—¿Conoces Bozeman?
—Es la primera vez que vengo, por trabajo y como vengo sola...
—Eres abogada, seguro.
—No te equivocas.
—Lo sabía.
—Bueno, déjalo anda, acepto esa copa.
Al cabo de una hora y media de tomar esa copa y bailar, él le dijo:
—¿Vendrías a mi casa?
—Prefiero un hotel, un sitio neutral.
—Está bien, un hotel. Yo lo pago.
—No aceptaré que pagues un hotel. Ya tengo uno, está pagado, pero hay una condición, tienes que salir antes de las tres.
—Como el ceniciento —Y se reía.
—Sí, no me gusta dormir con nadie.
—¿Por alguna razón?
—Sí, es por una razón.
—Está bien, me iré antes de las tres, pero te quedarás con mi número por si vuelves de nuevo. Quiero que me llames, si no estoy de guardia podemos salir ese día. Y te enseño la ciudad.
—Me gustaría.
—Te invitaría mañana, pero entro al mediodía de guardia.
—No importa. No te preocupes.
Y fue Mat, el médico con el segundo hombre con el que se acostó después de Set.
Le gustó, le gustó mucho, era pasional, era un hombre que sabía hacer bien el amor, pero tampoco era Set, pensaba cuando volvía al rancho después de desayunar el día siguiente, dar un paseo por Bozeman y tomar un plato combinado.
Cuando llegó al rancho, Set, le daba de cenar a Luke.
Y el pequeño fue corriendo a abrazar a su madre y esta lo cogió en brazos, y le dio su regalo, estaba como loco y Set veía lo que se querían y quería ser ella, y lo sería, su hijo ya lo abrazaba y lo quería y llevaba poco tiempo en el rancho.
La miró y supo que se había acostado con alguien y se sintió frustrado.

Llevaba ya seis meses en el rancho y llegaba noviembre, las nieves y el invierno. Estaba al tanto de todo, se había puesto al día, ayudaba y le quitaba trabajo a Mía, que luego repasaba ella y

estaba bien, juntos con las facturas.

Ayudaba en la venta de las reses o cuando iban a comprar había ido un par de veces a los ranchos donde ella compraba.

Su hijo estaba loco con su padre. Estaban muy unidos en esa fecha. Lo llevaba con su poni, al parque, lo bañaba a diario, algunas veces había ido a recogerlo y llevarlo al colegio.

Sin embargo, no había salido del rancho a divertirse.

—¿Por qué no sales, Set?, le dijo Mía, una mañana de viernes, mientras estaban en el despacho. Has cambiado desde que has vuelto, estás más alegre, menos deprimido, tienes dinero ya de tus seis nóminas.

—No me apetece, prefiero estar con Luke, estoy bien en casa y no pienso acostarme con ninguna mujer.

—Eres terco, necesitas sexo.

—Y lo necesito.

—¿Entonces?

Y se la quedó mirando

—Quiero ser uno de esos hombres con los que te acuestas cuando sales.

—Set, no siempre que salgo me acuesto con algún hombre, me divierto, ceno fuera, paseo y me tomo una copa o me voy al hotel donde me quedo si duermo fuera.

—Has ido dos veces a Helena y unas cuantas a Bozeman.

—Sí, ¿Y qué?

—No creo que... Quiero decir, te pones tan guapa, que me resulta difícil que no...

—Gracias, pero no me acuesto cada vez que salgo.

—Estoy celoso, muy celoso —Y se levantó y se puso tras ella. Eran las dos de la tarde y Gina se había ido a su casa. Habían comido y tenían un café sobre la mesa. Mía estaba sentada en su sillón y Set, bajó sus manos sobre ella y se paró en sus pechos y Mía gimió y eso le dio alas a Set. Tocó sus pezones por encima de la blusa que llevaba y los pellizcó y ella cerró los ojos.

Set, metió las manos entre sus piernas y la levantó en brazos y la llevó al salón.

—Set, esto no es buena idea, te odio en ese sentido.

—Yo también te odio —y arrimó su boca a la de Mía y ella le echó los brazos al cuello y Él recorrió su boca y se enzarzaron en un baile de lenguas y Mía se sintió más húmeda que en toda su vida.

Set, metió las manos y le desabrochó la blusa y bajó su falda.

—Nena, no has cambiado tu ropa interior de infarto que llevabas y que me ponía duro, que aún me pone y con la que he soñado todos estos meses.

Y ella se sentía azorada, colorada y encendida y lo tocaba por encima de su pantalón y como si tuvieran toda la prisa del mundo y el deseo contenido, se quitaron la ropa en segundos, se desvistió y entró en ella sin preámbulos, libre, sin ataduras, sin nada, y ella lo sintió y gimió y supo que ese sí era su hombre, que no habría otro y que seguía enamorada de ese gigante que le hacía esas cosas maravillosas con solo un trozo de su cuerpo.

—Nena, dime que no me has olvidado —Le preguntaba mientras ella gemía.

—No, no te he olvidado.

—Que soy el primero.

—Fuiste el primero —mientras la embestía.

—El mejor.

Y ella gemía son una sonrisa porque no había dejado de ser vanidoso para ella en el sexo.

—No te rías malvada, que ya no aguanto, ha pasado tanto tiempo que no lo hago... Y sintió el

calor del cuerpo de Mía llegarle a su miembro y llegando al fin de su cuerpo, se corrió en ella, como había soñado todos esos meses y años.

—¡Dios joder nena! No he durado nada.

Y la miró, Mía estaba con los ojos cerrados y recobraba la respiración. Era una mujer preciosa. Sus pechos eran más grandes y mordió sus pezones.

—¡Loco!... Se sobresaltó ella.

—Tienes los pechos más grandes.

—Por tu hijo.

—Y un cuerpo precioso.

—No menos que el tuyo.

—Si no me has mirado siquiera —y abrió los ojos.

—Lo recuerdo, y lo sigues teniendo. Siempre has sido un modelo guapo y muy vanidoso.

—¡Qué tonta! —Y se puso de lado y la abrazó.

Y ella se abrazó a él acariciando su pecho.

—¿Me estabas castigando?

—No, quería vivir sin ti, pero me cuesta.

—Soy tu hombre. Siempre lo he sido.

—Desde que fuiste el primero, eres mi hombre, pero me hiciste daño.

—¿No me perdonarás nunca?

—Después de esto, estás perdonado, pero no habrá una segunda vez.

—Nunca habrá una segunda vez.

—No me fio de ti, en serio te lo digo Set.

—Pero si no salgo mujer. Estoy con mi hijo siempre.

—Es cierto, te adora.

—Y yo a él.

—Eres su ídolo.

—Es que soy su padre. Debo serlo.

—Te portas muy bien con él, gracias.

—¿Estás tonta?, Es mi hijo.

—Nunca pensé que lo quisieras. No querías casarte, ni tener hijos, ni atarte a nada.

—No me conoces. Conociste solo una parte de mí, casi nada.

—Es cierto. Casi nada.

—Pero créeme cuando te digo que me diste mucho miedo, que sentía por ti lo que no sentí con ninguna mujer, que no te he olvidado y que he estado muy celoso estos meses.

—Yo tampoco he sentido con ningún hombre lo que siento contigo.

—Porque soy tuyo, eres mía y no te dejaré que salgas de nuevo. Si solo quieres sexo, estoy aquí.

—No solo busco sexo, Set.

—Pues mejor, yo tampoco, si quisiera, lo hubiese hecho. Pero solo quiero estar contigo.

Y empezaron de nuevo, esta vez más lentos hasta que él la hizo estremecerse de placer mientras se abandonaba en ella.

—¡Oh Dios Set!

—¿Qué pasa pequeña?

Y se abrazaba a él.

Sabía que ella lo necesitaba. Y no se iría más con nadie. Se irían los tres o los dos, pero sola, nunca.

—Tengo que recoger al pequeño.
—Y yo terminar. Hoy tengo que echar una hora extra por culpa de la jefa.
—Ya echas todos los días media hora extra. Está compensada.
—¿Quieres que vaya yo a recogerlo?
—Sí, quiero darme una ducha y descansar, quitaré los cafés y cierro los ordenadores.
—Yo cierro el mío antes de irme —Levantándose del sofá y vistiéndose.
—Ya se acabó el trabajo por hoy.
—Venga, voy a buscarlo —y Set apagó su ordenador, le dio un beso en los labios y salió más contento que en toda su vida a buscar a su hijo.

Mía, se quedó un rato en el sofá desnuda. Era feliz, por qué no. Todo había sido una gran locura cuando vino al rancho y estaba loca por ese hombre aún.

La había esperado a sabiendas que se había acostado con otros. Eso era una señal de que la quería. No había duda, como le decía Gina.

—Mía ese hombre está loco por ti, es trabajador, ha tenido mala suerte, pero te quiere, y a vuestro hijo, no seas tan dura con él o lo perderás de nuevo. Todo tiene un límite. ¿Tú has visto lo bueno que está?, mira que si te gusta... Te lo van a quitar y vas a arrepentirte —y ella se reía.

Y ahora si lo pensaba, ahora nadie se lo iba a quitar, era suyo y si iba con otra lo mataría con sus propias manos. Amaba ese cuerpo de hombre desde que lo vio por primera vez, desde que dejó de ser virgen con él, y se iba a dar una oportunidad de nuevo. Nadie más se alegraría que su hijo si los viese juntos. Como veía a Gina y a Bill.

Eso es lo que su padre siempre quiso, ahora lo sabía y tenían que haber pasado años para darse cuenta de ello. Y su padre tenía razón.

Quizá era mejor esto de ahora que tres años y que se hubiera ido para siempre.

Debería dejar de pensar tanto. Llevarían el rancho como ahora. Le descargaba trabajo hasta con el pequeño y estaba más relajada. Ahora sí que estaba relajada.

Ya iban a llegar, así que recogió su ropa y se fue a la ducha.

Se puso un chándal y bajó de nuevo justo cuando llegaban.

—¡Hola mami!

—¡Hola precioso! —abrazándolo.

—¡Está nevando!

—¿Esta nevando?

—Sí, mira y salieron al porche.

—¡Ah, qué bonito! —y él la besó.

—Te ha besado papá.

—Sí, lo sé pequeño gamberro que lo ves todo.

—¡Agg!

—Anda, entra y toma la merienda.

—Yo se la doy.

—Vale, voy a cerrar el despacho.

—¿Y qué has hecho mientras vaguita? —le dijo Set.

—Casi me duermo desnuda en el sofá.

—¡Qué cara qué quieres!

—Estaba tan relajada...

Esa noche, después de cenar, se sentaron en el salón a ver un rato la televisión, el día siguiente era sábado y estaba nevando. Los campos estarían cubiertos de nieve y dejarían el ganado dentro.

—Vente más cerca, nena.
—Set, no sé si será una buena idea lo que hemos hecho.
—No voy a dejar que te arrepientas y te alejes, así que vente a mi lado o me voy yo.
Y ella se acercó a él y él la abrazó y la tumbó en el sofá.
—¡Ay, qué loco estás!
—Sí, así estamos mejor, calentitos —y la abrazó por los pechos sujetándola contra su cuerpo
Me acostumbraría a estar así siempre contigo.
—Tengo que decirte algo, Set.
—Dime guapa.
—Hace tiempo que no tomo pastillas anticonceptivas, desde que me quedé embarazada y acabamos de hacerlo sin protección.
—No me importa tener otro hijo, nena.
—¿Quieres otro hijo? —le preguntó sorprendida.
—Sí, vamos a buscar un hermano para Luke. —Sonriendo.
—¿Hermano?
—Sí, yo solo tengo hijos.
—¡Qué loco estás!
—Lo estoy, por ti y por tu cuerpecillo.
—¿Qué hacemos? ¿Nos protegemos?
—Que no, que lo he dicho en serio.
—¡Madre mía!
—¿No querrás solo un hijo?
—No, la verdad, somos hijos únicos, al menos otro.
—Y querrás que sean del mismo padre.
—Me gustaría, sí.
—Pues nos casaremos.
—¿Quieres casarte conmigo?
—La pregunta sería al contrario, preciosa. Claro que con bienes separados. No quiero tu dinero Mía. No lo necesito. Además, nuestro padre te lo dejó a ti.
—El dinero es lo de menos, todo está cubierto, donde vayamos. Y lo que hagamos. ¿Eres feliz con el trabajo que haces?
—Me encanta cuando cambias de conversación —y ella se reía.
—No tengo anillo, pero todo se andará.
—Esa frase me suena.
—Te daré uno nuevo.
—Tengo el que me diste y las alianzas.
—Empezaremos de nuevo.
—No tienes para comprar un anillo Set y no quiero que gastes dinero y me gustaba ese.
—¿Lo dices en serio?
—Sí, pues tendrás que dármelo que te lo pida como se debe. Aún conservo mi alianza.
—Pues será una continuación donde lo dejamos, pero no para tres años.
—Ni loco te dejaría ya.
Y se quedaron en silencio...
—Mía.
—Ummm...
—¿Te estás durmiendo?

—No, disfruto de ti.
—¡Tontorrón!
—¿Qué pasa?
—Quiero dormir esta noche contigo, esta y todas.
—¿Quieres cambiarte a mi habitación?
—Sí, eso quiero.
—¿A cambio de qué?
—¡Qué mala eres!
—Claro que sí, mañana cambiamos la ropa y vamos a ir a Bozeman si no nieva mucho, vamos de compras. El pequeño necesita ropa nueva.
—¿Vamos los tres?
—Sí, pasaremos allí el día. Sin prisas, cuando nos levantemos. Está relativamente cerca.
—Como quieras nena. Ahora nos vamos a la cama.
Y apagó la televisión y se la llevó al hombro arriba.
—¡Ay Set, qué me vas a tirar!
—Calla o despertarás al pequeño. No quiero interrupciones para lo que vamos a hacer.
Y lo que hicieron hasta pasadas las dos de la mañana.
—Nena, o lo dejamos ya o no podré conducir mañana.
—¿Pues no me deseabas tanto?
—Sí, pero necesito un descanso.
—La que necesita descanso soy yo, tengo agujetas.
—Ummm, ven cerquita pequeña, hueles tan bien...

El día siguiente se fueron de compras a Bozeman y el chico iba contento, desayunaron y primero fueron a comprar para el pequeño que pedía de todo.

—Luke, no puedo comprarte todo, eres un loco, como tu padre.

—Pero mami...

—Solo tres juguetes, elige, que llevas ya mucha ropa también y botas. Y quiero llevarle algo a Billy. Además, papá y yo nos vamos a comprar ropa y un móvil nuevo y un par de portátiles, impresora y fax nuevo y algunos útiles para el despacho de la papelería, los ordenadores que tenemos los vamos a dejar ya, que tienen años.

—Nena, te vas a gastar mucho.

—Todo esto lo pago de mi cuenta, no lo voy a cargar al rancho. Salvo los portátiles y lo del despacho. Es un viaje de placer.

—Pero...

—Calla, haz el favor, no voy a hablar de dinero, lo del despacho, que necesito material, eso sí lo pago con la tarjeta del rancho, pero quiero un móvil nuevo y el tuyo, está, que ni anda. Y si tengo que comunicarme contigo y falla no podré hacerlo. Bueno, ahora vamos a tomar algo y luego a por ropa para papá y para mí, cosas de aseo y luego vamos a ver una peli.

—Deja que pague yo algo, Mía, tengo dinero.

—Otro día. Hoy no.

—Eres una terca cabezota como mi padre.

—¿Acaso no era el mío? —y lo besó —Déjame hacer esto, guapo.

—Está bien. Pero que sepas que no me siento nada bien con esta situación.

—Lo sé, pero si fuese al contrario...

—No me importaría.

—No te importaría porque eres machista.
—Lo seré.
—Anda dame un besito.
—Mimosa, tu hijo se ríe.
—Que se ría, pero le encanta que nos besemos, ¿verdad, pequeño?
—Sí.
—Bueno allá vamos. ¿De qué vamos a ver la peli? Le preguntó la madre.
—De dibujitos,
—De dibujitos, luego cenamos y nos vamos a casa.
—Bien —dijo Luke todo contento.
—Mía, deja ya de comprar ropa mujer, que me voy a sentir mal.
—Esta noche te sentirás mejor. Tienes que hacerte la idea de que vamos a ser una familia.
—Pero me gustaría tener dinero para hacer esto yo.
—Otra vez, ¿Eres tonto no?, da igual, piensa en lo feliz que sería nuestro padre si nos viera ahora.
—Sí, eso seguro, es lo que quiso desde que te vio, sabía que serías mía.
—Mama es mía —dijo el pequeño.
Y se rieron.
—Mamá y tú sois míos.
—Y papá y tú sois míos.
Y el padre lo tomó en brazos haciéndole cosquillas.
Y el chico lo pasaba fenomenal. Era el niño más feliz del mundo desde que su padre entró en su vida. Y eso lo sabía de sobra Mía.
Cuando llegaron a casa, estaban todos muertos de cansancio.
—Está dormido —dijo Set.
—Pues le ponemos el pijama y a la cama.
Y mientras Set se encargó del pequeño, ella iba colocando toda la ropa del pequeño y los juguetes.
Iba a meter la ropa de ellos, pero Set, la cogió por detrás y la levantó.
—Set, vas a matarme de un susto, tonto.
Deja eso, mañana tenemos tiempo de todo después del desayuno, yo coloco los portátiles y quito los viejos y tú colocas la ropa. Ahora vamos al baño.
—¡Ay Dios, Set!...

CAPÍTULO SEIS

Y como era de prever, sin usar preservativo, se quedó embarazada de nuevo. Al pasar la Navidad que celebraron en familia y su hijo fue feliz con los regalos de Papá Noel y su amigo Billy también.

A primeros de febrero, se lo dijo a Set una tarde antes de ir a recoger al pequeño.

—Te vas a salir con la tuya, nene.

—¿Por qué dices eso guapa?

—Vamos a aumentar la familia.

—¿De verdad?

—Y tan en serio, llevo dos meses que no me ha venido la regla. Así que tengo que pedir cita al ginecólogo.

—¡Dios nena! —y se levantó y la abrazó.

—Espera que me lo digan, pero desde ya te digo que nunca me retraso.

—¿Será una niña? —Dijo Set.

—Me da igual Set, no tengo preferencias. Menos mal que estás tú ayudándome cuando dé a luz con las facturas y demás.

—¡Nos casamos! Y esta vez de verdad.

—Sí, ya tenemos las alianzas y todo. ¿Pero de verdad quieres casarte Set?

—Quiero casarme contigo, por supuesto que sí.

—Hacemos una boda en el rancho para marzo, entonces.

—Me encantaría y a Luke le gustaría mucho.

—Pero quiero algo sencillo.

—Lo que tú quieras guapa.

Cuando el ginecólogo le confirmó que para primeros de septiembre daría a luz de nuevo, todo el rancho se enteró, y de la boda, que fue a finales de marzo, sencilla y preciosa. Tuvieron las mismas alianzas. Mía así lo quiso.

Fueron casi cien invitados y se hizo una barbacoa y baile hasta bien entrada la noche en el rancho.

Set no quiso casarse con ganancias y quedaron en seguir como estaban en el tema económico.

Set, fue un par de veces de viajes a comprar ganado y cuando Mía se cansaba, él trabajaba el despacho y le ayudaba con el chico.

Y en septiembre nació su segundo hijo, Set. Otro niño igual que su padre y que su hermano. Rubio, alto con ojos verdes. Parecían gemelos con seis años de diferencia y Luke, el pequeño, no se retiraba de su hermano cuando venía del colegio.

Ese año había sido un año próspero y productivo para el rancho y a final de año, cuando hicieron cuentas, habían ganado más de setecientos mil dólares netos.

—Ha sido un buen año para todo, mi amor, —Le decía Set, acostados por la noche.

—Sí, la verdad. Si seguimos así, en poco tiempo hemos amortizado los cincuenta millones de nuestro padre.

—¿Por qué tienes ese empeño mujer?, si tienes dinero de sobra y tienes beneficios todos los años.

—Porque si lo consigo, habré trabajado bien. Es una meta que tengo.

Set, la trataba como una reina y se enfadaba cuando compraba algo y él no gastaba su dinero. No lo dejaba y casi lo ahorrraba todo excepto cuando compraba algo para sus hijos.

—No te enfades cielo, yo también ahorro mi sueldo —Decía Mía.

—No tienes solución nena, te lo digo en serio. A veces me pones de los nervios.

—¿Ya no me quieres?

—Claro que te quiero, más que a nadie, pero a veces me irritas.

—¿Como ahora? —y tocaba su pene que se engrandecía entre sus manos.

—¡Qué mala! —Y se reía —todo lo trastocas y me ganas con eso, pero algún día...

—Algún día... —Se burlaba ella.

—Búrlate sí. Pero ya verás. Y ella sabía que nunca vería nada.

—Te quiero tonto, ¿ya no eres mi hombre?

—Tengo que terminar este trabajo —Mientras la tocaba. Tengo trabajo jefa.

—Ummm Vaya por Dios, me gusta que trabajes para mí.

—¡Calla tonta! Y sigue tocando, y le hacía el amor mientras los chicos dormían en sus habitaciones.

Cinco años después...

Set, había celebrado el día anterior su cuarenta y un cumpleaños, Mía tenía treinta y seis, y los pequeños, Luke once y Set hijo cinco.

Había amortizado el dinero del rancho un año atrás como se había propuesto y jamás pensó que su vida daría ese cambio para mejor ni que Set la amara de esa manera, como ella necesitaba y como lo amaba a él.

El rancho había sido la felicidad para ambos, junto con sus hijos. Éstos, iban al colegio los dos, juntos con Billy, el hijo de Gina. Y su rancho florecía por momentos.

Set, hacía un buen trabajo y ella también, porque ahora eran dos chicos y ella contrató una chica para los niños, en cuanto nació el pequeño Set, que se ocupaba de los pequeños, y de su ropa y sus cuartos, de llevarlos y traerlos del colegio, junto con el hijo de Gina. No quería darle tanto trabajo a Gina y contrató a Cati, una chica estupenda del pueblo y a la querían los niños. Y eso era lo importante para ella.

Los había cambiado a la sala, con un rincón para sus juguetes y mesas para hacer los deberes, dejando el enorme despacho solo para los dos.

Un día apareció Nina con dos coches nuevos, un todoterreno y un monovolumen con sillitas para el pequeño. Uno de los vaqueros le ayudó a traer el todoterreno. Y vendieron los que tenían. El año siguiente o a final de año, si podía, tendría que cambiar las camionetas, al final de año, esa sería la inversión. Y no compraría reses. Ya se necesitaba. Quizá comprara cuatro camionetas en vez de tres.

—Nena, eres la repera, ya ni me enfado contigo. Es inútil —Dijo Set cuando vio los coches.

—¿Acaso no te gusta tu todoterreno nuevo? Es nuestro. Hemos amortizado el rancho el año pasado. Lo mereces. Y a final de año pienso cambiar las camionetas y comprar una más.

—Estás un poco loca. No sé si me merezco tanta felicidad que me has dado estos años y sobre todo tu perdón.

—Pues claro que sí y me merezco un premio. Mete los coches en el garaje y cierra la puerta. He vendido los otros. Así los pruebas. Tengo copias de las llaves de ambos, te daré una de cada. Aún falta para que vengan los chicos. Nos da tiempo de celebrarlo.

—¡Qué mujer! Pasa, venga, date prisa y cierra.

—Mi amor, estoy loca por tu cuerpo —y lo desnudaba —Al despacho.

—¿Aún me quieres, nena?

—Te amo, claro que te amo. Eres mi hombre y el padre de mis hijos.

—Yo también te amo. Y lo dentro en el despacho, abrió sus pantalones y se sentó entre su piel dura y entrante. Y se movió en ella abarcando la frontera de su sexo, moviéndose entre la espuma hasta llegar ambos a la orilla.

Después de besarse y recomponerse, tomaron algo.

—Voy a bajar esta tarde al cementerio. He traído unas flores y jarrones nuevos para nuestro padre. Y tu madre.

—Iremos los cuatro, cuando merienden los pequeños y vamos dando un paseo.

—Como quieras. ¿Has acabado las facturas?

—Sí, Luego quiero terminar las nóminas y dejarlas listas para el pago a final de mes.

—Bien. Menos mal que tengo un secretario eficiente en muchas cosas.
—¡Mira que eres tontilla! ¿Eh? Sigues siendo una guasona de cuidado.
—¿Qué quieres?, me gusta tu pene y su función.
—Anda calla, que ya no nos da tiempo, es tarde.
—¿Por la noche?
—Ya veremos cómo se porta la jefa.
—La jefa es una buena jefa —y lo abrazaba por detrás y tocaba su pecho de piedra.
—¡Estate quieta, nena!
—¿No te gusta?
—Demasiado, pero hay que trabajar.
—Soy una mujer muy caliente —Le decía despacito en la oreja.
—Eso lo sé de sobra.
—Tú también, no lo niegues.
—Si no lo niego, me encanta cómo eres.
—¡Te quiero guapo! —y empezó a recoger la mesa.
—¿Tomamos café?
—Sí, me apetece, te ayudo.
—Vale. El viernes voy a Helena —Dijo Mía.
—¿Solita?
—Sí, tengo que ir al banco y a la asesoría.
—Pero vendrás el viernes.
—O el sábado por la mañana si no me da tiempo de hacer lo que quiero hacer.
—¿No saldrás?
—¿A cenar tampoco?
—Pide en el hotel.
—¡Qué hombre más celoso!
—Sí que lo soy. Estás muy buena —Y ella se reía.
—Pero si la que es fiel aquí siempre he sido yo. Pero quizá salga a cenar con un cliente. Tengo asuntos que resolver.
—¿Qué asuntos?
—Ya te los comentaré más adelante.
—Uff...
—Cuida a los pequeños y no te quejes. Contigo estoy muy satisfecha —y lo tocaba.
—Espero que sí.
—Esto responde de nuevo, nene.
—Si me tocas por supuesto.
—Así me gusta.
—No le puedo negar nada a la jefa.
—Por supuesto que no. Pero date prisa, los chicos.
—Encima...

Mía tenía un plan para Set. Iba a abrir otro negocio en el rancho para él, pero esta vez no iba a dejar que lo manejara solo. Iba a darle la sorpresa más grande de su vida. Se lo merecía.

El viernes, se levantó temprano, y se despidió de los chicos, que Cati se llevó al cole. Luego de despidió de Set.

—Ten cuidado nena, si no vienes me avisas, ¿vale?

- Que sí, no te preocupes.
- Sé buena.
- Lo seré, tonto.
- ¿No desayunas?
- Me gusta desayunar en el pueblo cuando voy a Helena, lo sabes.
- Está bien, desayunaré solo.
- No te quejes, Gina te hará un buen desayuno. ¿Verdad Gina?
- El mejor del condado —decía Gina riéndose desde la cocina.

Cuando llegó a Helena, reservó habitación en el hotel, en el que ya la conocían y se quedaba siempre.

Dejó su pequeño bolso en el que llevaba ropa para el fin de semana porque sabía de antemano que esa noche se quedaba, y fue al banco. Luego, fue a renovar el seguro de salud para todos, que ya cumplía y pasó por la asesoría.

El asesor que ya la conocía, Ted, la saludo efusivamente.

—¡Qué guapa estás, Mía! no pasan los años por ti. —Y le dio dos besos.

—Sí que pasan, Ted, cariño.

—Bueno, pasa a mi despacho y siéntate. Hace tiempo que no vienes.

—Sí, es cierto, pero aquí me tienes de nuevo.

Se sentó y Ted le dijo:

—¿Para que soy bueno esta vez?

—Pues verás quiero montar una empresa, pero a nombre de mi marido. Es una sorpresa que quiero darle.

—¿Cómo?, pero si tienes un rancho que es una mina de oro, mujer.

—Sí, pero te contaré una historia a grandes rasgos.

Y le contó la historia de Set y su empresa, evitando los temas personales entre ellos.

—¿Y quieres montar una de turismo?

—Bueno quería que me asesoraras. Quiero llevarla desde el rancho. No como la que tenía él, sino por internet, como las que hay ahora. Que lleve viajes más hotel. Bueno tú sabes más y me aconsejarás bien.

—Necesitarás una página web para empezar, los permisos, licencias y cómo quieres que sea y además darte de alta, seguros. Y necesitas a mi informático, es el mejor. Y qué quieres vender.

—¿Qué me aconsejas?

—En principio viajes y viajes con hotel. Si te va bien, puedes ampliar a paquetes vacacionales tours...

—Eso es lo que tenía él. No espero ganancias excesivas, sino una empresita que dé algo de dinero en el cual Set sea feliz. Hizo Turismo y le encanta. Claro que lleva años sin tocar el tema.

—Por eso, el mercado ha cambiado en estos años y como tú dices ahora todo es on line. Empieza por viajes. Lo que ganes, aunque sea poco estará bien. Si dentro de un año tienes ganancias y clientes suficientes, puedes ampliar.

—Quiero que me la hagas, que te ocupes de todo lo necesario para dejarla puesta para empezar.

—¿A tu nombre?

—No a nombre de Set, es un regalo.

—Dame tu email y te paso la lista de lo que necesito. Todos sus datos, su número de cuenta. Te mando la lista, y me pasas por fax todo. ¿Quieres la página web y la publicidad en la red?

—Claro. Todo completo al máximo. Bonita y llamativa, novedosa. La mejor quiero que sea. No me importa lo que cueste. Ya lo amortizaremos.

—Está bien, como son solo viajes y hoteles, será sencilla en principio. Tú mándame todo cuanto te pida. Yo te mando en un par de semanas la página y cambiamos lo que no te guste.

—Perfecto. ¿Cuánto me costará todo con la publicidad y demás?

—Contando con la página y los permisos, aproximadamente unos veinticinco mil dólares. No te lo puedo decir exacto hasta no tener la factura, por si veo algo novedoso.

—Te paso veinte mil y si es más de veinticinco, te termino de pagar todo al final cuando venga a por todos los documentos que necesite. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

—Hazme un buen trabajo y si no te importa hazme una lista de materiales que necesito. Si necesito algún papel especial.

—Ninguno, solo un despacho, el logo y demás te saldrán en la impresora. Te lo registraré y te pondré un nombre que no haya y sea bonito y atrayente. Si quieres comprar sobres carpetas y demás... eso sí. Un buen despacho.

—Bueno, entonces, te dejo, me avisas y vengo a por todo.

—Estupendo. En eso quedamos.

—Te lo meteré todo en un pendrive. ¿Vale?

—Tú pide...

—Y Ted se reía.

—Quiero que sea especial Ted.

—Lo sé. Lo haré para ti porque eres tú.

—Gracias, por eso te quiero tanto. Bueno, te dejo. ¿Me llamas vale?

—En un par de semanas te llamaré con todo. En cuanto tenga los permisos. Mándame por fax todo lo de la lista. Te la voy a enviar ya.

—Gracias nos vemos, cualquier cosa me avisas.

—Adiós guapa y gracias por todo.

—Me preparas la factura cuando venga, por si me falta y te termino de pagar.

—Estupendo. Hasta pronto Mía.

Y salió contenta de allí. Cuando volviera compraría, todo lo necesario, para un despacho aparte, y otra mesa entre las dos de ellos. Tendría dos trabajos y ella también. En el pueblo compraría un despacho nuevo entero, así tendría Set su empresa, más pequeña que irían agrandando con el tiempo y ella le ayudaría. Quería que fuese feliz. Y se ayudarían mutuamente. Podrían llevarlo.

Al salir de la asesoría comió en una cafetería, tomó un café y se fue a descansar un rato al hotel y llamó a Set para ver cómo iban las cosas y le dijo que iría al día siguiente porque le quedaban un par de cosas que hacer.

Se echó una horita y cuando se despertó, se pasó por el salón de belleza y se revisó desde las uñas de los pies hasta el pelo.

Y cuando salió dos horas después, eran las cinco de la tarde, se tomó un café y un trozo de tarta en la cafetería del centro comercial y se fue de compras, como siempre cargada de todo, ropa, aseo y juguetes para todos.

Ese día se había gastado cerca de treinta mil dólares, bien gastados y aún le quedaba.

Se dio una ducha y pidió algo en el hotel y el sábado por la mañana, después de cargar el maletero de su monovolumen y desayunar emprendió de nuevo el camino a casa.

Paró en el pueblo y compró muebles nuevos para el despacho. Esos estaban ya obsoletos. Y los quería todos iguales, sillas nuevas y demás.

Tenían ya más de trece años. Así que compró estanterías nuevas, tres mesas y tres sillas, reposapiés y papeleras. Los niños ya estaban en la otra sala aparte para hacer los deberes juntos y el despacho era enorme.

Pagó y cuando llegó a casa, le dijo a Set, que había que sacar todos los papeles del despacho.

—¿Pero mujer qué has hecho?

—He comprado muebles nuevos para el despacho, estoy harta de ver estos. Se van a llevar los viejos, así que ayúdame y desconecta todo y voy sacando al salón las carpetas y demás.

—¡Qué loca! —No hay quien pueda contigo. Este año te estás pasando en comprar.

—Ya amortizaremos. No voy a comprar reses, será inversión en mobiliario. Venga date prisa que van a traer los nuevos. ¿Han comido los niños?

—Y están echando la siesta, pero dame un beso antes, nena, que te he echado de menos.

Y lo besó.

—Luego tendremos más tiempo, ayúdame a sacar las cosas del coche también.

—¿Más ropa Mía?

—Sí, entre hoy y mañana colocamos todo.

—¡Qué trabajo me das!

—Deja los juguetes en la sala.

Y cuando acabaron de colocarles el despacho, hora y media más tarde, Set dijo:

—¿Y esa mesa y esas dos estanterías? ¿Para qué queremos tres mesas?

—Las quiero libres —de momento.

—¿Para qué?

—Ya lo sabrás, no corras tanto.

—Está bien, si no me lo quieres decir...

—No, es una sorpresa.

—¿Para los chicos?

—No, ya te lo diré. Impaciente.

—Está bien. Vamos a cenar ya. Estos están locos con los juguetes nuevos.

—¿Los baños y voy colocando lo que me dé tiempo de ropa?

—Vas a terminar muerta.

—Mañana colocamos la ropa entonces. Las dejo en el vestidor y me baño. ¿Te gusta cómo ha quedado el despacho?

—Precioso nena. Los muebles son perfectos y los sillones nuevos. —Y la abrazaba y subía a su sexo para que lo sintiera.

—Para loco, deja eso para después.

—Es que me has tenido una noche y casi dos días y estoy que exploto.

—Pues báñalos rápido, que cenen y se acuesten.

—Vale.

Al final mientras Set, los bañaba, a ella le dio tiempo de colocar la ropa. Set pensaba que era una todoterreno. No paraba.

—Cielo, estoy muerta ya hoy, le dijo cuando los niños estaban durmiendo, y se habían bañado y descansaban un rato viendo la tele.

—¿Entonces no hay nada de nada?

—Yo no he dicho eso —dijo ella que lo deseaba como siempre.

—Ya me extrañaba. Yo también estoy cansado solo de verte trastear.
—Y querrán que mañana los lleve en sus ponis un rato.
—Los llevaremos, así te despejas.
—Está bien cielo.
—¿Has sido buena?
—Muy buena. Con todo lo que he comprado no me ha dado tiempo de ligar siquiera.
—¡Qué mala eres! Ven que voy a comprobar eso.
—¡Qué tonto!
—Ummm —y le subió el camisoncillo que llevaba y metió su barba que a ella le encantaba entre sus muros cálidos.
—¡Oh pequeño!
—Sé que te gusta.
—Me gusta todo lo que me haces mi amor.
Y tuvo un orgasmo que la dejó cansada y agotada.
Pero Set, no la dejaría así, entró en su cuerpo, despacio, avanzando como un cóndor, reclamándole lo que era suyo. Y ella temblaba como un pájaro herido en sus manos.
—¡Oh Dios, te amo tanto, mi vida!...
—Nena, ahora sé por qué te quiero tanto.
—¿Por qué?
—Porque eres perfecta, la madre perfecta, la mujer perfecta, la trabajadora perfecta.
—Loco para.
—Tus pezones perfectos —y los lamía.
—Para, que estoy muerta.
—Apago las luces y nos vamos arriba.
—Mi hombre perfecto. —Y él sonreía satisfecho.

Nunca pensó ser tan feliz en ese rancho, con ella y sus hijos. Él que era un urbanita, se había convertido en todo un hombre de campo, bueno relativamente, porque, aunque le gustaba recorrer el rancho, su trabajo era el despacho la mayoría de las veces. Y estar con ella, no era un problema, ni trabajar con ella. Trabajaban bien juntos.

CAPÍTULO SIETE

—¿Otra vez tienes que ir a Helena, cielo? Fuiste hace dos semanas. ¿Tengo que temer algo?

—No tienes nada que temer. He quedado con el asesor, llama si quieres y lo compruebas. Tenía que hacerme un trabajo para el rancho y tengo que ir a pagarle y recogerlo.

—¿Pero qué va a hacerme?

—El amor.

—¡Joder Mía! No digas eso ni en broma.

—Está casado, tiene una mujer guapa y dos hijos como nosotros tonto. Quedó en hacerme un trabajo para el rancho y he de ir a por él. Ya lo verás.

—Está bien, ¿pero vienes o te quedas a dormir?

—Vengo a dormir a casa, aunque llegaré tarde.

—Ten cuidado cielo.

—Lo tendré.

Y al día siguiente viernes, dos semanas después de que le encargara la empresa para Set, Ted la había llamado porque ya lo tenía todo listo.

Así fue a recoger todos los permisos, los pendrives, y toda la documentación a nombre de Set, con el número de cuenta que ella le había dado de Set, para los ingresos y le explicó cómo iba la página Web por encima.

—Pero tu marido seguro que ya sabe de esto, cielo. Le he metido publicidad en páginas de internet, de este estado y de los estados contiguos, para empezar. Si quiere meter en otras empresas, ya sabe hacerlo, ha trabajado en ello y eso no ha variado. La publicidad la he metido en las mejores páginas. Así que algo varía todo de precio.

—No te preocupes.

—Esta es la factura y ahí llevas la carpeta con todos los permisos y licencias para empezar a trabajar desde ya. Y los documentos que te pedí en ésta.

—Gracias, Eres el mejor. ¿Qué te debo?

—Dos mil ochocientos dólares más del precio acordado.

—Está bien.

Le pagó y le dio las gracias por todo. Había hecho un buen trabajo, lo sabía, aunque ella no supiera de ello demasiado. Pero ya sabría.

—Me encanta la página y a él le va a encantar ya verás. Ya te lo diré.

Se levantó y se abrazaron.

—Si necesitas algo o cualquier cosa que me llame ya él, como era un regalo...

—No lo dudes, tengo tu tarjeta.

—Toma otra para él, por si necesita ampliar algo.

—Gracias Ted, te quiero.

—Y yo a ti guapa. Suerte en vuestra empresa nueva.

Una vez que salió, fue comprar un par de móviles nuevos, tres, uno que lo dejara para la empresa por si lo necesitaba, y dos nuevos para ellos. Tres portátiles nuevos de última generación de los mejores, ya quería cambiarlos, dos impresoras y dos fax.

Luego en la papelería, una cantidad ingente de materiales de oficina tanto para el rancho como para la oficina de Set, aunque este debía seguir ayudándole en el rancho y enseñarle el tema

turístico a ella. Tenían horas al día para todo.

Compró también cuentos y útiles para colorear para los pequeños.

Comió y se fue a casa, y cuando llegó era casi la hora de la cena. Estaba radiante. Sabía que Set, se iba a emocionar.

Él nunca le propuso montar una empresa así, quedó escaldado de la anterior, pero esta sería diferente. Ya no había ninguna en el pueblo y trabajaría por internet, nada más, sin sitio físico y eso era un ahorro.

Quería que se sintiera útil y en lo que amaba y aunque era eficiente en el rancho, sabía que trabajar unas horas en lo que había estudiado, lo haría feliz del todo. Y Mía quería verlo feliz.

—¡Hola preciosa!, ¿ya has terminado?

—Sí, pero voy a dejar en el coche todo. Mañana que los niños van con Gina al parque con Bill a pasar el día, sacamos todo.

—¡Cuántos secretos!...

—Ya verás mi amor. Te haré un hombre feliz.

—Ya lo soy.

—Más.

—¿Más?

—Sí.

—¿Que vas a hacerme?

—Tonto, hoy nada, tengo la regla. Habrá que esperar unos días.

—¡Maldita vida!

—Solo besos y abrazos.

—Me conformo. Vamos a cenar la tropa está bañada y cenada, pero están viendo una peli en la sala.

—Vamos a cenar, tengo hambre, me baño después.

Por más que le preguntó esa noche sobre su secreto, ella no quiso decirle lo que se traía entre manos.

El sábado, cuando se quedaron solos después de desayunar. Ella le dijo que la acompañara al garaje a sacar las cosas

—¡Pero mujer! ¿Qué has comprado?

—Un montón de cosas.

—Ya verás, este año, tendremos pérdidas.

—Ni hablar, solo gastaremos parte de ellas y no tanto.

—¿Tres portátiles, y tres teléfonos?

—Sí, coloca uno en cada mesa, son dos iguales, menos uno y en la mesa nueva el fax y la impresora, las otras iguales que antes.

—Tendremos que pasar un montón de datos loca.

—Para eso he traído pendrives. Esta semana pasamos los datos en un día.

Cuando colocaron todos los materiales, ella le pasó la carpeta con un pendrive.

—Siéntate en aquella mesa —le dijo.

—¿Y eso?

—Siéntate y abre la carpeta y el pc. Mete el pendrive.

Y Set lo hizo. Y mientras abrió las carpetas.

—¿Estás loca Mía?

—Sí, por ti.

—Pero esto es...

—Esa es tu pequeña empresa de turismo, y mía también. Tendrás que enseñarme. Podemos llevar ambas cosas. De momento solo tiene viajes y hoteles.

—Loca, loca, loca...

—Pero la llevaremos entre los dos, ¿me enseñarás?

—Claro, ¿pero cómo se te ha ocurrido?

—Quiero que seas feliz y ampliar horizontes. Podemos hacerlo. Tiene una página Web y aquí te puedes leer todos los datos, tu impresora, fax y tu móvil de empresa.

El otro es para el rancho y en esos dos armarios vacíos, nuevos meteremos los documentos de la nueva empresa. El lunes ya tienes que empezar a vender viajes. De momento avión, trenes y hoteles y autobuses de larga distancia. Si nos va bien, el año que viene metemos algunos paquetes vacacionales o ampliamos a otros estados más lejanos, como tú lo veas.

—Loca —Y Set se echó a llorar.

—Pero mi niño, es lo que te gusta, lo que amas y no dejarás de ayudarme en el rancho. Es una pequeña empresa y yo te ayudaré. Ahora no perderemos nada. Trabajarás desde casa.

—Eres una loca a la que amo sin remedio. ¡Me encanta la página!

—Mira y te ha metido esta publicidad, pero me dijo que tú ya sabías más.

—Gracias mi amor, gracias, si no tuvieras la regla te ibas a enterar.

—Pero no llores ¿vale? He dado tu cuenta, para que metas ahí tus ganancias.

—Pero te has gastado dinero, Mía. Estoy cansado de esta situación económica.

—Es un regalo.

—No puedo aceptar eso, te lo pagaré. Tengo mi nómina.

—Lo quiero en carne.

—En carne te daré yo.

—He pensado que para que no te sientas mal, meter una cuenta con los sueldos juntos, para el colegio y la ropa y juegos para los niños.

—Meteré todo lo que tengo y dejaré la mía para la empresa. Así sabremos lo que se gana.

—Vale, yo meteré lo mío también, bueno mejor, lo dejaré en esa cuenta y tú metes el dinero, la ponemos a nombre de los dos y te saco una tarjeta. Y las empresas aparte. ¿Te parece bien? Así no sufres.

—Tú tienes más, Mía.

—No importa, Set, ya vale. Tenemos dinero.

—Está bien gordy no te enfades.

—No me llames gordy.

—Guapa, preciosa.

—¿Estamos de acuerdo?

—Estamos.

—Así sabrás cuánto ganas en tu empresa. Y de lo nuestro, el lunes vamos al pueblo, desayunamos y vamos al banco.

—Vale. Vamos a tener más cuentas...

—Mejor. Para nosotros.

—Te quiero, pequeña.

—Yo también.

—Gracias por todo mi amor. Esta vez será diferente.

—Desde luego, no te dejaré hipotecar nada de nada.

- Mientras no me dejes...
- Y tienes que enseñarme.
- Le dedicaremos unas horas. Podemos con todo.
- Sí. Con todo.

Set, estaba más ilusionado que nunca. Lo primero era el rancho, sus hijos y por la noche, o los días que tenían menos trabajo, le dedicaba unas horas a la nueva empresa una vez que se puso al día.

Le enseñó a ella el funcionamiento y Set, le decía que ella tenía buena mano para los negocios porque la empresa avanzaba muy bien. En los ratos libres, buscó publicidad y como Set decía, eso era como montar en bici, y a final de año, tenía buenos beneficios, no tanto como el rancho, ni de lejos, pero Set, estaba tan animado y feliz como no lo había visto nunca.

Ese invierno cambió las camionetas como tenía pensado y aun después de cambiar los despachos, los coches y las camionetas y la empresa nueva, tuvieron más de trescientos mil dólares de beneficio neto.

La empresa se hacía un hueco en el pequeño mercado y ella le hizo un encargo una noche un año después.

- ¿Quieres un viaje?
- Sí, lo merezco, bueno, quiero dos viajes. Hace tiempo que no voy a ningún lado y los niños también.
- ¿Dos viajes?
- Sí, uno para los cuatro y otro para dos. Pocas veces nos cogemos vacaciones y este año tomaremos un mes en cuanto los chicos salgan del colegio. Vamos a tirar la casa por la ventana.
- ¿De verdad?
- Sí señor.
- ¿Y la empresa?
- ¿No puedes desde el móvil llevarla un mes? Luego te pones al día con los documentos.
- Sí, eso sí.
- Pues Bill llevará ese mes el rancho, que nos deje las facturas, dejamos las nóminas preparadas y el ingreso siempre lo hacemos por móvil, luego le damos las nóminas. Y metemos las facturas y pagamos a la vuelta todo lo que se deba de ese mes.
- ¿Y qué viajes quiere la señora? —anotando en un folio.
- Quiero, un viaje de siete días a Orlando, a Disney y cinco a Florida.
- ¿En serio?
- Sí, al parque Disney para mis hijos, una semana, hotel de cinco estrellas dentro del parque, ellos van a elegir y llamaron a los chicos y eligieron hotel y habitación. Una suite de coches. Con desayuno y cena.
- Creo que te has pasado.
- Nada, nada y, los otros cinco días, en Florida, hotel de cinco estrellas a pie de playa, con suite de lujo también y todo incluido.
- Pero nena...
- Venga, venga, —le decía —me va sacando eso. Con todas las comidas. En la playa no pienso moverme, solo un día a ver los Cayos. Tendré que descansar del parque.
- Está bien, espera que te diga el precio...
- No me importa lo que cueste. Cárgalo a la cuenta. A partir del uno de Julio nos vamos todos.

Y al rato...

—¿Algo más la señora?

—Sí, Cati se va a quedar quince días con los pequeños a dormir y todo en casa. Le pagaremos dos mil dólares extra, más el dinero de la comida que le dejaré a Gina ese mes para el rancho, pero ese es el mismo. No lo metas.

—Y ese viaje de quince días con su marido, ¿dónde va a ir?

—Diez días a España, y tres en Nueva York. El resto lo pasamos viajando. Reserve ida para Sevilla el dieciséis y vuelta el veintisiete. A Nueva York. Nos quedaremos en la gran manzana los días que queramos. Ya reservaremos más adelante Sevilla desde Nueva York y el resto ya lo vemos desde España.

—¿Estás bien?

—Pues claro, encima de que lo encargo a tu empresa todo... El resto también.

—¿Solo eso?, sin contar lo que nos vamos a gastar en España, son miles de dólares.

—Perfecto, lo quiero.

—¿En serio nena?

—Sí, tenemos de nuestra cuenta. Arregla eso y el viaje a Sevilla. Ya cuando vengamos con los niños vemos hoteles. Tengo planes. Un coche alquilado y quedarnos en hoteles que queramos.

—¿Mes?

—Julio. Claro.

—Bueno, tú verás. Yo saco lo que me has pedido.

—Venga, gasta hombre un poco, tacaño, y reactiva la economía. Voy a traerme ropa sexy de Nueva York y de España.

—¡Serás capaz!

—Seré.

—Lo que digo, estás loca.

—Vas a comer tapas guapo y eso no tiene precio. Y va a ver mi país.

—Eso sí.

—Me da igual si gastamos. Tenemos de tope doscientos mil dólares.

Y Set empezó a toser.

—Vamos, vamos, hay cincuenta millones. Bebe un poco de agua marido.

—¡Es verdad! Te mereces lo que pidas, por trabajadora.

—Este será un viaje en mucho tiempo y no pienso escatimar en gastos ni en lo que quiera, así me gaste un millón de dólares.

—Bien, te lo preparo.

—Buen trabajo, muchacho.

—¡Qué tonta eres!

Y Mía se sentó en sus piernas besándolo.

—Lo vamos a pasar de maravilla, ya verás. Los cuatro juntos y los dos solitos, sin nadie que nos moleste y poder tocarte como ahora.

—Nena, deja que si no, no saco esto.

—¡Sácalo!

—Malvada...

—Ummm, tendré que esperar a que estos monigotes se acuesten.

—Hay que ver cómo los llamas.

—Los quiero, fijate dónde los vamos a llevar.

—Por eso te quieren más que a mí, porque tú siempre haces planes.

—Eso no es verdad. Su padre es su ídolo.

¿Tú crees?

—Estoy segura. Soy la que menos pinto, porque hasta yo te quiero. — Y lo besó en los labios. Mientras haces eso, voy a ver qué hacen, que no me fio. ¿Tienes el pasaporte en regla?

—Sí, pero tenemos que mirarlos.

—Vale.

Y cuando les dieron las vacaciones a los pequeños, estos estaban mirando planos del parque como locos y preparando su maleta una semana antes de irse.

—Una maleta cada uno. Solo mamá puede traer alguna más.

—Grande.

—Vale, coged la grande.

El tiempo de vacaciones con los pequeños, fue fabuloso, no paraban de montarse en el parque y ellos terminaron muertos.

La energía que tenían esos niños, no tenía parangón. Pero eran felices viendo cómo se lo pasaban a diario. No les quedó rincón por ver de ese gran parque. Comieron al mediodía donde querían y sus padres le compraron lo que pidieron, sin pasarse.

Los días en la playa, fueron de descanso total, aun así, los niños, no paraban de bañarse y jugar en la arena, salvo una mañana que fueron a los Cayos.

El hotel era una pasada y solo tuvieron playa y descanso, que necesitaban ahorrar fuerzas para ir de nuevo a ver sitios.

Cuando llegaron a casa, Cati, se ocupó de sus maletas y coladas y Gina de la de ellos. Y volvieron a hacer las maletas. Planes y reservas en hoteles. Llevaban un itinerario y alquilarían un coche en el aeropuerto de Sevilla.

Y al cabo de dos días salieron de nuevo hacia Helena. Se llevaron el monovolumen y lo dejaron en el parking del aeropuerto.

Y pusieron rumbo a Nueva York y a Sevilla.

—Este es nuestro viaje de novios mi amor —le decía ella.

—No hemos tenido, es verdad. Trabajamos demasiado y lo merecemos como bien dices tú, pequeña.

—A quien se le cuente que tenemos una pequeña oficina de viajes y viajamos poco...

En esos días como ella quería, reservaban hoteles de cinco estrellas, en Sevilla, Cádiz, donde ella se emocionó y fue a ver la tumba de su madre y de su padre, y le puso flores nuevas.

Iban de tapas a todos lados, porque a Set, le encantaba la comida y el jamón. Visitaron todas las provincias andaluzas, vieron lo característico de cada una y comieron lo típico de esa provincia o pueblo precioso que recorrían.

Se bañaron en las playas y hacían el amor en las siestas porque con el calor no se podía salir a la calle y tenían aire acondicionado en las habitaciones y aprovechaban para recorrer sus cuerpos, y por las noches salían a cenar y a pasear, tomar una copa, bailar. Al teatro fueron en Sevilla una noche.

—Pequeña, no sé cómo te fuiste a Estados Unidos. Esto es precioso —le dijo Set, el último día desde la terraza del hotel de Sevilla.

—A veces lo echo de menos, pero mi rancho también es maravilloso y me gusta la nieve en invierno.

—Es nuestra última noche, ¿salimos a cenar?

—Primero damos una vuelta en el barco del río como los guiris y luego al barrio de Santa Cruz, está cerca del hotel. Y lo he reservado para esta última noche. Te encantará cariño.

—Como quieras cielo. Me ha encantado todo, la verdad.

Fue maravillosamente romántico y mientras tomaban café bajo los naranjos y adoquines del barrio de Santa Cruz, reservaron hotel en Manhattan y llamaron a los chicos y a Bill y Gina. Les habían comprado una camiseta de España a todos.

—¿Cuántas noches en el hotel pequeña?

—Tres, creo que con eso tenemos.

—¿Con comida?

—Solo desayuno, así podemos ver cosas. ¿Te parece bien?

—Como la señora desee.

—La señora en cuanto llegue al hotel se va a comer al señor que está muy bueno.

—¡Menudo miedo!

—¡Qué payaso eres!, ya me dirás luego: para loca qué me haces —E imitaba sus gemidos.

—Tontilla. Mira que te amo.

En la gran manzana estuvieron tres días maravillosos.

—Deja ya de comprar nena, que vamos a tener que poner ropa en los otros vestidores.

—Cambiamos lo de invierno y verano y damos al albergue lo que no necesitamos.

—Tienes salidas para todo.

—Y entrada para ti solo.

—Mira que eres mujer. Eres una cachondilla.

—¡Qué pena! El año que viene venimos de nuevo.

—Pero no tantos días ni con estos gastos.

—Haz la cuenta y verás.

Y en el avión a Montana, ella se puso a hacer cuentas.

—Con ropa y maletas y viajes y comida, ciento veinte mil dólares casi. Nos queda la gasolina a casa y parar a comer. Es estupendo mi amor. Hemos ahorrado.

—No cielo, hemos gastado.

—Ves las cosas al revés

—¿Y tú chiquita cómo las ves?

—Calientes, calientes.

—Cómo no...

—Quéjate y verás. No me dejas ni que me divierta, aburrido. No tengo la culpa de desearte tanto.

—Jamás me quejaría de cómo me deseas.

Y ella lo besó.

—Ha sido perfecto cielo. Son recuerdos que tendremos siempre.

—Eso es cierto. Tendremos que descargar los móviles de tantas fotos.

—¿Cómo han ido las ventas este mes?

—Tendré que hacer las cuentas y siento haberle dedicado un poco de tiempo.

—No seas tonto, nos lo llevamos para eso. Este mes es un mes de vacaciones y se vende.

—Ha sido perfecto. No lo que nos hemos gastado, pero al menos neto, como un tercio.

—¿En serio?

—Sí, pequeña.

—¡Qué bien!

El mes de agosto, los niños descansaron en el rancho y Bill y Gina, tuvieron un mes de vacaciones. Cati también.

Así que como los pequeños no tenían clase, tuvieron más trabajo que nunca. Mía se levantaba temprano y Set también. Por la mañana ella, se encargaba del rancho y de las compras. Y Set, del despacho y de los niños. Y ambos hacían la cena. A veces ella se llevaba al pueblo a los pequeños a por la comida, y desayunaban con ella.

Los domingos, uno de los dos, generalmente Mía los llevaba al campo de paseo con los ponis y se llevaban también al de Billy para que pasara también.

Era una gran carga de trabajo, pero lo superaron. Set, tenía mucha venta en su pequeña oficina, y además, tenía que llevar el rancho, las facturas que ella le pasaba, las compras, las nóminas. Mía no pudo sentarse ese mes en el despacho y por las noches terminaban rendidos.

—Y para colmo, están pariendo —le decía Mía por las noches.

—Vamos cielo, solo es un mes y los niños se portan bien. Los llevo un rato a la piscina, y nosotros nos bañamos por la noche y al mediodía un rato con ellos.

—Sí, pero estoy cansada.

—¿Estás viejita?

—¡Tonto ven aquí! —y se tiraba encima de Set, que se reía cuando la retaba.

—¡Qué mujer más loca!, menos mal que eres pequeña, o ya no viviría.

—Me gusta sentir tu cuerpo grande y tu calor y eso que va subiendo —Besándolo.

—Como no se va a subir si todos los días si duermes desnuda...

—¡Me encanta!

—Y a mí también —Y entraba en ella sin permiso.

—¡Oh, madre mía, nene!

CAPÍTULO OCHO

Por fin llegó septiembre y todo volvió a la normalidad, los niños al colegio y ellos descansaron más.

Estaban en el despacho cuando Set le dijo:

—Voy a ir a Helena, cielo.

—¿Y eso?

—Me ha llamado Devin después de tanto tiempo, ¿te lo crees?

—¿En serio y cómo está?

—Tiene dos niños como nosotros.

—¡Cuánto me alegro! ¿Has quedado con él para comer o algo?

—Voy a aprovechar a pasar por la asesoría, preguntar si hay novedades en cuestión de compras de paquetes, por si podemos ampliar...

¿Crees que es necesario?

—Si no tengo que salir fuera, podemos llevar algunas más cosas, por eso quiero preguntarlo y el precio y demás. Las novedades, aunque leo por internet, pero quiero que me lo asesore y si necesito alguna licencia para llevar algo y si no es muy caro, ni lleva trabajo... Tú das el visto bueno, nena. Y voy a comer con Devin.

—¿Te quedarás a dormir?

—No es necesario, salgo temprano y me vengo cuando tomemos el café. Llegaré tarde, eso sí. Como nos liemos a charlar... Pero prefiero venirme a casa.

—Te vendrá bien salir. Casi nunca quieres salir fuera, salvo cuando vamos a vender animales. A partir de ahora vendrás siempre conmigo. Has venido pocas veces, pero iremos, nos despejamos, comemos por ahí y alguna noche nos quedaremos. Los niños van creciendo ya.

—Te quiero nena.

—Si tú ves bien lo del tema turístico Set, toma tú la decisión, Ya es hora y nos va bastante bien, siempre que no tengas que viajar, o al menos no mucho. No quiero sufrir, ya sabes.

—Lo sé nena, —se levantó de su silla y se fue a la de ella y la besó.

—¿Vienes conmigo?

—No puedo ahora, pero el mes que viene tengo que ir al banco y vamos los dos. ¿Cuándo vas a ir tú?

—Este viernes. Pasado mañana. Llamare a la asesoría antes. El viernes es el día que Devin no trabaja por la tarde.

—Deberías haber hecho Derecho.

—Tú lo hiciste y trabajas hasta algunos sábados por la mañana, cielo.

—Es verdad cariño. No nos queda más remedio.

Cuando llegó el viernes, Set, con su maletín, con sus documentos y su pc y uno de los tres trajes que ella se empeñó que se comprara en España en vacaciones, se despidió de ella.

—¡Que guapo estás!, ten cuidado hueles demasiado bien. ¿Quieres llevarte el monovolumen mejor?

—No estaría mal, lo prefiero al todo terreno.

—Toma la llave. Y ven pronto mi amor. ¿Llevas todo lo que quieres preguntar a Ted?

—Sí, llevo la lista, lo llevo todo.

Y lo abrazó y besó y se despidió de él.

Primero estuvo en la asesoría y Ted le hizo un par de licencias para hacer cruceros, y paquetes vacacionales. El informático, se lo metió en la página, le pagó a Ted y éste, le dio saludos para Mía.

Llevaba más carga de trabajo, pero podía hacerlo sin ir a ningún lado. Habían metido más publicidad en otras páginas importantes y le había pagado. Casi siete mil dólares, pero merecía la pena, porque le hizo cambios a la página y se la renovó y actualizó. Y Set quedó satisfecho.

Cuando salió de la asesoría, Set llamó a Devin y quedaron en media hora en uno de los restaurantes a los que solían ir cuando trabajaban juntos y que aún permanecía en pie a pesar de los años.

Set, llegó antes. El coche lo había dejado en uno de los centros comerciales cercanos, para no tener que aparcar.

Total, todo estaba relativamente cerca. Pasó por dónde tuvo la empresa y el apartamento que perdió y le dio algo de pena, pero ahora era muy feliz con su vida. No volvería atrás por nada del mundo.

El rancho era perfecto para vivir, tenían dinero, hacía lo que querían y desde que ella le regaló su empresa de turismo, tenía un marco incomparable donde trabajar. Coger su caballo y despejarse por la tierra, o bajar con ella al arroyo, ver los animales de lejos. Sus hijos que lo adoraban y él la amaba tanto...

Si alguna vez tuviese que viajar, lo haría, pero intentaría que Mía fuese con él. No había otra mujer para él.

Cuando se vio con Devin en el restaurante, se abrazaron.

—Estás igual que siempre, no envejeces, tío, o mejor. Se ve que el rancho te sienta bien. O es una chiquita morena y guapa.

—Creo que es lo segundo —Y se rieron. —Pues tú no has cambiado tanto. Anda, sentémonos que tenemos mucho que hablar.

Charlaron de sus vidas y familias, de sus hijos, se enseñaron fotos por el móvil. Set los invitó a Devin y a su familia un fin de semana al rancho, que los chicos estarían encantados con los ponis y los animales. Y Devin aceptó.

Y le contó lo de su empresa.

—¿En serio te puso una empresa de turismo después de todo?

—En serio y he venido a ampliar paquetes y cruceros. Ella casi lo lleva mejor que yo. Es una empresaria nata. El rancho, lo lleva a rajatabla. Pagando todo la contado. Tenemos un despacho enorme y llevamos entre los dos, todo.

—¡Qué bien te trató después de lo que le hiciste!

—Sí, es cierto, me dejó en la casa cuando le pedí trabajo y me puso un puesto de ayudante cuando ella podía llevarlo todo, pero lo mejor de todo es que me dejó entrar de nuevo en su vida unos meses después y me perdonó. No decirme lo de mi hijo, me hizo daño.

—Pero Mía tenía razón Set, tú no querías familia, ni hijos.

—Siempre la tiene.

—Tienes una mujer hermosa y con carácter.

—En todos los ámbitos.

—¡Ah cabrón que suerte tienes!

—Sí que la tengo. Es cariñosa, amorosa y muy sensual y sexual. ¿Cómo pude ser tan imbécil y perder esos años?

—Bueno, los has recuperado con creces. Ahora te veo muy feliz.

—Y lo soy. Es perfecta para mí. Fuimos este año a España de vacaciones los dos solos. Primero llevamos a los pequeños a Disney y luego nosotros.

—¿En serio?

—Sí, en el sur, de dónde ella es. Se empeñó en gastarse una pasta este año.

—Merece lo que se proponga. Míjala hombre.

—Y la tuya, ¿Cómo es?

—Es alta, guapa. Tenemos nuestros más y nuestros menos, pero la quiero mucho. Es terca a veces, pero la amo.

—¿A qué se dedica?

—Es enfermera, trabaja en una clínica privada al sur, es dura y no me pasa una.

—Con lo buen chico que eres...

—Hemos crecido ya, Set.

—Sí, pero hemos tenido suerte.

—¡Joder, joder!, no mires, Set.

—¿Qué pasa?

—¡No me lo puedo creer! —decía mientras tomaban el segundo plato.

—Acaba de entrar Marta, la reconocería a la legua. Está igual que siempre.

—¡Joder! no tendré esa mala suerte hoy precisamente...

—Pues viene hacia aquí, me ha visto y a ti también.

Y Marta se paró delante de ellos en la mesa. Se levantaron y la saludaron.

¡Cuánto tiempo, chicos!, estáis igual —pero miraba a Set.

—Tú también sigues igual de guapa —dijo Devin. Por el contrario, Set, no dijo nada.

—¿Qué ha sido de vuestra vida estos años?

—Pues casados ambos y con dos hijos. Felices como ves —Siguió diciendo Devin.

—¡Qué suerte!

—¿Te casaste con ella de nuevo, Set, o es otra?

—Con ella. Es la mujer de mi vida.

—Vaya qué suerte. Casarse dos veces con la misma.

—¿Y tú, qué? —le preguntó Devin.

—Me casé y me divorcié —mirando a Set. Que desviaba la mirada —Tengo un chico de ocho años.

—Me alegro por ti.

—Bueno, os dejo que he quedado a comer con una amiga. Me he alegrado de veros.

—Lo mismo digo, —los besó de nuevo y cuando besó en la cara a Set, se demoró más de la cuenta. Y Devin se dio cuenta.

—¡Menuda está hecha! No te ha olvidado —dijo Devin.

—Pues que se olvide del todo. Como se entere Mía...No quiero problemas por segunda vez. No me lo perdonaría. Y yo, no le daría motivos para ello.

—Hombre, no puedes evitar encontrarla, mientras no tengas contacto con ella... Y si no vienes poco a Helena, eso te ahorras. Y no le contestes si acaso te llama. Ten cuidado. No me fiaría de esa mujer un pelo después de cómo te ha mirado. Si te llama e insiste, se lo cuentas a Mía. Puedes contar conmigo, si lo necesitas.

—Gracias amigo. ¡Joder, qué mala suerte!

—Bueno, venga nos olvidamos. Vamos a pedir postre y tomamos café en otro lado. Te voy a llevar a una cafetería nueva cerca de mi trabajo.

—Está bien, luego me voy al rancho. No quiero llegar muy tarde.

- ¿Has aparcado cerca? —le preguntó Devin.
—En el centro comercial que había junto a la empresa.
—Bueno, te dejo luego allí. Yo tengo aparcado en la otra calle el coche
—Vale. Estupendo.

Y eso hicieron. Pero tuvo que soportar que mientras terminaban de comer, Marta, aprovechó para ponerse frente a él y no dejar de mirarlo y Set, se sentía incómodo y quiso irse lo antes posible a tomar café.

No quería saber nada de mujeres, de ninguna salvo la suya.

Cuando terminaron el café y Devin lo dejó en el centro comercial, bajó al parking y tomó su coche, y salió de Helena con alegría por haber visto a Devin, su amigo.

Había sido fantástico verlo. Lo había invitado al rancho y seguro que irían un fin de semana. Los chicos lo pasarían bien y ellos también.

Por otro lado, estaba lo que había conseguido para la empresa por poco dinero que pagó con el dinero de la empresa. Aunque llevaba una lista con precios por si querían meter publicidad en más páginas, pero eso lo hablarían entre los dos, porque eran unos cuantos miles de dólares que no sabían si iban amortizar. Si merecería la pena o no. Y quería que Mía también decidiera.

Sin embargo, llevaba un pellizco en el estómago con Marta. Haberla visto, no le daba buena espina. No se fiaba de ella y menos si estaba divorciada y cómo lo miró cuando terminaban de comer, como que estaba maquinando algo.

No sabía si decirle a Mía que se la había encontrado o era mejor callar, si no pasaba nada y así no hacerle sufrir. Nada había pasado. Y optó por no decirle nada. ¿Para qué? Era mejor olvidar en encuentro.

Cuando llegó a casa, solo estaba ella esperándolo y la abrazó en cuánto entró.

—Hola mi amor. ¿Has cenado? —Le dijo Mía.

—No y tengo hambre.

—Yo tampoco he cenado. Te esperaba.

—Pero mujer, es tarde.

—Quería esperarte.

—Pues venga, ¿te has duchado cielo?

—Si.

—Pues me doy una ducha, y comemos y te cuento.

—Venga, voy a poner la mesa y caliento la comida.

—¿Qué tenemos?

—Estofado.

—Ummm ¡qué hambre! Ponme una cervecita fresca.

—¡Qué cara más dura tiene mi marido!

—Tengo otra cosa dura, pero la guardaré para el postre. —Y ella se reía mientras Set subía las escaleras.

—Luego dices que yo...

Bajó en pijama y comieron.

—Cuéntame venga, sé que estás deseando contármelo.

—Bueno, primero estuve en la asesoría. He comprado cruceros y paquetes vacacionales. Los que me ha aconsejado Ted. Siete mil, dólares nena, con publicidad incluida.

—No es mucho. Hemos ganado y hay que invertir y avanzar.

—Eres la leche, y yo asustado.
—¿Y qué más tontorrón?
—Traigo una lista con páginas de publicidad para insertar si queremos en páginas importantes, con los precios.
—¿Y cuánto te ha costado?
—Quería comentarlo contigo eso antes de tomar una decisión.
—¿Cuánto nos costará?
—Cinco mil dólares más.
—Lo haremos.
—¿Y si no los recuperamos?
—Nunca lo sabremos, pero es poco dinero y hay bastante en la cuenta. Se vende a diario.
—Entonces lo hacemos.
—Mañana mismo en cuanto nos levantemos, aunque sea sábado y así podemos vender el fin de semana,
—¿Y qué tal está Devin?
—Igual, se conserva bien, como siempre, no envejece.
—Ni tú tampoco, estás muy bueno —Y Set le sonreía.
—Tiene dos hijos, como nosotros y lo he invitado un fin de semana al rancho.
—Me gustaría tener visita. Has hecho bien, así podré hablar con su mujer, tengo ganas de conocerla. Los chicos lo pasarán bien. Llamaré a Billy y ya verás los cinco.
—¡Eres perfecta!
—Tendremos un fin de semana maravilloso, déjame prepararlo para la primavera, ahora hace frío. Haremos una barbacoa en el patio. Y abrimos la mesa plegable y verás qué bien.
—Sí, pero vamos a esperar a la primavera, cuando pasen las nieves.
—Como quieras. Estaremos en contacto con él.
Se quedaron un momento en silencio y ella lo conocía bien.
—Mi amor... —Le dijo ella
—¡Qué!
—Vamos suelta eso que te está preocupando.
—¿Cómo sabes?...
—Te conozco demasiado y te amo y sé cuándo algo te preocupa, así que me lo dices o lo tendré que averiguar por mi cuenta.
—Promete no enfadarte.
—¿Por qué iba a tener que enfadarme?
—Porque no quiero que sufras por lo que te voy a decir.
—Vamos si no lo sé, no podré hacer nada.
—Está bien te lo contaré, porque si no será peor. Dudé en decírtelo cuando venía de camino y opté por no decírtelo, pero creo que es mejor que lo sepas por si acaso.
—E ibas a sufrir tú solo.
—Cómo me conoces cielo.
—Y no quiero que tengamos preocupaciones ni secretos.
—Estábamos comiendo Devin y yo y apareció Marta por el restaurante. Pensé la mala suerte que había tenido.
—Esa Marta.
—Esa Marta.
—Sí que es mala suerte, ¿Y qué?

—La saludamos y está divorciada y tiene un chico de ocho años.

—A esa no la invito al rancho —Y set rio.

—Por supuesto que no. Pero se colocó en la mesa de forma que me miraba todo el tiempo y estuve incómodo.

—¿En serio?

—Sí, no quiero que si llama, te enfades conmigo.

—No me enfadaré si le contestas. La bloquearemos del teléfono —Y Set, la bloqueó delante de Mía.

—Esa es capaz de buscar hasta debajo de las piedras. No la conoces.

—Ni ella a mí tampoco.

—¿Estás enfadada, pequeña?

—Al contrario. Me gusta que me lo hayas contado. ¿Has sentido algo por ella cuando la has visto?

—¿Estás loca? Ni por un segundo. Estoy casado y soy fiel. Y tengo al amor de mi vida frente a mí.

Y ella lo miró adorándolo.

—¿En serio?

—Y tan en serio pequeña.

—Sabes que eres mi hombre y te quiero.

—Y yo más a ti. No sabría qué hacer sin ti ya. Estaba deseando llegar a casa contigo y con mis hijos Y estoy deseando poseerte esta noche.

—Ummm. ¿Sin café?

—Sin café.

—Pues quitemos la mesa y subamos.

Y esa noche casi no la dejó llegar a la cama.

—¡Ay Set! Te vas a hacer daño si me coges así contra la pared. Ya no eres tan joven.

—Si no pesas nada, nena.

Y la tumbó en la cama, se bajó los pantalones y le subió el camisón que llevaba y entró en ella de nuevo, respirando por sus muslos, cóncavo y duro hasta ser uno solo en su vientre. Ese en el que descansaba siempre y dejaba su semilla.

—Te quiero guapa —le dijo cuando descansaban abrazados. ¿Y los pequeños?

—Te han echado de menos esta tarde.

—¡Cómo crecen!

—Si son tan guapos como su padre, se te parecen los dos.

—Sí que se me parecen sí.

—Ya te vale. Yo hago el trabajo y son como tú.

—Pero Luke es más como tú, lanzado.

—Espera que Set, crezca más, solo tiene seis años. Los amo.

—¿Crees que querrán el rancho?

—No lo sé, pero si quieren ambas empresas, les podemos hacer unas casas para ellos grandes en el rancho.

—Ya estás haciendo planes y son pequeños, nena. Es una pasta.

—Para eso está el dinero, para la universidad, y casas para ellos. Tenemos dinero para nuestros hijos y ahí no escatimaremos en gastos.

—Estoy de acuerdo. ¿Y si no quieren el rancho?

—Pues una casa y un coche fuera, donde quieran irse a vivir.

—Eres una buena madre, ¿para eso querías ahorrar tanto?

—Sí. Pero también vivimos bien.

¿Nosotros nos quedaremos siempre en el rancho?

—Creo que sí, si estamos muy viejitos, ponemos el despacho en la sala, en un rincón, es enorme, para garabatear con el Alzheimer —y Set se reía.

—¿Qué cosas tienes!

—Y el despacho lo hacemos dormitorio con baño y un vestidor, para nosotros solos, nos basta.

—¿Y arriba?

—Para nuestros nietos e hijos cuando vengan, si no se quedan aquí. O si alguno quiere quedarse, le dejamos esta casa y nos hacemos nosotros una de una planta, solo con menos habitaciones, más pequeña y amplia para nuestros andadores.

—Mira que estás loca, mujer. Tengo que quererte o...

—¿Qué?

—Tengo que quererte y voy a hacerlo de nuevo.

—Eso me pone caliente aún.

—Claro tienes treinta y siete años casi, estás que te sales.

—Tonto ven aquí, que voy a trabajarte por lo bien que te has portado.

—¡Ay Mía, nena!, si bajas ahí, ya sabes cómo me pongo.

—Me gusta...

—Oh Dios!, con razón tenía ganas de llegar. Más despacio pequeña. Más despacio...

Al día siguiente, Set y ella fueron con los pequeños a Big Sky, cuando recogieron las camas y la casa, y desayunaron todos juntos.

Con ellos fueron al parque, dieron un paseo y tomaron una hamburguesa. Se compraron cuentos y lápices de colores en la papelería y algunos juegos de construcción y videojuegos.

—Nada de guerra, Luke cariño y ayuda a tu hermano a elegir otro que le guste.

—Sí mamá.

Y se fueron al rancho. Mientras los pequeños se metían en la sala y Luke jugaba con el videojuego, el pequeño se quedó dormido en el sofá de la sala.

—Luke ten cuidado con tu hermano si juegas, papá y yo estamos en el despacho.

Y mientras Set hacía café, ella abría los ordenadores. Y sonó un mensaje en el móvil de la empresa turística. Lo cogió y lo leyó:

—Hola Set, me encantó encontrarte ayer. Después de verte solo tengo que decirte que haría lo que tú quisieras si me lo pides. Aún no te he olvidado y podríamos irnos juntos a algún lado y dejar a tu mujer.

—¿Pero tendrá cara esta mujer!...

Y Mía le contestó:

Y recibió otro de Marta.

—Lo siento, no pasó nada, solo lo vi en un restaurante, lo siento.

—Sí, sé que te vio en un restaurante, me lo cuenta todo. Yo creo que no querrá contigo, pero ahora te llama. Ya llega con el café.

—¿Que escribes cariño hemos recibido algún pedido o qué?

—Es Marta. Quiere saber si me dejarías y te irías con ella.

—Anda tonta, es broma, si la he bloqueado...

Y le puso el teléfono delante con los mensajes.

—¿Cómo ha conseguido?... ¡Maldita mujer!

—Lámala.

—Pero nena...

—Lámala y pon el altavoz.

—¡Joder!

Y llamó

—¡Hola Marta! ¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

—Lo siento, creí que ayer...

—Pues te equivocaste, estoy casado, ya lo sabes, y te he bloqueado del teléfono, anoche mismo y lo haré con este. No nos molestes ¿vale? o tomaré otras medidas.

—Lo siento Set, no volverá a ocurrir.

—Espero que no, o tendré que denunciarte por acoso.

Y colgó, y Set la bloqueó.

—¿Cómo habrá encontrado el número?, maldita sea...

—Ven mi amor, se nos enfría el café.

—Lo siento Mía, todo esto es por mi culpa.

—Ven y siéntate y no te pongas nervioso.

Y ella se sentó encima de sus piernas.

—Ahora sí me voy a poner nervioso.

—Por qué —y Mía tocaba su pene por encima del pantalón.

—Nena, que Luke está despierto.

—Está jugando, y le bajó la cremallera.

—No serás capaz mujer.

—Llevo vestido, tiene vuelo y no se nota, y tomó su pene y lo introdujo en su sexo.

—¡Ay Dios nena!, cómo me pones y ella lo cabalgó a horcajadas hasta caer rendida.

—Pareces una adolescente.

—Así tienes mujeres de todas las edades —Y Set, la beso.

—Gracias mi amor.

—¿Por qué? ¿Por violarte?

—No, tonta. —Y se reía —Por creer en mí.

—Creo que sí, porque me lo contaste anoche.

—Menos mal, no pensaba contártelo. No quería hacerte sufrir.

—Pues menos mal que lo hiciste. Ahora te has ganado un premio.

—No cambiarás nunca pequeña.

—Ni tú quieres que cambie.

—No, me gusta cómo eres. Viciosilla.

—Qué te voy a dar bobo.

Y Set la abrazaba fuerte y la besaba.

—No vamos a trabajar nada hoy como sigamos así.
—Sí, primero vamos a ver la página, tienes que enseñármela —y cuando la vio...
—¡Qué bonita!, esto ha cambiado.
—¿Sí, verdad? —dijo satisfecho.
—Vamos a meter esa publicidad.
—Pero nena son como cinco mil dólares.
—Lo haremos, es una inversión y tienes ya un dinerito en la empresa en más de un año.
—Sí es verdad.
—Pues todos los años debes invertir una cantidad como hago yo con el rancho.
—Tienes razón, como siempre.
—Venga, mientras pones la publicidad, voy a ir preparando las nóminas de octubre y revisar la contabilidad y algunas facturas que me quedaron ayer.

Y se quedaron un par de horas en el despacho. Set, terminó antes y bajó a los chicos para la cena y cuando ella acabó, cerró el despacho e hizo una tortilla de patatas y un filete de pollo empañado para la cena y cenaron los cuatro juntos.

—Papá ¿mañana vamos a montar al poni?

—Si quieres un rato por la mañana, llamamos a Billy y salimos, porque dentro de poco nevará y no podremos sino darles un paseo cerca.

Bien...

—¿Te las apañarás con ellos? —le dijo Mía.

—¿No quieres venir?

—La comida.

—Ayudamos a mamá a recoger la casa y dejamos la comida y cena hecha, así mamá puede venir con nosotros.

—Y nada de despacho, solo miras en el móvil cuando volvamos y por la tarde, los pedidos.

—Se hacen solos.

—Es cierto. Solo miraré a ver las ventas.

CAPÍTULO NUEVE

Llegó la primavera y un año más. Otro año de felicidad junto a Set. Cuando lo miraba sabía que había hecho bien en comprar la empresa. Y sobre todo en su vida. Tenía la felicidad en su mano, sus hijos. Y era un hombre maravilloso.

Estaba dedicado a ella y no dejaba el rancho, pero ella sabía que tenía tiempo de todo. Iban una vez al menos al pueblo a las compras e iban juntos y desayunaban y él le ayudaba a cargar las cajas de la comida

Cuando iba a vender ganado, ella se ocupaba de la agencia turística también y lo echaba de menos esos dos o tres días que permanecía sola con los chicos.

Set mantuvo comunicación con Devin y los invitaron en abril un fin de semana.

Y los chicos no pudieron disfrutar más en toda su vida, los montaron a caballo, recorrieron el rancho y fueron a caballo y se llevaron al hijo de Billy que estaba ya adosado en casa o en la de ellos.

Lo invitaron a la barbacoa y a dormir con Luke y los hijos de Devin.

El domingo fueron todos al pueblo a desayunar y al parque y tomaron café y tarta en casa y por la tarde se fueron, encantados e invitados de nuevo.

La mujer de Devin, era un encanto, guapa y alta y congenió con ella. Era eficiente y lo pasaron genial y quedaron en volver de nuevo.

Cuando se quedaron solos esa noche acostados en la cama, Set, le dijo:

—¿Qué te pasa, pequeña?, ¿no te ha gustado la visita?

—Me ha encantado.

—¿Entonces?

—Entonces soy feliz. Pensaba en el día que te vi por primera vez y te parecí una limpiadora.

—Por Dios, pequeña, que memoria tienes. Yo ya eso ni lo recordaba.

—Me molestó.

—A mí me molestó verte tan guapa en el pueblo con los vaqueros babeando por ti. Estaba celoso.

—No me lo creo

—Sí, créelo. Me pusiste duro como una piedra con aquella faldita y no pude esperar a casarme al día siguiente para hacerte el amor.

—Mentirosillo, solo fue sexo.

—Eso pensé yo que iba a ser. Era engreído y tonto, pero cuando entré en ti, supe que eras distinta y no porque fueras virgen.

—¿Ah no?

—No.

—¿Entonces?

—Porque eras mía y porque sentí lo que nunca había sentido con nadie nunca. Y no quería sentirlo. Pero tampoco podía evitarlo a pesar de lo que te hice. Ya nunca fuiste tú.

—¡Ah, mi amor!, eso merece un premio.

—No seas loca ¿eh?, te conozco.

—¿No?, ¿ni caliente tampoco?

- Haces lo que quieres siempre conmigo.
- Eso es verdad, pero te dejas y que yo sepa nunca te has quejado.
- Me gusta.
- Esta limpiadora va limpiar por ahí abajo para hacer feliz a mi hombre.
- Mía, eres una loca y te amo, Ay, Mía, despacio, mujer, despacio... ¡Ohhh!

ACERCA DE LA AUTORA

Erina Alcalá, es poeta y novelista, nacida en Higuera de Calatrava, Jaén, Andalucía, España. Ha impartido talleres culturales en el Ayuntamiento de Camas, Sevilla. Ha ganado varios premios de poesía, entre ellos uno Internacional de Mujeres, y ahora escribe novelas románticas de corte erótico. También colabora con Romantic Ediciones en las que encontrarás parte de sus novelas. También publica en Amazon en solitario con bastante acierto entre sus lectores.

Entre sus obras, por orden de publicación encontrarás:

1	Una boda con un Ranchero	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
2	Un amor para olvidar	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
3	Cuando el pasado vuelve	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
4	Un vaquero de Texas	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
5	Tapas en Nueva York	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
6	Otoño sobre la arena	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
7	Tu rancho por mi olvido	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
8	Un Sheriff de Alabama	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
10	Una noche con un Cowboy		(Serie ranchos romántico-erótica)
11	Pasión y fuego		(Serie romántico-erótica)
12	El amor viste bata blanca		(Serie romántico-erótica)
13	Teniente Coronel		(Serie romántico-erótica)
14	La equivocación		(Serie ranchos romántico-erótica)
15	El otro vaquero		(Serie ranchos romántico-erótica)
16	El escocés		(Serie romántico-erótica)
17	El amor no es como lo pintan		(Serie romántico-erótica)
18	La lluvia en Sevilla es una maravilla		(Serie romántico-erótica)
19	Tres veces sin ti	Saga Ditton, I	(Serie romántico-erótica)
20	Consentida y Caprichosa	Saga Ditton, II	(Serie romántico-erótica)
21	Solo falta Jim	Saga Ditton, III	(Serie romántico-erótica)
22	Trilogía Ditton	Saga Ditton	(Serie romántico-erótica)

		completa	
23	La chica de Ayer		(Serie ranchos romántico-erótica)
24	Escala en tus besos		(Serie romántico-erótica)
25	No tengo tiempo para esto		(Serie romántico-erótica)
26	¿Quién es el padre?		(Serie ranchos romántico-erótica)
27	Y tú, ¿Qué quieres?		(Serie romántico-erótica)
28	Segunda Oportunidad		(Serie romántico-erótica)
29	Tè juro que no lo he hecho a propósito		(Serie romántico-erótica)
30	Los caminos de Adela		(Serie romántico-erótica)
31	La vida de Eva		(Serie romántico-erótica)
32	El número 19		(Serie romántico-erótica)
33	El Lobo de Manhattan		(Serie romántico-erótica)
34	Ojos de Gata		(Serie romántico-erótica)
35	Lo que pasa en las Vegas se queda en las Vegas		(Serie romántico-erótica)
36	El hombre que más amo		(Serie romántico-erótica)
37	I Mónica	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
38	II Alex	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
38	III John	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
39	IV West	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
40	Los hijos de Mónica (Tetralogía)	Los hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
41	Esposa a la fuerza		(Serie romántico-erótica)
42	Un grave error		(Serie romántico-erótica)
43	¿Estás loca?		(Serie romántico-erótica)
44	Una visita inesperada		(Serie romántico-erótica)
45	Natalie no perdona		(Serie romántico-erótica)
46	Yo soy la dueña		(Serie ranchos romántico-erótica)